
LA HIJA
DE LA
MODISTA
M. ESTÉVEZ

LA HIJA DE LA MODISTA

M. Estevez

Copyright © 2026 M. Estévez

Todos los derechos reservados.

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte de la autora.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso de la autora.

CONTENTS

Title Page
Copyright
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo
ANTES DE IRTE...

CAPÍTULO 1

El vestido de lady Ashmore llevaba tres semanas presidiendo el centro del taller. Era de seda color marfil, con un escote que Eleanor Hoper había rehecho dos veces porque su clienta tenía una opinión muy concreta sobre la cantidad de pecho que resultaba *sofisticada,* frente a la cantidad que resultaba *indecorosa.* Y esa frontera, al parecer, se desplazaba de un lado al otro cada vez que la dama en cuestión se miraba al espejo.

El encaje de las mangas había llegado de Bruselas semanas atrás, y Eleanor se había esforzado en recalcarlo varias veces a su clienta para que no tuviera duda de la calidad de sus tejidos. En cuanto al dobladillo de la falda, llevaba cuatro metros de labor que Margaret, la hija de la modista, se había dedicado a coser durante toda la tarde anterior, con una vela a medio consumir y los dedos entumecidos.

—El lado derecho sigue sin caer bien —dijo Eleanor sin levantar la vista, con el alfiler entre los labios y la frente levemente fruncida—. ¿Qué te parece a ti, hija?

Margaret se inclinó sobre el maniquí y tiró despacio del tejido hacia la izquierda. Sus dedos encontraron el problema en una costura ligeramente torcida que distorsionaba la línea del hombro. Resultaba casi imperceptible, salvo para aquellas personas que llevaban media vida, por no decir su vida entera, mirando la ropa de cerca.

—Creo que aquí es donde hay que ajustar, madre —dijo, señalando el punto concreto.

Eleanor se acercó, comprobó con sus propios dedos y asintió una sola vez.

—Sí, ya lo veo. Habrá que abrir la costura del hombro para colocarlo en su sitio —protestó.

—Ya lo sé.

—Son veinte minutos de trabajo.

—También lo sé, madre —repitió Margaret—, pero no tenemos más remedio que solucionarlo antes de que lady Ashmore venga para recogerlo. No podemos entregarle el vestido tal y como está.

—Tienes razón. Pongámonos manos a la obra, que cuanto antes empecemos, antes lo terminaremos.

El taller de Eleanor Hoper ocupaba dos habitaciones de la planta baja de su casa en Gracechurch Street. Una estaba dedicada al corte y confección propiamente dicho, y la otra la usaban solo para las visitas y las pruebas. En esta última había un espejo de cuerpo entero que había costado más que tres meses de alquiler. Pero la modista había llegado a la conclusión de que había sido una de las mejores inversiones realizadas en su negocio.

La casa entera olía a tela nueva, a cera de vela y, de manera sutil, a aroma de rosas secas que Eleanor ponía en el cuarto de visitas para que las damas de la alta sociedad se sintieran más cómodas.

Margaret había crecido con ese olor, mezclado con el sonido de las tijeras cortando y el rumor de las conversaciones que su madre mantenía con sus clientas. También tenía interiorizada la voz que Eleanor usaba solo cuando estaba con ellas, perfectamente suave y medida para hacer sentir a cada mujer que el vestido que estaba a punto de encargar era justo lo que necesitaba.

Sin duda, la profesión de su madre era un arte y Margaret, que lo había observado todo durante veinte años, sabía que no había nadie que se manejara mejor en aquellos ambientes como Eleanor Hoper.

Abrió la costura del hombro con el descosedor, centímetro a centímetro, con el cuidado de saber que un tirón mal dado podría

arruinar una tela que valía más de lo que ella ganaría en el supuesto de tener asignado un sueldo; cosa que no sucedía, aunque llevara años trabajando con su madre en el taller.

—¿Para cuándo tiene que estar el vestido? —preguntó, mientras separaba con cuidado los dos lados de la costura.

—Para el jueves —dijo Eleanor—, lo que significa que tenemos de plazo al menos hasta el viernes. Ya sabes que lady Ashmore nunca cumple con las fechas que marca.

—¿Y si el jueves, o el viernes, tampoco cae bien el hombro?

Su madre la miró por encima de los anteojos.

—El jueves el hombro estará perfecto —dijo Eleanor—, porque tú y yo nos vamos a asegurar de ello.

Margaret sonrió sin querer. La seguridad que su madre mostraba siempre ante las complicaciones era también un arte, porque era de las que pensaban que todos los problemas tenían solución si uno les dedicaba el tiempo y la atención suficiente.

Eleanor Hoper llevaba veintitrés años cosiendo para las damas de la alta sociedad londinense, y en ese tiempo había aprendido dos cosas fundamentales. La primera, que la tela siempre dice la verdad, y la segunda, y no menos importante, que las personas, sobre todo las que solía tratar por razón de su trabajo, casi nunca lo hacen.

Margaret recordaba con precisión la primera vez que su madre la había dejado tocar una de las telas de una clienta cuando tenía apenas diez años. No el vestido terminado, pues eso estaba terminantemente prohibido, sino el tejido aun sin cortar, enrollado todavía en su pieza, apoyado contra la pared del taller como un secreto esperando a ser descubierto. Había extendido los dedos despacio, casi con miedo, y el lienzo había cedido bajo su mano con una suavidad que no se parecía a nada que hubiera tocado antes.

«Así es como se siente ser de ese mundo», había pensado.

Y ese recuerdo se había quedado grabado en su memoria a medida que el tiempo fue pasando.

Había crecido con él, alimentándolo a través de años de observación silenciosa de aquellas damas que llegaban al taller acompañadas de sus doncellas. Sus opiniones acerca de la moda y sus sombreros imposibles. La forma en que ocupaban el espacio como si les perteneciera por derecho natural. Las conversaciones a medias que Margaret escuchaba desde el cuarto contiguo, donde Eleanor la mantenía deliberadamente apartada durante las visitas. El taller era territorio de su madre: las clientas llegaban, se probaban sus vestidos, opinaban sobre ellos y se marchaban sin saber que al otro lado de esa puerta había una chica que estaba pendiente de todo lo que allí se decía.

Había aprendido más sobre la alta sociedad londinense en ese cuarto contiguo que en cualquier libro que hubiera leído, que no habían sido pocos, pues su padre era un hombre que valoraba la educación con la misma convicción con que creía en llevar las cuentas al día y en no fiarse de aquel que no es capaz de mirarte a los ojos.

Las damas de su madre solo admiraban los vestidos, los espejos o la lista de invitados de la próxima velada a la que asistirían, mientras trataban a Eleanor con la atención que se le presta a alguien cuyo talento se necesita, pero cuya existencia pertenece a un segundo orden. Y si en algún momento se percataban de la presencia de la joven Margaret, lo hacían con la curiosidad de quien se limita a observar a una chica de una notable hermosura, pero que vive *en un simple taller de costura*. O lo que era lo mismo, alguien *insuficiente* para poder pertenecer al mundo con el que se codeaba su madre por necesidad.

Demasiado educada, demasiado observadora, demasiado hija de su padre para encajar sin más en el papel de aprendiza silenciosa. Pero también, demasiado hija de su madre, quien le había enseñado el oficio de coser con destreza, para que nadie del otro lado de esa línea invisible se tomara la molestia de mirarla y valorarla de verdad por cómo era.

Y ella lo sabía. Lo había sabido desde siempre. Lo cual no evitaba que, cuando una clienta se ponía el vestido terminado y

Eleanor daba un paso atrás para mirarlo y dar su conformidad al resultado, Margaret sintiera algo que podría decirse que andaba muy cerca de la envidia. No aquella de carácter mezquino que desea el mal ajeno —eso no iba con ella—, sino la que anhela conocer la otra cara de la moneda.

Quería ponerse un vestido como esos que ayudaba a su madre a confeccionar para poder entrar a un salón y que nadie supiera, ni por un momento, que era tan solo la hija de la modista.

—Margaret.

Levantó la vista, sobresaltada. Había estado cosiendo la costura del hombro con la mente absorta en los pensamientos que arrastraba desde que tenía diez años.

—¿Qué?

—Estás frunciendo el ceño —dijo su madre, sin apartar la vista de su propio trabajo—. Cuando lo haces, o estás enfadada, o hay algo que te desagrada y que seguramente no me quieras contar.

—Solo estaba pensando, madre. No es nada —contestó su hija.

—Ya veo. Y supongo que no me equivoco y que te lo vas a guardar para ti, ¿no?

—Es que no tiene mayor importancia. De verdad, olvídelo.

Eleanor asintió con la serenidad de una mujer que ha aprendido a respetar los silencios de su hija sin por ello dejar de estar completamente al tanto de todo.

—El hombro —dijo simplemente.

Y Margaret volvió a concentrarse en su tarea.

Thomas Hoper llegó a casa a las seis y cuarto, su hora habitual, con la puntualidad de un hombre que valora el tiempo en su justa medida.

Margaret distinguió en el recibidor el sonido inconfundible de su bastón apoyado contra la pared, el ruido del tercer peldaño de la

escalera que llevaba años crujiendo y, por último, sus pasos dirigiéndose hacia el taller.

—¿Puedo pasar?

—Puedes si no tocas nada —dijo Eleanor.

Thomas Hoper era un hombre de estatura media, complexión sólida y una presencia que inspiraba confianza de forma inmediata. Había construido su fortuna a base de trabajo, de criterio y de la convicción práctica de que los negocios funcionan mejor cuando uno cumple lo que promete; una idea tan sencilla que resultaba casi revolucionaria en ciertos círculos comerciales de Londres. Tenía cincuenta y dos años, las manos de alguien que había empezado a trabajar desde muy joven, y una mirada que era capaz de evaluar las oportunidades que se le presentaban con rapidez y acierto.

—¿El vestido de *la Ashmore*? —preguntó.

—El mismo —confirmó Eleanor.

—Lleva aquí más tiempo que yo —bufó, dejando asomar una sonrisa a sus labios.

—Claro, porque tú no llevas encajes de Bruselas.

Thomas asintió al tiempo que hacía una mueca con la boca.

—Argumento difícil de rebatir —admitió. Se apoyó en el marco de la puerta sin pasar de allí, sabiendo exactamente hasta dónde llegaban sus *límites* sin que le costara una mirada de reprobación.

Posó sus ojos en Margaret y su hija le devolvió la mirada, junto a una sonrisa afectuosa. Podía percibirse entre ambos, a través de ese intercambio mudo, un tipo de entendimiento y afinidad que siempre estaba presente entre padre e hija.

—Hoy he hablado con el abogado de Merrow —dijo Thomas, dirigiéndose a Eleanor.

Su esposa no levantó la vista de la labor.

—¿Y?

—Tiene una propuesta interesante a la que creo que podríamos sacarle provecho.

Merrow era uno de los socios comerciales de Thomas. Un hombre al que Margaret había visto media docena de veces en su vida, y que, por lo que le había oído decir a su padre, siempre estaba debiéndole dinero a alguien. Lo recordaba delgado, con patillas excesivas y la costumbre de ajustarse el cuello de la camisa cada pocos minutos como si le apretara.

—¿Qué clase de propuesta? —preguntó Eleanor, frunciendo el entrecejo. Aquella afirmación había captado su atención.

Thomas dudó un momento. Era un hombre que elegía sus palabras con el mismo cuidado con que elegía sus inversiones; es decir, pensando en lo que podían producir y en lo que podían costar.

—Una que involucra a nuestra hija —dijo al fin.

Margaret, al oír su nombre, detuvo el movimiento de la aguja de inmediato.

—Cariño, ¿nos dejas solos a tu padre y a mí? —sugirió Eleanor.

—No —la detuvo Thomas—. Si esto le afecta a ella, creo que es mejor que esté presente.

Eleanor asintió, dando su conformidad.

—Ya sabéis que Merrow falleció hace poco dejando unas deudas, las cuales han resultado ser por un importe considerable —dijo al fin—. Su viuda, lady Constance, se encuentra ahora en una situación delicada tras su muerte.

—Lo lamento mucho, pero no sé qué puede tener eso que ver con nuestra hija.

—Yo podría ayudar a mejorar la situación de lady Constance, y, a cambio, ella podría hacer algo por nosotros.

Eleanor dejó de lado la costura por completo, para centrarse en las palabras de su marido.

—¿A qué te refieres con *algo*?

Thomas la miró. Luego miró a Margaret y de nuevo, a su mujer.

—Una temporada —dijo—. En sociedad. Para Margaret.

—¡Padre! —exclamó su hija con entusiasmo. Aquel era un sueño para ella y la posibilidad de que pudiera hacerse realidad…

Eleanor Hoper no era una mujer que perdiera la compostura con facilidad.

Había pasado veintitrés años midiendo, cortando y cosiendo para las damas más exigentes de Londres sin que se le notara en la cara nada que no hubiera decidido mostrar. Había soportado caprichos, cambios de opinión, insultos disfrazados de observaciones y una clienta memorable que había rechazado seis versiones distintas del mismo vestido antes de admitir que el problema no era el vestido sino su propio matrimonio. Eleanor había sobrevivido a todo eso con la misma expresión tranquila y profesional.

Pero esto era distinto.

Lo que ahora se ponía sobre la mesa era la exposición pública de su propia hija.

—¿Una temporada? —repitió, y en su voz había algo que no era exactamente alegría.

—Eleanor… —dijo Thomas, sabiendo lo que vendría a continuación.

—¿En sociedad? —Su madre se había enderezado completamente, la labor olvidada sobre la mesa—. Thomas, ¿sabes lo que eso significa?

—Claro que sí —contestó el señor Hoper—. Por eso quería hablarlo con vosotras antes de…

—¡No la respetarán, Thomas! —lo cortó—. Y lo sabes.

—Eleanor...

—Sé que podrían surgir oportunidades para ella, para nosotros. Pero, ¿de verdad crees que algún hombre respetable la tomaría en serio? No quiero que le hagan daño…

—*¡Eleanor!*

Su madre se detuvo. Thomas no levantaba la voz casi nunca, pero cuando lo hacía, aunque fuera solo un poco, el efecto era considerable.

Margaret los miraba a los dos sin intervenir, mirando a uno y a otro alternativamente, pero sin atreverse a interrumpir. Lo cual no evitaba que tuviera los nervios atravesados en el estómago.

Thomas se pasó una mano por la cara.

—Escúchame —dijo, y su voz había vuelto al tono habitual—. Conozco ese mundo. No tan bien como tú lo conoces desde aquí, pero sé cómo funciona. Y estoy seguro de que nuestra hija podría encajar.

—Thomas, no dudo que Margaret sea capaz de desenvolverse a la perfección en un ambiente como ese. Pero el que ella sea capaz no significa que ellos vayan a verlo. Para la alta sociedad, el apellido lo es todo. El *origen* lo es todo. Por muy hermosa e inteligente que sea, y los dos sabemos que lo es, hay una línea que no se cruza. Jamás.

Margaret escuchaba la conversación que corroboraba lo que ella siempre había sabido, que había aprendido mientras miraba los vestidos desde el otro lado. Pero, por otro lado, había una parte de sí, pequeña y terca, que se rebelaba a aceptarlo.

—Me consta lo que hacen con la gente que no es de los suyos, Eleanor.

—Si lo sabes, ¿por qué lo propones siquiera? —preguntó su esposa.

En ese momento, ambos se volvieron para mirarla. Thomas con seguridad y convencimiento y Eleanor, sin lugar a duda, con el temor reflejado en sus ojos. Porque, aunque sabía exactamente de qué era capaz su hija, no quería que le hicieran daño por unas malditas reglas de sociedad.

Thomas cruzó los brazos.

—Voy a ser muy sincero en esto, y no quiero que ninguna de las dos malinterpretéis mis palabras. Si lo propongo —dijo lentamente— es porque tanto tú como Margaret lleváis años mirando ese mundo desde esta ventana. Y sé bien que para ella el poder formar parte de él, es un deseo que persigue desde hace años y que no la va a dejar seguir su camino hasta que no lo cumpla. Sin embargo, también creo que hay cosas que solo se entienden cuando las vives en primera persona. No desde aquí, desde la distancia. —Hizo una pausa—. No negaré que yo también pienso que esta oportunidad corre el riesgo de volverse decepción si el resultado no es el esperado. Pero incluso en tal caso, prefiero que ella aprenda la realidad tal y como es de primera mano, y que, si tiene que volver a casa, que sepa que siempre va a tener a sus padres dispuestos a acogerla con los brazos abiertos si el sueño se torna en pesadilla.

—Y si eso es lo que piensas, ¿por qué hacerle pasar por ello?

—Porque tanto tú como yo sabemos lo mucho que lo desea.

El taller quedó en silencio.

Margaret, incapaz de poner voz a sus anhelos, miró el vestido de lady Ashmore. La seda marfil recogía la última luz de la tarde y la devolvía suavizada, casi cálida.

«Así es como se siente», había pensado a los diez años. Y ahora se abría la posibilidad de vivirlo de verdad, más allá de un simple sueño.

—¿Y lady Constance? —preguntó Margaret, interviniendo por primera vez en la conversación—. ¿Ella está de acuerdo?

Thomas tardó un segundo de más en responder.

—Lo estará —dijo, entrecerrando los ojos, convencido de su afirmación.

—¿Y para cuándo sería? —preguntó Eleanor, sin estar convencida del todo, pero incapaz de tirar por tierra los sueños de su hija.

—Si todo sale como espero, será pronto —dijo Thomas.

Eleanor miró a su hija y vio la ilusión reflejada en sus ojos.

Sabía que Margaret podía salir adelante. Era una chica lista. Pero eso no restaba ni un ápice la preocupación que todo aquello le provocaba.

—Está bien. Sea pues. —Se giró para hablarle directamente a Margaret—. Pero si hay algo que te disgusta, que te hace sentir incómoda, o si en algún momento decides que ese mundo no es para ti y que prefieres volver a casa, prométeme que regresarás con nosotros, haya o no terminado la temporada, ¿de acuerdo? Que la decisión sea solo tuya y que nadie te diga lo que debes hacer.

Margaret tuvo que contener la emoción que la embargaba.

—Se lo prometo, madre.

Eleanor suspiró, consciente de que la decisión había sido tomada.

—Y ahora, vuelve a coger la aguja. El vestido de lady Ashmore no va a terminarse solo.

CAPÍTULO 2

La residencia de lady Constance Merrow, en Belgrave Square, era exactamente el tipo de casa que no necesita presentación.

Sin ser ostentosa, resultaba evidente que quien vivía allí pertenecía a un mundo acomodado donde bastantes cosas se daban por supuestas. La fachada era impecable. Los escalones de entrada, de mármol blanco. Y el llamador de la puerta, de bronce pulido hasta un extremo que sugería que alguien lo frotaba cada mañana con una dedicación que rozaba la devoción.

Thomas Hoper llamó a las once en punto.

Había llegado cinco minutos antes y había esperado en la acera el tiempo suficiente para ser correctamente puntual. Llevaba su mejor traje y el sombrero que Eleanor le había cepillado esa mañana para que luciera impecable en tan importante cita.

Abrió la puerta un mayordomo vestido con uniforme, de edad indefinible y expresión neutra.

—El señor Hoper —anunció Thomas.

—Por supuesto. Lady Constance le espera en el salón azul —respondió el sirviente sin mostrar ningún tipo de énfasis en la voz. Igual podía estar dándole la bienvenida que podía estar atendiendo al tendero que le suministraba los alimentos para la cocina.

Thomas lo siguió.

El interior de la casa era coherente con su exterior. Contaba con techos altos, hermosas alfombras persas y cuadros en las paredes que representaban tanto paisajes bucólicos como antepasados familiares. Thomas lo observaba todo con detenimiento a su paso, mientras llegaba a la conclusión de que nadie había cambiado nada allí desde hacía décadas.

El salón azul era elegante, pero sin llegar a ser del todo acogedor. Había dos sillones frente a la chimenea y una mesita con el servicio de té ya dispuesto. En una esquina, apartado, un clavicordio de madera oscura envejecida, sobre cuyo atril se veían unas partituras ya amarillentas por el paso del tiempo. Lady Constance Merrow estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia Belgrave Square. Por la rigidez en su postura, cualquiera hubiera afirmado que no le apetecía demasiado recibir visitas aquella mañana.

Se volvió cuando el mayordomo anunció a Thomas.

—Señor Hoper —lo saludó con fría cortesía.

—Lady Constance —respondió el recién llegado.

Se estudiaron mutuamente durante unos segundos.

Thomas vio a una mujer de unos cuarenta y tantos años, bien conservada, vestida de medio luto con una elegancia que dejaba claro que la ropa oscura era más un estado social que uno emocional. Tenía los ojos de un gris claro que en otro contexto podrían haber resultado agradables, pero que en aquel instante solo resultaban evaluadores.

Por su parte, lady Constance vio a un hombre de aspecto sólido, bien vestido sin llegar a la afectación, con manos de quien en otro tiempo había tenido que trabajar con ellas y los modales de alguien que había aprendido a usarlos según su conveniencia. Lo cual era, en su experiencia, el tipo más irritante de hombre de negocios: el que no necesita impresionar porque sabe que eres tú quien precisa algo de él.

—Siéntese, por favor —le ofreció con la corrección justa para no desatender sus obligaciones sociales.

Thomas así lo hizo, mientras Constance ocupaba su lugar en el sillón opuesto, con la espalda completamente recta.

—¿Té?

—Gracias.

Hubo una pausa mientras la viuda servía el líquido con movimientos metódicos y sin derramar una gota.

—Debo suponer, señor Hoper, que no ha venido a hablar del tiempo —dijo, depositando la taza ante Thomas con una delicadeza estudiada.

—En efecto, señora —le confirmó.

—Bien. —Tomó su propia taza—. Entonces hablemos.

Thomas Hoper había aprendido durante sus treinta años en los negocios que las conversaciones difíciles fluyen mejor cuando se afrontan con sencillez. El dinero, en particular, pierde buena parte de su poder incómodo cuando se habla de él con la misma naturalidad con que se hablaría del precio del trigo o de las condiciones del tiempo en el canal.

Así que fue directo.

—Las deudas de su marido —comenzó sin inmutarse— ascienden, según mis cálculos, a unas ocho mil libras. Esta suma incluye el préstamo que me debe a mí directamente, las letras pendientes con otros tres acreedores cuyos documentos obran en mi poder, y los gastos de la propiedad de Suffolk que llevan sin saldarse desde hace catorce meses.

Constance no parpadeó. Thomas tuvo que reconocer que se trataba de una mujer con un control considerable sobre sus propios gestos.

—Sus cálculos son correctos, señor —admitió sin más.

—Me alegra que estemos de acuerdo en los números. —Dejó la porcelana en la mesita—. No he venido a recordarle lo que debe, lady Constance. Es evidente que eso lo sabe usted perfectamente. Por el contrario, he venido a proponerle una solución.

Por un instante, un gesto próximo al alivio cruzó el rostro de Constance. Tan rápido que Thomas no habría podido nombrarlo con certeza, porque en un abrir y cerrar de ojos, volvió a mostrar su máscara de contención férrea de la que había hecho gala desde que llegó.

—Le escucho.

Thomas apoyó los codos en las rodillas e inclinó el cuerpo hacia adelante, atrayendo más la atención hacia su persona.

—Tengo una hija —explicó—. Se llama Margaret. Tiene veinte años, buena educación y el criterio suficiente para manejarse en situaciones que no le son familiares. —La miró directamente a los ojos—. Lo que no tiene es un apellido que abra puertas en ciertos círculos. Ni los contactos necesarios para moverse en ellos. Usted, en cambio, tiene ambas cosas.

El silencio que siguió fue denso.

—Continúe —indicó Constance, con una voz que no revelaba ninguna emoción.

—Lo que le propongo es sencillo. Estoy dispuesto a condonar la totalidad de la deuda. Las ocho mil libras. Los intereses. Todo. —Hizo una pausa para dejar que el número hiciera su trabajo—. A cambio, usted presentará a mi hija en sociedad durante la próxima temporada. La acogerá en esta casa, la introducirá en los círculos adecuados y la presentará como su pupila. Una joven de familia provinciana empobrecida a quien usted recibe por una deuda de honor con su familia. El origen exacto de Margaret no tiene por qué ser parte de la conversación.

Constance dejó la taza en el platillo con un sonido muy pequeño y controlado.

—Es decir, me está usted pidiendo que mienta —expuso al fin.

—Quiero que omita —corrigió Thomas, sin énfasis—. Son cosas distintas, como usted sabe perfectamente.

Lady Constance Merrow había navegado en la alta sociedad londinense durante veintiún años con una habilidad que sus contemporáneas admiraban y sus conocidas envidiaban. Sabía exactamente qué decir, cuándo callarse, cómo entrar a un salón y cómo salir de él sin que nadie pudiera señalar nada concreto, pero con la certeza de haber dejado una impresión entre sus asistentes.

Lo que no había sabido hacer —al igual que William, su difunto marido— era administrar el dinero que ese mundo requería para sostenerse.

William Merrow había sido un hombre encantador, generoso hasta el absurdo y completamente incapaz de decir no a ningún gasto que produjera la impresión de prosperidad. Cenas, caballos, una propiedad en Suffolk que nadie utilizaba pero que quedaba muy bien en los círculos sociales, apuestas discretas que habían dejado de serlo en algún momento de los últimos cinco años…

Constance lo había visto venir, pero no había podido hacer nada para evitarlo. El control de la economía familiar había sido asunto de su difunto esposo, y ella jamás hubiera intervenido en cuestiones monetarias. Sencillamente, no era su cometido.

Y ahora William llevaba cuatro meses muerto y, a diferencia de él, las deudas seguían demasiado vivas. Una ironía que Constance no encontraba en absoluto graciosa.

Miró al hombre sentado frente a ella.

Le habían hablado de Thomas Hoper en buenos términos comerciales, aunque no fuera un tema que ella dominara, y su abogado le había asegurado que era alguien al que se le podía calificar de *fiable*. No era de su mundo, ni lo sería nunca por mucho dinero que tuviera, pero por más que le pesara, era el tipo de hombre que en esos instantes necesitaba.

La propuesta era clara. Humillante para alguien como ella, que tendría que rebajarse a tratar como una igual —aunque nunca lo fuera— a la hija de un simple comerciante. Pero su situación se volvía extrema con el paso del tiempo.

Acoger a su hija. Presentarla en sociedad. Fingir que era una pupila de familia respetable.

Constance pensó en las veladas, en los bailes, en las miradas de sus conocidas. Pensó en tener que presentar a esa chica —que, aunque el señor Hoper no lo hubiera mencionado, sabía que se trataba de la hija de Eleanor Hoper, *la modista*— como si fuera alguien. Como si perteneciera a su propio mundo.

Un auténtico horror.

Pero también pensó en las ocho mil libras… y en la imposibilidad de saldar aquella inmensa deuda por sus propios medios.

—¿Cuánto tiempo ha dicho? —preguntó mientras su cabeza no dejaba de hacer cábalas.

—Una temporada completa —contestó Thomas—. Desde su presentación hasta el final de los compromisos sociales del otoño. Después, el acuerdo quedará completado por ambas partes y cada uno seguirá su camino.

—¿Y si alguien descubre quién es ella realmente?

—Eso —dijo Thomas con una calma que a Constance le resultó irritante— sería un problema para los dos. Así que ambos tenemos los mismos incentivos para que no suceda, ¿verdad?

La viuda lo observó durante un momento, mientras evaluaba en silencio la situación.

—¿Sabe su hija lo que esto implica? —inquirió—. No me refiero al acuerdo, sino a este mundo donde usted pretende que yo la introduzca. Lo que le va a costar entrar en él.

—No se inquiete por ello. Margaret es más lista de lo que parece —argumentó Thomas con total confianza.

Algo en la expresión de Constance cambió levemente, en parte sorprendida por la seguridad que destilaba aquella respuesta.

—No obstante, debo insistir en mi pregunta: ¿y si no encaja? ¿Y si resulta que es imposible presentarla de forma convincente?

Había que valorar todas las opciones.

—Entonces habremos hecho lo que hemos podido y la deuda quedará saldada igualmente —afirmó Thomas—. No le pido garantías de resultado, señora. Le pido un esfuerzo razonable de su parte y, por supuesto, buena fe.

Buena fe. Constance repitió esas palabras mentalmente y casi sonrió. Casi.

—Bien —dijo al fin—. Creo entonces que tenemos un acuerdo.

Thomas asintió una sola vez.

—Perfecto. Me alegra oírlo.

Constance dejó la taza y se puso de pie. Era su forma de indicar que la entrevista había terminado. Él se levantó también, con la certeza de quien reconoce una señal.

—Le haré llegar el acuerdo por escrito esta semana: los términos de nuestro acuerdo, la condonación... todo firmado —le aseguró el señor Hoper.

—Puede enviárselos a mi abogado.

—Por supuesto.

Durante un instante, ambos se miraron sin decir nada, pero sabedores de lo que pasaba por la cabeza del otro.

Thomas pensó que aquella mujer iba a cumplir el trato porque no le quedaba otra, pero que no iba a disfrutar de ello ni un solo día.

Y Constance, por su parte, que aquel hombre sabía exactamente lo que estaba comprando, y que esa claridad era, al mismo tiempo, lo más respetable y lo más insolente de él.

—Buenos días, señor Hoper.

—Buenos días, lady Constance.

El mayordomo apareció como por arte de magia y acompañó a Thomas hasta la puerta. Al llegar a la calle, el olor a carbón y a lluvia inminente, tan propio de aquella ciudad, le inundó sus fosas nasales. Se limitó a colocarse el sombrero y echó a andar, deseoso de contar a su familia las nuevas noticias.

El señor Hoper llegó a su casa más temprano de lo habitual, lo que provocó que Eleanor levantara la vista de la labor para centrarla en su esposo que acababa de entrar en el salón. Margaret, sentada junto a la ventana que daba a la calle principal, tenía en su regazo un libro que era evidente que no había estado leyendo. Los nervios que la atenazaban desde que su padre salió por la mañana de casa

le habían impedido mantener la concentración en la historia que tenía en sus manos.

Thomas colgó el sombrero y aceptó la taza de té que Eleanor le puso delante sin necesidad de preguntarle. Si había algo que había aprendido en sus treinta años de matrimonio, era que su marido necesitaba un momento de paz mental antes de contar algo importante. Y si era con un té de por medio, mejor.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Eleanor al fin, cuando consideró que el tiempo transcurrido era suficiente.

—Como era de esperar —contestó Thomas soltando un suspiro. Dejó la taza sobre una mesa cercana y miró a su mujer—. Ha aceptado, aunque estoy seguro de que mi oferta no ha sido de su agrado.

—¿Sin condiciones? —quiso saber Eleanor.

—Bueno, ambos estamos conformes en que nadie debe saber de dónde viene Margaret, pues de lo contrario, esta farsa nunca funcionaría. Así que puede decirse que sí, que estamos de acuerdo.

Margaret cerró el libro de un golpe seco, mientras luchaba por controlar la agitación que aquellas palabras acababan de provocarle.

—¿Cómo es ella? —preguntó la joven, mostrando un ligero temblor en la voz.

Era la primera vez que hablaba desde que Thomas llegara y había seguido con intensidad el breve intercambio de frases entre sus padres.

—Es una mujer que sabe lo que hace y a qué precio —respondió al fin—. Inteligente, correcta... —Hizo una pausa—. Fría.

—¿Fría? —repitió Eleanor, frunciendo el ceño.

—Tengo la impresión de que esa mujer solo sonríe si el momento lo requiere. Ni antes, ni después —Thomas volvió a coger la taza y la giró entre sus manos. Sopesó sus siguientes palabras antes de continuar—. A pesar de todo, creo que no es mala persona. Pero tampoco es alguien que vaya a hacer esto con entusiasmo, sino porque no tiene alternativa. Y eso hay que tenerlo en cuenta.

El salón quedó en silencio durante un momento. Aquella no era una afirmación baladí, y de la actitud que la señora pudiera adoptar, dependería muchas cosas.

—¿Y Margaret? —preguntó Eleanor—. ¿Habló de ella?

—Preguntó si sabía lo que implicaba ese mundo.

—¿Y qué le dijiste?

Thomas se encogió de hombros y le dio un sorbo a su té.

—Que nuestra hija es más lista de lo que parece.

Margaret lo miró.

—¿No se le ocurrió una respuesta mejor, padre? —dijo.

—Sea como fuere, funcionó. Y eso es lo que importa —argumentó Thomas, con la legitimidad de saber que aquella aseveración había logrado el efecto que él había pretendido.

Eleanor dejó su taza junto a la de su marido.

—¿Y eso en qué se traduce? ¿Cuándo se irá la niña con esa señora?

—Antes de que empiece la temporada. Tres semanas, cuatro a lo sumo. El tiempo suficiente para que lady Constance prepare el terreno y para que Margaret —miró a su hija— prepare lo que va a necesitar.

—¿A qué se refiere? —preguntó Margaret, sin comprender—. ¿Qué debo preparar?

—Lo más importante de todo: una historia con una buena genealogía, que sea coherente y que aguante todo tipo de preguntas. ¿Entiendes a qué me refiero?

Margaret asintió despacio. Aquello estaba dejando de ser el sueño ideal que había imaginado durante media vida, para convertirse en algo mucho más complicado y real.

—¿Y si alguien me pregunta por mis orígenes? —le cuestionó, preocupada no tanto por el relato que debía inventar, sino por la idea de tener que renunciar, al menos temporalmente, a aquel

apellido del que estaba tan orgullosa, por más que careciera de abolengo.

—Dirás que provienes de una familia empobrecida de provincias —soltó Thomas sin inmutarse—. Los detalles los trabajaremos juntos. No hace falta que sea demasiado elaborado; las historias simples son más fáciles de sostener que las complejas. Un padre fallecido, una propiedad que ya no existe... Podríamos decir que lady Constance te acoge por una deuda de honor que tenía con él.

—¿Y mi acento?

Thomas la miró y frunció el ceño.

—¿Qué pasa con tu acento?

—Que no parece de provincias.

—Por supuesto que no. Suena al de alguien que ha sido bien educada, lo cual es más que correcto. Las familias venidas a menos también educaban a sus hijos.

Margaret consideró esto.

—¿Podría mantener al menos mi nombre?

—Margaret es un nombre perfectamente aceptable en cualquier salón de Londres. El apellido lo ajustaremos. Algo que no llame la atención y que no haga que nadie busque en los registros.

Eleanor, que había estado escuchando con atención, volvió a participar en la conversación:

—Thomas... ¿Crees que ella va a tratarla bien?

La pregunta era sencilla.

—Creo que va a cumplir el trato —dijo con sinceridad—, que no es exactamente lo mismo.

Eleanor asintió. Era la respuesta que esperaba, aunque no la que habría querido escuchar.

—Entonces —dijo, y se volvió hacia su hija con una mirada que mezclaba preocupación y determinación a partes iguales—, ya

que has decidido seguir adelante, hagámoslo bien. Empezando por el guardarropa.

—¿El guardarropa? —repitió Margaret, con el entusiasmo contenido.

—No puedes llegar a casa de lady Constance Merrow con lo que tienes en el armario. —Eleanor ya estaba de pie, con la energía de quien sabe que tiene mucho trabajo por delante—. Voy a necesitar tela de las buenas; no cualquier retal. Y tiempo. Durante las próximas dos semanas, tendré que dejar un poco de lado los encargos. Mi hija va primero.

—Eleanor —dijo Thomas—, acabamos de resolver un problema de ocho mil libras. Creo que podemos permitirnos…

—No es cuestión de dinero —lo interrumpió ella con determinación—. Es cuestión de que, si mi hija va a entrar en ese mundo, va a hacerlo vestida como corresponde. Y eso sí que puedo dárselo yo.

Esa noche, mucho después de que la conversación hubiera terminado y la casa se hubiera quedado en silencio, Thomas Hoper se quedó sentado en su despacho con las cuentas abiertas delante y la vista puesta en algún punto por encima de ellas.

Se dijo a sí mismo que había hecho lo correcto, dentro de las opciones disponibles.

Margaret quería ese mundo. Lo había querido desde los siete años, desde los diez, desde los quince… con esa perseverancia, a veces silenciosa, que era uno de sus rasgos más definitorios y que había heredado, sin ninguna duda, de Eleanor.

Estaba en sus manos el poder cumplir el sueño de su hija, si bien no era ajeno a lo que podría ocurrir en el futuro. Era probable que Margaret, en algún momento de la temporada, descubriera que el mundo que había visto desde la ventana del taller no era tal y como ella imaginaba y que durante tanto tiempo había idealizado.

No quería que le hicieran daño. Eso era lo primero y lo último.

Pero también sabía que el daño controlado era a veces la única forma de que ciertas verdades se mostraran tal cual eran. Y eso solo podía descubrirlo desde dentro, desde el interior de aquella sociedad decadente.

Cerró las cuentas y apagó la vela.

Antes de subir, pasó por delante del cuarto de Margaret. Había luz por debajo de la puerta cerrada; su hija seguía despierta. Probablemente pensando. Seguramente, imaginando.

Luego siguió hacia su propia habitación.

En efecto, Margaret estaba sentada en el borde de la cama con una tarjeta de lady Constance con su dirección grabada en relieve que su padre le había entregado.

No sentía miedo. O sí… pero mezclado con una sensación de anticipación.

Pensó en el vestido de lady Ashmore. En la seda marfil a contraluz.

«Así es como se siente ser de ese mundo.»

Dejó la tarjeta en la mesilla y apagó la vela.

En Belgrave Square, a dos millas de distancia, lady Constance Merrow estaba también despierta. Sentada ante su escritorio, con una hoja de papel en blanco delante y la pluma en la mano, pensaba en cómo redactar la nota que tendría que enviar a sus conocidas para anunciar la llegada de su nueva pupila.

«Una joven de familia respetable a quien acojo con mucho gusto» —dijo en voz baja, probando cómo quedaba la frase.

Eran el tipo de palabras que sonaban bien y no decían nada, que era precisamente su utilidad.

Y con esa idea, empezó a escribir y a planificar la próxima temporada.

CAPÍTULO 3

Margaret no esperaba que, a la mañana siguiente, ya hubiera noticias sobre la fecha para poner en marcha el acuerdo que se había firmado entre su padre y lady Constance. El día anterior le habían dicho que tendría que esperar entre tres y cuatro semanas, pero durante el desayuno, se enteró de que los plazos se acortaban.

—Dos semanas —anunció su padre tras dejar el periódico doblado junto al plato, para tomar su taza de té con las dos manos.

Margaret dejó el cuchillo sobre la mesa.

—¿Dos? —repitió—. ¿Pero no iban a ser al menos tres?

—Lady Constance considera que es conveniente que llegues antes para pulir la historia y que todo parezca creíble. —Thomas la miró—. Lo que significa que también nosotros tendremos que acelerar los preparativos.

Eleanor, que había estado untando mantequilla en una tostada, dejó el cuchillo a un lado, al igual que había hecho su hija.

—No sé si será suficiente para preparar el vestuario de Margaret —advirtió con cierto tono de alarma—. Son demasiadas prendas las que hay que confeccionar.

—Tendrá que serlo, mujer —aseveró su esposo con rotundidad.

—Para un par de vestidos, puede que sí —refutó Eleanor—. Pero no vamos a llegar para tener listo el resto...

—Ya se nos ocurrirá algo —respondió Thomas, con esa seguridad aplastante que solía mostrar cuando se avecinaban problemas.

Margaret los escuchaba a los dos con atención, sin perder detalle. No podía dejar de pensar que justamente *dos semanas* era la misma cantidad de tiempo que llevaba el vestido de lady Ashmore en el taller. Y no era lo mismo preparar un solo vestido, que todo un guardarropa.

Respecto a los de diario, podría apañarse con los suyos. Sin embargo, los de gala, los que tendría que llevar a las fiestas... eso sí que le preocupaba.

No obstante, si se ponían manos a la obra, podría hacerse. Con trabajo, todo era posible. Su madre y ella estaban acostumbradas a trabajar a destajo para que sus clientas tuvieran nuevos vestidos cada vez que acudían a un baile.

—Si eso es lo que tenemos, habrá que adaptarse. Así que, ¿por dónde empezamos? —preguntó la joven, dispuesta a enfrentar cualquier problema que pudiera surgir. No en vano, era digna hija de su padre.

Thomas la miró y sonrió con orgullo; no esperaba menos de Margaret.

—Por la historia, porque será la base de todo —aseguró con la misma decisión que ella mostraba.

Se dirigieron al salón, donde disponían de más espacio. Thomas llevó papel y pluma para ir tomando nota de las cuestiones principales que conformarían el relato principal de la trama que iban a desarrollar.

—Bien, en primer lugar, empecemos por el nombre —anunció el patriarca, con la pluma preparada.

—Margaret —comentó su hija. Como bien habían acordado la noche anterior, no había motivo alguno para modificarlo.

—De acuerdo; eso lo mantenemos. —Lo anotó en el papel—. Ahora el apellido. Tiene que ser uno que no llame la atención. Es decir, que no sea ni demasiado ilustre, ni demasiado común. Algo que pueda pertenecer a cualquier familia de provincias sin que nadie sienta la necesidad de buscar información sobre él. —Thomas

tamborileó los dedos sobre el tablero de la mesa—. ¿Qué os parece Ashby?

—Suena a campo —dijo Eleanor.

—Eso es justo lo que estamos buscando. ¿Qué opinas tú, hija?

Margaret lo consideró.

—Margaret Ashby —dijo en voz alta, probando el resultado. En efecto, sonaba a otra persona, lo cual no dejaba de ser el objetivo que se perseguía—. Me parece bien.

—Entonces, ya tenemos otra cosa más —dijo Thomas mientras lo escribía junto al nombre—. Lo siguiente, y sin duda lo más importante, el origen. —Meditó un instante, antes de volver a hablar—. Familia procedente de Shropshire. El padre, de nombre Edward Ashby, que falleció hace tres años, era un caballero de fortuna modesta que conoció a lady Constance hace algún tiempo a través de círculos sociales comunes. La propiedad familiar tuvo que venderse para cubrir deudas. La madre lleva dos años enferma y vive retirada en el campo.

Margaret lo escuchaba construir su vida falsa con la misma eficiencia práctica con que revisaba una columna de números del libro de contabilidad de cualquiera de sus negocios. No pudo evitar pensar que, de habérselo propuesto, su padre hubiera resultado un novelista bastante bueno de haber elegido esa profesión en lugar de la de comerciante.

—¿Y cuál es el motivo por el que me acoge lady Constance? —preguntó.

—Porque le debe un favor a tu padre. —Thomas levantó la vista y la señaló con la pluma—. Una deuda de honor. Él la ayudó en un momento difícil años atrás y ella nunca tuvo ocasión de devolvérselo. Ahora que él ha muerto y tú estás sola en Londres visitando a una tía lejana, Constance ha decidido que este es el momento de saldar esa deuda.

—¿Qué tía lejana?

—Una que no existe, claro está —argumentó Thomas—. Y si alguien pregunta por ella, le diremos que ha tenido que regresar al campo para acompañar a tu madre. Dudo mucho que ese tipo de detalles se verifiquen siquiera.

Eleanor, que había estado escuchando toda la conversación con los brazos cruzados, los interrumpió para formular una nueva cuestión.

—¿Y si alguien conoce Shropshire? ¿Qué pasaría si le preguntan por lugares concretos, por familias, o por cualquier otra cosa? Margaret no ha estado allí nunca.

Thomas desechó el posible problema con un gesto de la mano.

—Shropshire es lo bastante grande para que nadie conozca a todo el mundo —dijo Thomas—. Y la gente de Londres que frecuenta los salones de Mayfair, no suele tener un conocimiento detallado de la geografía rural de las Midlands.

—Pero, ¿y si lo tienen? —insistió Eleanor.

Thomas miró a su hija.

—Margaret —se dirigió a esta entrecerrando los ojos con inteligencia—, si alguien te formulase una pregunta que no supieras responder, ¿qué harías?

La joven lo meditó un momento.

—Devolvería la pregunta —contestó—. O cambiaría de tema. O diría que prefiero no hablar de ello porque me resulta doloroso.

Thomas volvió a señalar hacia ella con la pluma en un gesto de conformidad.

—Muy bien, hija —concordó—. Las historias tristes tienen la ventaja de que la gente educada no insiste. Y si lo hacen, significa que no son personas con las que valga la pena conversar.

Eleanor no dijo nada, y no le quedó más remedio que aceptar la respuesta, aunque no estaba del todo segura de que pudiera funcionar.

—Hay otra cosa que también deberíamos tomar en consideración —dijo Margaret, pensativa.

—¿De qué se trata?

—Madre tiene clientas en Mayfair. Mujeres que han estado en este taller. Cabe la posibilidad de que en algún momento me hayan podido ver, aunque sea de pasada.

El silencio que siguió fue breve pero denso.

—¿Cuántas veces crees que ha podido ocurrir eso? —preguntó Thomas.

—No muchas. Madre siempre me ha mantenido apartada del taller durante las visitas. Pero eso no quita que alguna vez...

—Alguna vez no es suficiente para un reconocimiento seguro —la interrumpió su padre, con más convicción de la que quizás sentía—. Especialmente si vas vestida de forma distinta, en un contexto completamente diferente. La gente solo ve lo que espera *ver*.

Margaret asintió. Era verdad. Ella misma lo había comprobado en numerosas ocasiones: las clientas de su madre miraban a Eleanor, miraban el vestido o miraban el espejo. El resto del mundo no era más que decorado.

—Aun así —dijo Eleanor, en voz baja— deberías tener cuidado con lady Ashmore. Es de las que se fijan en todo.

—De acuerdo, lo tendré.

Thomas anotó todas las cuestiones que habían quedado decididas en el papel que tenía delante, y cuando terminó, lo dobló en dos y se lo entregó a Margaret.

—Apréndetelo, hija —dijo—. Hazlo tuyo, porque hay una gran diferencia entre memorizar una historia y creerla de verdad. Y no debemos permitir que la gente note cuál de las dos cosas estás haciendo.

Margaret cogió el papel.

Margaret Ashby. Shropshire. Padre fallecido. Propiedad vendida. Madre enferma en el campo.

Lo leyó un par de veces. Después lo dobló y se lo guardó en el bolsillo.

—Pierda cuidado, padre. Así lo haré.

Esa misma mañana, mientras Margaret releía por enésima vez el papel con su nueva historia y Thomas revisaba documentos en su despacho con la puerta entornada, Eleanor desapareció en el taller, del que no salió durante horas.

Cuando Margaret fue a buscarla para anunciarle que el almuerzo se serviría en breve, pudo ver sobre la silla del pasillo tres piezas de tela que reconoció al instante. La primera era una muselina de color crema de tacto fino y delicado. La segunda, una seda de color verde oscuro que Eleanor guardaba desde hacía dos años en el fondo del armario con la excusa de *para cuando haga falta*. Y la tercera era un paño azul medianoche que su madre pensó que causaría furor entre sus clientas la temporada anterior, pero que por algún motivo que nunca llegó a entender, nadie quiso utilizar.

—Madre…, ¿las tres? —preguntó, en alusión al material.

—Sí, hija —confirmó Eleanor, sin volverse—. Y serán necesarias más, pero al menos, es importante que lleves algo adecuado para el comienzo de la temporada.

—Pero… es demasiado trabajo para tan solo dos semanas.

—Ya lo sé.

—No puede coser tres vestidos en tan poco tiempo y además…

—Margaret —Eleanor se volvió y la miró con una expresión que no parecía tener discusión—, puedo coser tres vestidos en dos semanas porque llevo veintitrés años cosiendo para mujeres que me exigían tenerlo en menos tiempo y por un motivo menos importante que este.

Margaret consideró un momento si valía la pena seguir discutiendo, y llegó a la conclusión de que no.

—Está bien. Yo me ocuparé de los vestidos de las clientas que están pendientes de terminar. Entre las dos, podremos hacerlo.

—Claro que sí. Con tu ayuda, lo sacaremos adelante, como siempre.

Empezaron por las medidas, aunque Eleanor se las sabía de memoria desde hacía años. Al fin y al cabo, había cosido todos sus vestidos desde que era una niña hasta convertirse en mujer, por lo que las proporciones de su hija estaban grabadas en sus manos y en su cabeza. No obstante, las repasó con la cinta métrica y las anotó en su cuaderno de medidas.

Margaret se quedó quieta en el centro del taller mientras su madre trabajaba sobre su cuerpo, pensando que llevaba toda la vida en ese mismo lugar, pero siempre del lado de quien cose, no de quien viste.

—Relájate, Margaret. Estás tensa —la reprendió Eleanor, sin levantar la vista.

—No lo estoy, madre.

—Tienes los hombros subidos. No hay más que verte.

Margaret los bajó deliberadamente.

—Así está mejor…

Trabajaron en silencio durante un rato. Eleanor medía y anotaba mientras Margaret miraba las telas sobre la silla y pensaba en Belgrave Square, en el salón azul que su padre le había descrito y en una mujer con ojos grises que iba a acogerla no por gusto, sino por necesidad.

—¿Tiene idea de cómo era de joven? —preguntó Margaret.

Eleanor levantó la vista.

—¿Quién?

—Lady Constance. ¿La conoció antes de que enviudara?

Eleanor siguió centrada en su labor.

—La vi en alguna ocasión que vino acompañando a alguien, pero ella nunca ha sido clienta mía. Sus vestidos los confeccionaba

otra modista, alguien con más nombre que yo en esos años.

—¿Y qué impresión le causó?

Su madre meditó la respuesta mientras le sujetaba un trozo de tela con un par de alfileres.

—Uy, hija, de eso hace ya mucho tiempo.

—Vamos, madre. Usted tiene muy buena memoria y sabe leer a las personas mejor que nadie. Seguro que la recuerda...

—Bueno, era una de esas mujeres que entran a un sitio y solo ven el espacio, los muebles o las telas. Pero no se fijan en las personas que los habitan. —Eleanor anotó algo en su cuaderno—. No digo que lo haga por maldad, sino que más bien sea una cuestión de costumbre. Ten en cuenta que son damas que se han criado de una manera diferente a como lo hemos hecho nosotros. Supongo que como cuando vives rodeada de sirvientes. Están tan acostumbrados a su presencia, que ni siquiera se dan cuenta de que están ahí.

—Entiendo lo que quiere decir. Y… ¿qué cree que opinará de mí? —preguntó llegando a la esencia de la cuestión.

Eleanor tardó un momento en responder.

—Creo —dijo con cuidado— que solo verá lo que a ella le convenga. Y que el resto dependerá de ti.

Aquella no era lo que se dice una respuesta tranquilizadora, pero al menos, era honesta. Y eso era algo que Margaret valoraba, porque prefería saber a qué se enfrentaba, que toparse de bruces con ello sin esperárselo.

El primer vestido que Eleanor terminó fue el de muselina crema.

Tardaron cuatro días de arduo trabajo, que comenzaba antes de que el resto de la casa despertara y terminaba cuando la vela ya no daba más de sí. Cuando Margaret lo vio colgado en la percha, sobre la puerta del taller, no pudo evitar que su pecho se hinchara por la emoción.

No porque fuera especialmente vistoso... De hecho, era más sencillo de lo que había imaginado, sin adornos excesivos ni detalles que llamaran la atención. Pero había algo en el corte, en la forma en que la tela caía desde los hombros, en la línea del talle, que lo hacía exactamente correcto de una manera que era difícil de explicar.

—Es… perfecto, madre —dijo.

—Es apropiado —la corrigió Eleanor—, que no es lo mismo; pero es lo que necesitas ahora. —Se acercó y ajustó un pliegue de la falda—. Las jóvenes que acaban de llegar a la ciudad no llegan con vestidos perfectos. Llegan con vestidos buenos. Hay una diferencia. Luego, para los paseos durante el día, podrás usar los tuyos sin problema. Y para la noche, de momento tienes el azul y el verde.

—¿De momento?

—Cielo, sabes que dos vestidos de gala para una temporada que dura meses resultan insuficientes, aunque combines los accesorios para hacerlos parecer diferentes. Pero al menos, tienes algo con lo que comenzar, y podré disponer de más tiempo para trabajar en los otros. El azul será para las veladas. Y el verde... —Eleanor dudó un instante buscando la mejor manera de expresarlo —. El verde será para cuando necesites destacar. Con él, conseguirás que todos te vean.

Margaret miró a su madre con curiosidad.

—¿Destacar? ¿Y cuándo voy a necesitar eso?

Eleanor le devolvió la mirada con una expresión que contenía veintitrés años de observar a mujeres entrar y salir de ese taller, de escuchar conversaciones en silencio, de coser vestidos para cuerpos que pertenecían a un mundo que no era el suyo pero que conocía mejor que muchas de las que vivían en él.

—Lo sabrás cuando llegue el momento —dijo.

Dos días antes de la partida, Thomas se sentó con Margaret en el despacho y repasaron la historia una vez más. No porque ella no se la supiera, sino porque su padre necesitaba oírsela contar. Según como lo hiciera, resultaría creíble o no.

Margaret habló durante diez minutos. Su padre escuchó sin interrumpir, con los codos sobre la mesa, los dedos entrelazados, mientras parecía evaluarla con atención.

Cuando terminó, Thomas guardó silencio un momento.

—Está bien —dijo.

—¿Solo bien, padre? —refunfuñó.

—Será suficiente —Hizo un gesto con la mano, con la intención de pasar a otro asunto—. Pero, Margaret, hay una cosa más que quiero decirte antes de que te marches.

—Usted dirá...

Buscó las palabras adecuadas para exponer lo que le rondaba la cabeza. A medida que la fecha de la partida de su hija se aproximaba, había una cuestión que para él era importante de tratar.

—Si en algún momento sientes que la situación se te va de las manos, no esperes —le dijo con decisión—. Escríbeme y me lo cuentas, que yo sabré qué hacer y, si es necesario, te sacaré de allí. Pero no escribas a tu madre, porque ya sabes cómo es y se preocupará antes de tiempo. A mí, ¿de acuerdo?

—Padre, voy a estar bien.

—Ya lo sé. —Se detuvo un instante y la miró con un profundo sentimiento reflejado en sus ojos—. De todas formas, no pierdas el contacto con nosotros. Escríbenos de vez en cuando para saber cómo te van las cosas. No puedes ni imaginar cuánto te vamos a echar de menos, pequeña.

A Margaret se le encogió el corazón de ternura. Había estado tan inmersa en los preparativos, que no se había parado a pensar lo que iba a suponer la separación para sus padres. Sabía que lo hacían por su bien, por su futuro, pero no quitaba que fuera la primera vez que durmiera lejos de su casa. Se levantó de su asiento y se acercó al de su padre para abrazarlo con todo el amor que sentía por él.

—Lo haré, padre. Se lo prometo.

El día de la partida amaneció con lluvia. Los baúles con sus enseres personales estaban preparados junto a la puerta de su cuarto, a la espera de ser llevados al coche de alquiler cuando este llegara. Eleanor los había preparado la noche anterior, doblando cada prenda y colocando papel de seda entre las telas. Todo bien dispuesto para que nada se arrugara en el trayecto. En ellos no solo iban sus vestidos, sus libros o el neceser de Eleanor; también una pequeña bolsa con unas tijeras pequeñas, hilo y varias agujas, *por si acaso*.

Margaret se vistió con el vestido de muselina crema que su madre le había confeccionado y se miró en el pequeño espejo que tenía en su cuarto.

Margaret Ashby. *De Shropshire. Padre fallecido. Madre enferma. Propiedad vendida.*

La chica del espejo la miró de vuelta con una expresión que no era del todo suya, pero a la que se tendría que acostumbrar en los meses venideros.

Inhaló aire hasta llenar sus pulmones y lo fue soltando despacio.

Había llegado el momento.

El desayuno fue el más silencioso que Margaret alcanzaba a recordar. Para no perder la costumbre, Thomas leía el periódico… o por lo menos, lo tenía en las manos, porque era evidente que no avanzaba ni una sola página.

Eleanor sirvió el té dos veces, aunque las tazas no estuvieran vacías.

Margaret comió una tostada entera, que fue un acto de pura voluntad porque su estómago se encontraba completamente cerrado por los nervios.

A simple vista, todo parecía normal, lo habitual de una mañana cualquiera; pero la realidad, era bien distinta.

—No creo que tarde mucho en escampar —dijo Thomas, mirando hacia la ventana.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Margaret.

—Porque parece que el viento ha cambiado.

—Lleva lloviendo desde antes del amanecer.

—Ya. —Dejó el periódico—. Pero, de todas formas, estoy seguro de que dejará de llover en breve.

Margaret desvió sus ojos hacia su madre. Eleanor miraba su taza y en la comisura de sus labios había algo que en otro momento habría sido una sonrisa.

A las diez menos cuarto, el carruaje que Thomas había contratado apareció en Gracechurch Street con el ruido característico de los caballos sobre el adoquín mojado. Margaret lo oyó desde el salón y sintió algo que subía desde el estómago hacia algún punto entre el pecho y la garganta.

Todos se pusieron de pie al unísono, como si les hubieran pinchado.

Los baúles salieron primero, con ayuda del cochero y de Thomas, mientras Margaret observaba el proceso como si aquello no terminara de ir con ella. Cuando el último baúl estuvo cargado, Thomas volvió a entrar y se quedó en el recibidor. Margaret estaba junto a la escalera con el abrigo puesto y el sombrero en la mano.

Fue Eleanor quien se acercó primero.

No dijo nada. Le ajustó el cuello del abrigo y luego le tomó la cara entre las manos un momento, solo un momento, antes de abrazarla con fuerza.

—Recuerda: el verde —dijo su madre en voz baja en su oído — cuando necesites que te vean.

Margaret asintió.

—Y si en algún momento... —empezó a decir Eleanor.

—Me vuelvo a casa —la interrumpió Margaret—. Lo sé. Y tiene mi palabra de que así lo haré.

Eleanor asintió y soltó su cara tras dejar un beso en la mejilla de su hija. Dio un paso atrás manteniendo a duras penas la compostura. Fue entonces el turno de Thomas, que se acercó a su *pequeña*.

Se limitó a cogerle las manos entre las suyas y las apretó una sola vez. Sus ojos se veían vidriosos, pero al igual que Eleanor, supo mantener el tipo.

—Cuídate mucho, hija mía. Y nunca olvides que aquí siempre estará tu casa.

—No lo haré, padre.

—Y recuerda lo que hablamos…

Ella se limitó a asentir mientras se ponía el sombrero.

Abrió la puerta.

Fuera, la lluvia había parado, tal y como había vaticinado su padre un rato antes. El cochero, en el pescante del carruaje, miraba hacia algún punto neutral con paciencia, acostumbrado a aquel tipo de servicios.

Margaret bajó los tres escalones de la entrada. En el umbral, Thomas y Eleanor la observaban mientras ella se acercaba al vehículo. En el último momento, se volvió a mirarlos una vez más, como si quisiera grabar la imagen de sus padres a fuego en la retina.

—Os quiero.

Luego abrió el portón del carruaje y se subió a él. Con un tirón, el coche arrancó y avanzó por Gracechurch Street, hasta que dobló la esquina y desapareció.

CAPÍTULO 4

Lady Constance Merrow llevaba exactamente veintidós minutos esperando junto a la ventana del salón principal cuando el carruaje que llevaba a Margaret dobló al fin la esquina de Belgrave Square.

No era una mujer a la que le gustara que la hicieran esperar. No solo implicaba tener que depender del tiempo de otro, sino que, además, era una absoluta falta de respeto. Aquella no era la mejor manera de empezar una relación con la que habría de ser su pupila durante la temporada que estaba por comenzar.

Al menos, el carruaje, aunque discreto, no era el vehículo desvencijado que podría haber esperado de alguien que venía a fingir que pertenecía a un mundo *superior*. Thomas Hoper, pensó Constance, era un hombre que tenía en cuenta esos detalles, lo cual no lo hacía más simpático, pero sí más tolerable.

Cuando el coche se detuvo frente a la puerta, Constance observó a la chica que bajó de él. Y algo en ella le resultó... inesperado.

Había dado por sentado que, si no atractiva, sería cuanto menos una chica resultona. Digamos que… aceptable para la alta sociedad londinense, pues de no ser así, dudaba mucho que su padre se hubiera tomado tantas molestias para hacerla pasar por joven casadera. Sin embargo, aquella joven que bajaba con ese vestido de color crema, sencillo pero adecuado, y esa postura de quien no sabe todavía que la están mirando, era… demasiado. Demasiado pelo, demasiado color en las mejillas, demasiada... presencia, para alguien que acababa de llegar de provincias con un par de baúles y una historia inventada.

Constance sintió una punzada interior que, por supuesto, nada tenía que ver con la envidia, pues alguien como ella no se rebajaría a un sentimiento tan mundano. Más bien se trataba de la incomodidad de saber que una chica así no pasaría desapercibida. Todo lo contrario. Conocía demasiado bien los círculos sociales como para saber que, en cuanto saliera a la palestra, su presencia generaría conversación, preguntas, interés... Algo demasiado peligroso para una historia que se sostenía sobre una base tan delicada como era el engaño y la mentira.

Observó cómo la muchacha se quedaba un momento en la acera mirando la fachada de la casa con una expresión que Constance tardó un segundo en descifrar. No parecía asustada, sino expectante, consciente de que aquello era una realidad que se volvía tangible. Y luego, tras un largo suspiro, se enderezó ligeramente en un gesto casi imperceptible, y subió los escalones que daban acceso a la vivienda.

Constance se apartó de la ventana.

Fue hacia el centro del salón, adoptó la postura adecuada —espalda recta, manos juntas y expresión neutra— y esperó a que llamaran a la puerta.

Bridget, la doncella principal, abrió y anunció a la señorita Ashby con la entonación respetuosa con que habría anunciado a cualquier visita importante. Todo el servicio había sido informado días atrás de que Margaret Ashby iba a ser su pupila durante la temporada londinense, y que, por tanto, debían tratarla como tal.

Margaret entró y por primera vez, sus ojos se cruzaron. Para sorpresa de Constance, la joven le sostuvo la mirada sin mostrar ningún gesto de apocamiento. De hecho, tuvo la impresión de que la chica trataba de evaluarla de la misma manera que había hecho ella un momento antes, si bien sin la discreción que le otorgaban los cristales de la ventana.

Aquello le pareció inaudito. Las jóvenes de provincias que llegaban a Londres por primera vez solían desviar sus ojos hacia

cualquier lado para mirar las habitaciones, los muebles, los techos... no directamente a las personas.

—Señorita Ashby —dijo Constance, con la calidez exacta que requería la situación ante Bridget.

—Lady Constance. —Margaret hizo una reverencia que, si bien no era perfecta, al menos sí podía calificarse como correcta—. Es usted muy amable al recibirme en su casa.

—Es un placer —le contestó por simple educación.

Era mentira, por supuesto. Pero era el tipo de farsa que se practicaba en ese mundo desde hacía siglos y que ella no iba a dejar de mostrar para que se la tildara de embustera.

—Bridget te mostrará tu habitación —continuó—. Cuando estés instalada, te agradecería que bajaras al salón. Tenemos algunas cosas de las que hablar antes de que empiece la semana.

—Por supuesto —dijo Margaret, obediente.

Constance la observó salir detrás de la sirvienta. La chica tenía buena planta. Se movía bien, sin la torpeza que podría haberse esperado. Y había algo en su forma de mirar, directa, pero a la vez curiosa y aguda, que podía resultar a la vez su mayor activo, pero también, su mayor peligro.

—Demasiado observadora, me parece a mí— murmuró Constance.

Porque las chicas así eran casi siempre difíciles de manejar.

La habitación que la anfitriona le había asignado a Margaret estaba en el segundo piso, al fondo del pasillo, con una ventana que daba a un pequeño jardín interior. Era una habitación agradable, amplia, con una cama de dosel, un armario de madera oscura y una chimenea que todavía no estaba encendida, pero que prometía ser útil cuando llegaran los fríos de verdad.

Dejó el sombrero sobre la cama y se quedó un momento en el centro de la habitación, mirando.

Era, sin duda, más grande que su cuarto en Gracechurch Street, pero también más silenciosa. Se le vino la idea de que allí no le llegaría el olor a comida recién hecha, como sí ocurría en su casa.

Bridget se había ofrecido a ayudarla a deshacer los baúles, pero ella había rechazado el ofrecimiento. Así que la doncella había desaparecido con la promesa de que volvería al cabo de un rato, lo cual dejaba a Margaret sola por primera vez desde que saliera del que hasta entonces había sido su hogar.

Se acercó a la ventana.

El pequeño jardín interior estaba bien cuidado. Podía distinguir los setos recortados, un camino de gravilla y una fuente que, o bien no funcionaba, o bien a esa hora de la mañana no la habían encendido. Todo parecía estar exactamente como correspondía.

«Así que esto es lo que se ve desde dentro…», pensó Margaret.

Por supuesto, no era el palacio que había imaginado a los diez años mientras miraba los preciosos vestidos que su madre confeccionaba para sus clientas. Pero sí era una casa grande, bien mantenida, habitada por una mujer que sospechaba que sonreía lo justo y que la había mirado con una expresión medida y escrutadora.

Respiró, se apartó de la ventana y empezó a deshacer el primer baúl. Al fin y al cabo, su anfitriona le había dejado claro que quería verla en cuanto estuviera disponible, y era mejor no hacerla esperar.

Bajó al salón cuarenta minutos después. Constance estaba sentada junto a la chimenea, que había sido encendida, con una taza de té en la mano y la postura erguida que se presuponía debía tener una mujer de su estatus.

—Siéntate, por favor —le dijo al verla entrar, señalando el sillón del otro lado de la mesita.

Margaret obedeció.

Constance se levantó un instante para servirle el té con la misma precisión metódica con que lo había servido a Thomas Hoper semanas atrás. Le entregó la taza caliente con pulso firme, y volvió a ocupar su asiento.

—Bien —dijo la viuda, atusándose los pliegues de su falda—. Antes de que empieces a conocer a nadie, hay algunas cosas que conviene que hablemos.

—La escucho.

Constance la miró un momento antes de empezar. La postura de la joven era la adecuada, y parecía que sabía prestar atención cuando se le indicaba. Bien. Ese era un buen comienzo.

Fue repasando, con voz tranquila y sin énfasis, las normas de la casa, los horarios, o las expectativas sociales de las semanas siguientes. Quiénes vendrían a visitarlas. A qué eventos asistirían. Cómo debía presentarse Margaret, qué debía decir y qué debía evitar, cómo debía comportarse en una cena, en un baile, o en un paseo.
Cómo debía realizar la reverencia correcta. El tono adecuado a la hora de hablar, según a quien se dirigiera. Los temas que se podían tratar frente a terceros y aquellos otros que, bajo ningún concepto, debían ser mencionados.

Margaret escuchó todo sin interrumpir, tomando nota mentalmente de cada indicación, de cada consejo, de cada palabra. No tenía mala memoria, pero era tanta la información que le estaban proporcionando, que no le hubiera venido nada mal llevar un cuaderno, papel y tinta, para ir apuntando todo lo que le decía. Aquella mujer parecía que no tenía fin a la hora de dar instrucciones.

—¿Está todo claro? ¿Alguna pregunta que desees realizar? —dijo Constance al terminar.

—Solo una: ¿qué debo hacer si alguien me interroga sobre algún asunto del que no sepa cómo responder? —Era la misma cuestión que le hubiera formulado su padre semanas atrás, y ella dio su opinión según lo que le dictaba el sentido común. Pero teniendo

en cuenta que era un supuesto que bien podía darse, quería saber a ciencia cierta cómo debía actuar llegado el caso.

Constance la miró con una expresión inmutable.

—Sonreír —contestó al fin—. Y, a continuación, devolver la pregunta. Por lo general, la gente prefiere hablar de sí misma antes que escuchar a los demás.

Margaret asintió.

—Mi padre me dijo algo muy parecido —corroboró.

El rictus de la señora se volvió tenso durante un brevísimo instante, para cambiar de nuevo a su expresión inalterable con rapidez. No obstante, Margaret lo percibió.

—Estoy segura de que tu padre —argumentó Constance con una voz perfectamente neutra— es un hombre muy sensato.

La forma en que lo dijo no tenía nada de incorrecto. Era cortés, medida… no había nada que objetar. Y sin embargo…

Margaret tuvo la clara impresión de que la opinión que lady Constance guardaba de Thomas Hoper distaba mucho de ser indiferente.

Esa misma tarde, la propia lady Constance la acompañó durante una visita guiada por la casa. Ya que aquella iba a ser su residencia durante los próximos meses, era necesario que estuviera al tanto de dónde quedaba todo. La condujo por las habitaciones principales: el salón de música, la biblioteca, el comedor formal, la salita de mañana… También las del servicio, donde *no* debía entrar, aunque sí convenía saber dónde quedaba.

Margaret la seguía y miraba.

Sin lugar a dudas, era una casa hermosa. Cada habitación estaba decorada con un gusto exquisito. Los muebles eran buenos. Las telas, aun mejor. Había flores frescas dispuestas en hermosos jarrones y los cuadros, en su mayoría de paisajes ingleses, aunque le parecieron un poco apagados, quedaban perfectamente enmarcados en el contexto de la vivienda.

Lo que no tenía la casa era calidez. Y no de temperatura, ya que estaba caldeada al punto justo para que no resultara ni fría ni caliente. Pero había algo que hacía que pareciera más un escenario que un hogar de verdad. Pensó en su casa, y tuvo claro que el calor que se respiraba en ella era muy diferente a esta otra. Quizás no fuera tan suntuosa o tan impresionante en cuanto a diseño y estética, pero aquella sí que era realmente un hogar.

—Esta será tu salita —le anunció la señora, abriendo una puerta al final del pasillo de la planta baja—. Estará siempre a tu disposición para cuando quieras tener más privacidad.

Era una habitación más pequeña que las otras, orientada al norte, con menos luz natural y una chimenea más modesta. Agradable, sin duda. Funcional, también. Pero que nada tenía que ver con la salita principal, que estaba situada al otro lado del pasillo, y por la que Constance había pasado sin apenas detenerse. Esta era, sin duda, mucho más modesta.

—Gracias —comentó Margaret con una sonrisa que no llegó a sus ojos—. Es usted muy amable.

—Me alegra que te parezca bien. Continuemos…

Margaret pensó de nuevo en su padre, cuando decía que lady Constance era una mujer fría. No podía sino agradecer que le cediera una sala para ella sola, además de su propio dormitorio, pero por el tipo de mobiliario que había en su interior, dejaba patente que no merecía algo de mejor *calidad.* No obstante, no sería ella quien se quejara en voz alta. Bastante agradecida se sentía por aquella oportunidad, aunque fuera porque a su anfitriona no le había quedado más remedio.

Fue tras la cena, una vez que Bridget hubo recogido la mesa, cuando Constance quiso dejar clara una cuestión para evitar equívocos en el futuro.

—Hay algo que quiero dejarte claro —dijo Constance tras meditar bien sus palabras.

Margaret la miró y aguardó a que continuara.

—Lo que estamos haciendo —le explicó Constance sin mostrar ni un ápice de emoción en su voz— no es más que un trato. Tu padre me ha ayudado y yo te ayudo a ti. Es así de simple. No hay más. —Se detuvo un instante para coger la taza que reposaba sobre una pequeña mesa—. No te pido que me estés agradecida; sino que seas discreta, que sigas las instrucciones que te doy y que no me compliques la vida innecesariamente.

El salón quedó en silencio, solo roto por el sonido del crepitar del fuego que ardía en la chimenea. Margaret consideró varias respuestas posibles, pero se limitó a elegir la más sencilla.

—Así será —replicó.

Constance asintió.

—Bien. Me alegra que nos entendamos.

Y continuó bebiendo su té como si nada hubiera ocurrido.

Cuando llegó a su habitación, Margaret se sentía exhausta. No tanto porque hubiera tenido una jornada más o menos ajetreada, sino a consecuencia de los nervios de todo el día. Conocer a lady Constance había sido... particular. Estaba claro que no podía esperar amabilidad en exceso por su parte, pero confiaba en que al menos sí hubiera cierta cordialidad y un trato correcto durante los meses que convivirían bajo el mismo techo. A pesar de ser solo su primer día fuera de casa, echaba de menos a sus padres. Su cariño, su comprensión, el saberlos siempre ahí, aunque no necesitara nada en particular. Aquello era amor, mientras que esto, no dejaba de ser un mero *trato*. Así lo había definido lady Constance y debía hacerse a la idea de que, más allá de lo que requiriera ese acuerdo, no tendría a nadie. Solo a sí misma.

Y eso debía ser suficiente. Tendría que ser suficiente.

Se acercó al armario para quitarse el vestido y ponerse un camisón de los que solía usar cuando estaba en su casa. Para dormir, no le hacía falta ninguna prenda nueva; confeccionarlos sería un trabajo innecesario.

Vio la ropa colgada que había guardado aquella misma mañana. Solo había recogido lo más urgente; del resto ya se encargaría al día siguiente, si lady Constance no la requería de nuevo.

Se sentó en el borde de la cama y abrió el cajón de la mesilla donde había guardado el papel doblado con su historia: *Margaret Ashby. Shropshire. Padre fallecido. Madre enferma.*

Lo leyó una vez más, como hacía cada noche desde que su padre se lo había entregado. Se sabía cada línea de memoria, pero, aun así, seguía repasándolo por si acaso. Luego lo volvió a doblar, se metió bajo las sábanas y apagó la vela.

Al día siguiente empezaría su puesta en escena. Las visitas, las presentaciones, las instrucciones de Constance sobre quién era quién y cómo debía comportarse con cada uno. La historia de Shropshire puesta en práctica por primera vez. El ensayo general antes de que llegara la temporada de verdad.

Podía hacerlo. Y si no, tenía la tranquilidad de que siempre podía volver a casa.

Ese pensamiento fue suficiente para que el sueño por fin la arropara.

Mientras tanto, en el salón de la planta baja, lady Constance Merrow no dejaba de darle vueltas a una única idea: una temporada. Solo una temporada. Luego todo volvería a ser como antes.

CAPÍTULO 5

—No... Así, no.

Margaret miró a lady Constance, extrañada.

—¿Por qué?

—Ese vestido no es en absoluto el apropiado —expuso Constance con dureza, como si la joven acabara de cometer un error catastrófico.

—Pero si es... precioso.

—Cierto, es muy hermoso. Y te sienta muy bien. Pero no es el que debes lucir esta noche.

—¿Acaso no es un vestido de velada? —preguntó Margaret tratando de mantener la paciencia.

Según le había explicado lady Constance, la velada en casa de los Harcastle era el tipo de evento apropiado para una primera aparición. No demasiado grande, pero sí lo bastante concurrido para que Margaret pudiera ser presentada a las personas adecuadas sin que la atención recayera sobre ella de manera excesiva.

Distaba de ser un baile de temporada con doscientos invitados, por lo que se lo podrían tomar como un ensayo general donde podría poner en práctica sus *dotes teatrales* antes de que llegaran los eventos importantes.

Lo que Margaret no había anticipado era que la primera controversia con su anfitriona tendría lugar a causa de la elección de su vestuario.

—Mi madre lo confeccionó específicamente para...

—Tu madre será muy buena modista, pero no sabe qué debe llevarse según qué momentos. Yo sí lo sé. —Constance ya se había

puesto de pie y la miraba como si ella fuera la única persona con la verdad absoluta—. No digo que no sea un vestido apropiado... pero para la tercera o cuarta salida. No para la primera.

—No entiendo la diferencia.

—Ya lo entenderás. —Se acercó a la joven, la estudió un momento más y luego dijo con una decisión que no admitía discusión—: Llevarás el vestido verde que me enseñaste cuando llegaste hace unos días.

—¿El verde? ¿No le parece que es demasiado pronto para lucirlo? En cambio, este otro considero que es apropiado porque… —empezó a rebatir.

—En absoluto —la interrumpió—; el otro es exactamente lo que necesitas esta noche.

—Lady Constance, llevo días escuchándole decir que debo ser discreta, que no debo llamar demasiado la atención, que una joven de mi posición debe…

—Disculpa, ¿qué posición? —Aquello sí que era un dardo en toda regla, y la joven tuvo que morderse la lengua para no saltar.

—Usted ya me entiende —se limitó a contestar, apretando los dientes.

—Una joven de buena posición —que era otra manera de decirlo— debe causar la impresión correcta en el momento adecuado. Y ese momento es esta noche, porque es la primera vez que te van a ver. —Hizo una pausa y la volvió a mirar de arriba a abajo—. Las primeras impresiones no se repiten, señorita Ashby. En este mundo, eso no es una observación. Es una ley.

El salón quedó en silencio un momento. Margaret no disponía de la experiencia necesaria para poder rebatir su explicación.

—Está bien —cedió al fin.

Constance asintió y la apuró para que regresara a su dormitorio a cumplir sus indicaciones.

—Vamos tarde, así que solo dispones de veinte minutos —le advirtió, y sin más, regresó a su sillón.

Cuando Margaret se puso el vestido verde por segunda vez —la primera había sido en el taller de Gracechurch Street, para que Eleanor comprobara el largo— lo sintió diferente a cómo lo recordaba.

Por supuesto, no es que hubiera cambiado. Seguía siendo el mismo tejido, el mismo corte y los mismos bordados dorados en el escote que su madre había tardado dos tardes en terminar. Pero la habitación de Belgrave Square no era el taller de su madre, y el espejo del armario de su habitación, no era el del cuarto de visitas que usaban las clientas. Tampoco la chica que se miraba en él era del todo la misma que se lo había probado días atrás con los ojos de quien todavía no sabe para qué sirve exactamente lo que lleva puesto.

Se miró.

Tuvo que admitir que el vestido verde era, en efecto, extraordinario. No en el sentido de que fuera recargado o excesivo, sino porque lograba un contraste entre la luz y el color de su piel, junto con la línea de sus hombros, que la hacía destacar de un modo que ella no conseguía explicar.

«Con él, conseguirás que todos te vean», le había dicho su madre.

Margaret respiró hondo una vez. Dos. Tres. Y cuando se sintió preparada, cogió los guantes blancos de la mesilla y se los puso con cuidado.

Se acercó al espejo para comprobar que su melena castaña y los adornos que llevaba estuvieran en su sitio. Por último, cogió el chal y lo echó sobre su antebrazo.

Ahora sí, estaba lista.

O al menos, eso era lo que no paraba de repetirse a sí misma.

El carruaje de Constance tardó veinte minutos en llegar a la residencia de los Harcastle, situada en Grosvenor Square y que era, desde el exterior, el tipo de casa que cabía esperar de alguien que vivía en aquella zona de la ciudad.

Al bajar, Margaret lo observó todo con atención. Desde la anchura de los escalones, hasta la luz que se filtraba a través de las ventanas o las siluetas moviéndose al otro lado de los cristales. Pensó que llevaba años imaginando entrar a un sitio como ese y ahora, por fin, estaba a punto de hacerlo.

Una repentina sensación de miedo la invadió, mezclada con la idea de que lo que estaba a punto de atravesar no era solo una puerta, sino una línea que la gente como ella jamás tendría permitido cruzar. Y que, al otro lado, la esperaba un mundo que la había ignorado durante veinte años, pero que esta noche, por primera vez, iba a tener que mirarla.

—Recuerda —le dijo Constance, sin apartar la vista de algún punto frente a ella—: eres la señorita Ashby. De Shropshire. Yo te presento, tú sonríes y escuchas. Nada de hablar demasiado.

—Lo sé —contestó Margaret.

—Y nada de mirar alrededor como si fuera la primera vez que entras a un salón, ¿entendido?

—También lo sé, señora.

Constance la miró un momento.

—Bien. Entonces, entremos de una vez.

El salón de los Harcastle era exactamente lo que Margaret había imaginado, y al mismo tiempo, también era diferente.

Lo había recreado luminoso —y lo era, con las arañas de cristal encendidas, los candelabros en las paredes y esa luz dorada que parecía iluminar cada rincón—. Las voces, el ruido de la música de fondo, el roce de telas y el tintineo de las copas llenaban el sonido de aquellas estancias, concurridas de personas que parecían conocerse desde siempre y que charlaban de forma animada, pero contenida a la vez.

Lo que no había aventurado era cómo se sentía el peso del reconocimiento. De entrar a un lugar por primera vez y sentir en la

piel cómo la sala, de manera lenta, gradual, empezaba a reparar en su presencia.

Una mirada aquí. Un giro de cabeza allá. Una conversación que se interrumpía un segundo y luego continuaba. Era algo sutil, casi imperceptible, pero que resultaba evidente cuando uno era el motivo de esa atención.

Y era justo lo que le estaba ocurriendo a Margaret.

De manera instintiva, se acercó más a Constance, que parecía completamente serena, en su elemento.

Se dijo a sí misma que debía ser a causa del vestido, que estaba logrando exactamente lo que Eleanor había prometido que haría, pero no por ello dejaba de hacerla sentir un tanto incómoda.

Constance la condujo hacia un grupo de personas cerca de los ventanales, formado por tres mujeres de mediana edad y un hombre mayor, y empezó las presentaciones con la naturalidad de quien lleva haciéndolo veinte años: *mi querida pupila, la señorita Ashby, de Shropshire, una joven encantadora a quien tengo el placer de presentar en sociedad esta temporada.*

Margaret sonrió. Hizo la reverencia correcta y contestó a las preguntas con las respuestas que llevaba preparadas de antemano:

«Sí, de Shropshire, cerca de Shrewsbury, un lugar muy tranquilo.»

«Sí, echo de menos el campo, aunque este cambio de aires resulta gratificante…» Y también escuchó las observaciones de las tres mujeres con la atención de quien sabe que escuchar es más valioso que hablar.

Constance había demostrado tener razón en eso. La gente hablaba, y ella escuchaba, sonreía, y de vez en cuando, decía exactamente lo justo. El resultado fue que las tres señoras parecían encontrarla encantadora, sin que Margaret hubiera hecho gran cosa para merecerlo.

Fue durante la segunda presentación, un grupo más joven esta vez de dos chicas de edad aproximada a la suya que iban

acompañadas por sus respectivas madres, cuando lo vio por primera vez.

No hubo un momento en que se sintiera especial cuando sus miradas se cruzaron a través del salón. Ni tampoco la sensación de que el tiempo quedara suspendido entre ambos, tal y como relataban las novelas que guardaba en la mesilla de su cuarto en Gracechurch Street. Ocurrió cuando, escuchando a una de las chicas hablar sobre no recordaba qué, levantó la vista un instante y observó a un hombre apoyado en la pared junto a uno de los ventanales con una copa en la mano. Miraba con apatía a los invitados que abarrotaban el salón principal, pero había algo en su postura que le llamó la atención. Sin saber explicar el motivo, tenía algo que lo hacía parecer diferente del resto de los hombres presentes.

Finalmente, su mirada se posó en ella.

Fue un instante, brevísimo, en el que él no apartó la vista de inmediato, lo que provocó que Margaret sintiera un repentino calor en sus mejillas.

Luego él desvió la vista hacia algún otro punto del salón y ella volvió a la conversación que se estaba manteniendo a su alrededor. Pero no pudo olvidar la sensación que le habían provocado aquellos ojos durante un rato.

Fue Constance quien, más tarde, sin que Margaret lo hubiera preguntado, le proporcionó el nombre de aquel hombre. Entre presentación y presentación, en uno de esos breves paréntesis en los que Constance evaluaba el salón con sus ojos grises para decidir adónde ir a continuación, le dijo en voz baja:

—Lord Callum Vane. Barón de Vane. El hombre junto al ventanal del fondo.

Margaret no miró de inmediato para no resultar demasiado obvia. Con discreción, fue oteando a su alrededor hasta llegar a la figura que acababan de indicarle y que, de alguna manera, ya conocía.

—¿Lo conoce? —preguntó tratando de sonar casual.

—Por supuesto. Todo el mundo lo conoce —dijo Constance con un tono que la joven no supo discernir si era de admiración o rechazo—. Ha viajado mucho. Tiene opiniones poco convencionales para alguien de su posición. —Hizo una breve pausa—. Las madres con hijas casaderas lo consideran un partido poco fiable.

De acuerdo. Eso significaba que la inflexión de la voz que había mostrado era rechazo.

—¿Por qué? —quiso saber con curiosidad.

—Porque nunca se sabe lo que va a hacer —explicó Constance sin levantar la voz para que solo ella lo oyera—. Y en este mundo, la imprevisibilidad es un defecto.

Margaret lo volvió a mirar de nuevo, sin pensar en mantener la discreción de un momento antes. Lord Callum Vane seguía junto al ventanal del fondo, con la misma copa y su expresión de apatía.

Y pensó que la previsibilidad, en exceso, podía resultar aburrida.

Al otro hombre lo notó antes de que se lo presentaran.

Estaba ya entrada la velada, cuando Margaret se dio cuenta de que había un caballero al otro lado del salón que llevaba un rato mirándola de una manera directa, incluso descarada.

Era joven. Calculó que tendría cerca de su edad o quizás un poco más, veintitantos en todo caso. Tenía esa presencia que en aquel mundo denominaban *buen partido.* En el suyo lo habrían llamado simplemente *guapo*. Alto, bien vestido, con algo en el porte que comunicaba una seguridad que resultaba innata.

Desde luego, no era el tipo de hombre que pasaba desapercibido.

Y él, claramente lo sabía.

Margaret desvió la vista y aceptó una copa de ponche que alguien le ofrecía, al tiempo que se mantenía atenta a la conversación que el grupo donde se encontraba estaba manteniendo, por si tenía que responder.

Pero no podía dejar de notar que él continuaba mirándola sin mostrar reparo alguno.

—Es Dorian Wycliffe —dijo Constance, a su lado, en voz baja —. Marqués de Wycliffe.

Margaret no preguntó cómo lady Constance se había dado cuenta de aquella mirada que parecía no querer apartarse de ella, como si supiera lo que ocurría en el salón en todo momento. Era, sin duda, uno de sus talentos más evidentes.

—¿Marqués? —preguntó Margaret, sorprendida.

—Joven, soltero. Muy buen partido.

Margaret asintió.

Miró brevemente hacia donde estaba Dorian Wycliffe.

Él seguía observándola. Y cuando sus ojos se encontraron, ninguno apartó la vista de inmediato. Sin embargo, aquella batalla silenciosa de miradas cruzadas terminó por perderla Margaret.

Tal y como le sucediera con lord Vane, sintió que el calor subía a su rostro y lo atribuyó, con toda la convicción de la que fue capaz, al fuego de las chimeneas y a la cantidad de gente en el salón.

La velada duró tres horas.

Durante ese tiempo, Margaret fue presentada a innumerables personas, de las que no conseguía recordar los nombres, e incluso llegó a bailar un par de veces con dos caballeros distintos. Fue pasando de grupo en grupo y cuando todo hubo terminado, llegó a la conclusión de que aquel mundo con el que llevaba soñando tanto tiempo, no era exactamente lo que había esperado.

Había imaginado algo más... grandilocuente, en todos los sentidos. Una sociedad en la que todo el mundo era feliz, elegante y encantadora. Sin embargo, lo que en realidad había encontrado era algo bastante parecido al taller de su madre: personas que necesitaban de otros para lograr sus objetivos, conversaciones que tenían un propósito más allá de lo visible a simple vista, o jerarquías

que no se nombraban pero que todos los presentes conocían y respetaban.

Solo que con vestidos mejores y más velas.

Constance se mantuvo relativamente cerca de ella durante la mayor parte de la velada: lo suficiente como para poder intervenir si era necesario, pero también lo bastante apartada para que Margaret se viera en la necesidad de manejarse sola en las conversaciones y aprender de todas ellas. Y ambas tuvieron que admitir, aunque no lo pusieran en común durante el trayecto de regreso a la casa de Belgrave Square, que Margaret se había manejado mejor de lo que había esperado, teniendo en cuenta que era su primera vez. No perfectamente, pero bastante bien.

Solo hubo un momento algo incómodo cuando una señora le preguntó algo sobre una familia de Shropshire que ella no conocía y tuvo que recurrir exactamente a lo que su padre le había dicho

«Prefiero no hablar de ello, son recuerdos dolorosos…», que funcionó exactamente tal y como Thomas había previsto.

Hubo también otro momento, en que Margaret levantó la vista y encontró que lord Callum Vane la estaba mirando desde el otro lado del salón. En esta ocasión, Margaret fue capaz de sostenerle la mirada. Él, con una breve sonrisa, levantó la copa en su dirección. A continuación, desvió la vista hacia otro punto del salón y no volvió a fijarse en ella... al menos que supiera.

En cuanto a Dorian Wycliffe, no se acercó a Margaret en toda la noche. Lo había visto varias veces más —era difícil no hacerlo con la presencia que tenía— y aunque sabía que no le estaba quitando el ojo de encima, no llegó a acercarse a hablar con ella. No hubiera sido correcto sin las presentaciones adecuadas de por medio.

En el carruaje de vuelta a Belgrave Square, Constance guardaba silencio mientras Margaret miraba por la ventanilla los faroles de las calles al pasar.

—Ha ido bien —dijo al fin la viuda, rompiendo el silencio.

No era un elogio, sino el resultado de una evaluación.

—Resolviste de forma correcta el momento de la familia de Shropshire —continuó—, pero la próxima vez, hazlo un poco más despacio. Cuando se responde demasiado rápido a una pregunta incómoda, parece ensayado.

Margaret lo anotó mentalmente.

—Lo tendré en cuenta.

Constance la miró de reojo.

—Y en cuanto a Wycliffe… —Margaret esperó, manteniendo la respiración—. Es evidente que se ha fijado en ti. Eso puede ser útil o puede ser un problema, dependiendo de cómo se maneje. Por ahora, no hagas nada. Deja que sea él quien se mueva.

—¿Y si no se mueve?

—Lo hará —aseveró Constance, con una certeza absoluta.

Margaret volvió a mirar por la ventanilla. Belgrave Square estaba ya cerca.

Pensó en el salón de los Harcastle. En las conversaciones, las miradas, las reverencias.

Pero también pensó en lord Callum Vane levantando la copa en ese gesto mínimo.

Y en Dorian Wycliffe, mirándola desde el otro lado del salón con una intensidad que cortaba la respiración.

Cerró los ojos y solo los volvió a abrir cuando el carruaje se detuvo frente a la puerta de Belgrave Square.

Estaba agotada y no se sentía con fuerzas para pensar en nada más.

Esa noche solo quería dormir.

CAPÍTULO 6

La velada en casa de los Pemberton, la segunda a la que asistía Margaret desde su llegada a Londres, resultó más concurrida que la de los Harcastle.

Constance fue llevándola de grupo en grupo, haciendo las presentaciones entre aquellos con quienes no habían coincidido en el primer baile. Margaret se mostraba recatada y comedida, tal y como le habían indicado, y aunque estaba disfrutando de la velada, hubo un momento en que se saturó de tanto nombre y tanto título. Necesitaba un respiro.

—Lady Constance, ¿le importa si me retiro un momento al balcón? El ambiente está muy cargado y necesito un poco de aire fresco.

—Está bien… Pero no te adentres a oscuras en el jardín. Quédate siempre donde te pueda observar. Y no tardes…

—No, señora. Será solo un momento.

Se dirigió hacia las grandes cristaleras que estaban abiertas de par en par, y casi sin querer, vislumbró a una joven que permanecía cerca de la pared del fondo, ligeramente apartada del corrillo más cercano. Por su postura, Margaret tuvo la impresión de que no se sentía cómoda en aquel entorno. Comparada con el resto de las jóvenes que había conocido, le pareció que era el tipo de chica que prefería pasar desapercibida más por exceso de discreción que por falta de gracia.

Margaret miró por encima del hombro, para ver si alguien controlaba sus movimientos, y decidió acercarse a la joven de pelo castaño.

—Buenas noches. ¿Está disfrutando de la velada? — preguntó cuando estuvo a su lado.

La chica la miró con gesto de sorpresa. Era evidente que no esperaba que nadie le hablase estando allí, apartada del resto de muchachas.

—En la medida en que puede disfrutarse de algo cuando llevas tres cuartos de hora intentando parecer interesada en una conversación sobre los méritos comparativos de dos propiedades rurales de Kent —dijo sin pensar si la respuesta que ofrecía, además de honesta, era la adecuada.

Fue entonces el turno de Margaret de sorprenderse. Y sin poder evitarlo, dejó escapar una carcajada.

—Oh, disculpe si mi respuesta...

—No, por Dios, no se disculpe —la interrumpió antes de que la joven pudiera decir algo para *arreglar* su desliz—. Es reconfortante oír un comentario espontáneo, se lo aseguro. No se imagina cuánto valoro una respuesta sincera, más allá de lo que se considera apropiado. Por cierto, soy Margaret Ashby —se presentó.

La chica le devolvió una sonrisa tímida.

—Cecily Farrow —respondió ella—. Y le agradezco que se haya acercado, porque llevaba un rato buscando una excusa para continuar alejada de mi madre sin que se notara demasiado.

—En tal caso, me alegro de servirle de ayuda. Es bueno sentirse útil de vez en cuando.

—No me malinterprete. Es que mi madre es de las que se afanan en arrastrarme de grupo en grupo buscando a algún joven que me saque a bailar. A veces resulta un poco vergonzoso. Pero si estoy hablando con usted, supongo que es perfectamente aceptable que me mantenga apartada.

—¿Y si su madre pregunta de qué estábamos hablando?

Cecily meditó la respuesta.

—Pues de los méritos comparativos de dos propiedades rurales de Kent —repitió dejando escapar una risa cómplice—. Le

aseguro que es un tema del que puedo hablar con autoridad a estas alturas.

—¿Le parece bien si vamos a por unas limonadas? Creo que aquí hace un calor asfixiante —propuso Margaret.

—La sigo encantada.

Se acercaron a una mesa donde habían dispuesto varias fuentes y jarras con refrigerios, sorteando a su paso a los asistentes que se les cruzaban. Sin embargo, cuando por fin alcanzaron su destino, un caballero de mediana edad, que gesticulaba con demasiado entusiasmo, rozó sin querer la mesita auxiliar que estaba junto a ellas. Acto seguido, el jarrón con las flores que había sobre el tablero empezó a oscilar de manera *peligrosa*, y Margaret, por puro reflejo, lo sujetó antes de que llegara al suelo.

Algo bastante simple, aunque el caballero en cuestión ni siquiera se había percatado de lo que había estado a punto de provocar.

Margaret dejó el jarrón en su sitio con cuidado, comprobó que no hubiera derramado agua sobre su vestido —el azul esta vez, que Constance había aprobado para esta segunda salida— y levantó la vista.

Al hacerlo, encontró que alguien la estaba mirando con una expresión ligeramente divertida.

Lord Callum Vane estaba apoyado en la pared a tres metros de ella, sin copa en la mano esta vez, con los brazos cruzados y una postura indulgente.

—Buenos reflejos, señorita —dijo.

Su voz era más grave de lo que Margaret había esperado.

Se giró un momento y fijó la vista en su nueva amiga Cecily, que alzó las cejas al tiempo que se llevaba una copa de limonada a los labios, escondiendo una sonrisa.

Ambas jóvenes parecieron entenderse sin necesidad de palabras.

Margaret, que sabía que debía contestar algo, se giró de nuevo hacia lord Vane.

—Creo que el jarrón valía más que la alfombra. Hubiera sido un crimen dejarlo caer.

Él parpadeó. Luego su sonrisa se amplió y se acercó a las dos jóvenes, si bien manteniendo un poco la distancia, ya que no habían sido presentados oficialmente.

—¿Cómo lo sabe?

—¿El qué? ¿Qué el jarrón cuesta más que la alfombra? Muy simple: por el tipo de porcelana —replicó con seguridad—. Y porque la alfombra tiene una mancha reseca en el borde izquierdo que se nota que debe llevar ahí más tiempo que yo en este mundo.

Callum examinó la alfombra. Luego a ella y tuvo que contener una risa por su forma de expresarse.

—Sin duda, es usted muy observadora —aseveró con un tono que se aproximaba bastante a un halago sincero.

—No sé cómo debo tomarme su afirmación; me han dicho que eso es un defecto...

—¿Quién? —Lord Vane frunció el ceño. Era evidente que no estaba de acuerdo con semejante creencia.

Margaret alzó las cejas.

—Gente a quien no le gusta que la observen, está claro... —contestó con honestidad.

En esta ocasión, el caballero dejó escapar la risa que había estado conteniendo hasta entonces. Aquella había sido una respuesta bastante original para lo que solían ofrecer las aburridas damas que conformaban la alta sociedad londinense.

—Es usted muy sagaz, señorita Ashby.

—¿Sabe mi nombre? —No iba a insultar su inteligencia preguntándole si la *conocía* a ella, cuando se habían visto apenas unos días atrás.

—No es usted de las que pasan desapercibidas. Y su presencia en la velada de los Harcastle fue muy comentada. No todos los días se ven caras nuevas como las suyas, se lo aseguro. Y me apuesto lo que quiera, que usted también está al corriente de quién soy yo, mucho más habiéndome demostrado que es una señorita tan perspicaz.

Margaret no pudo contener una sonrisa.

—Le agradezco el cumplido, lord Vane... si es que esa es su intención.

—No tenga dudas de que lo es...

Hubo un instante en el que el silencio se volvió cómplice entre los dos.

—¿Es que no piensa bailar en toda la noche? —le preguntó Margaret, buscando romper ese mutismo que se había formado entre ambos.

Callum la miró con una expresión difícil de descifrar que se acercaba bastante a la sorpresa. No era normal que una joven formulara ese tipo de preguntas tan directas.

—No —replicó con sencillez.

—¿Por qué? ¿Por principio o por preferencia?

—¿Acaso hay diferencia?

—Bastante —exclamó Margaret, aunque de manera contenida para no atraer la atención de quienes pasaban por su lado—. El principio implica una elección tomada con conciencia. La preferencia, en cambio, implica simplemente que hay cosas que le gustan más.

Callum la estudió un momento entrecerrando sus ojos oscuros, como si estuviera procesando la información antes de ofrecer una respuesta.

—En tal caso, me decanto por la *preferencia* —reconoció al fin.

—¿Y qué *prefiere* en su lugar?

El caballero tuvo que morderse el labio inferior para contener de nuevo la sonrisa. No estaría bien visto que lo vieran reírse de manera tan distendida con una joven casadera, pero es que aquella chica tenía una chispa innata que hacía tiempo no se le veía a nadie.

—Observar.

—Entiendo... Por eso usted no lo considera un defecto —dedujo Margaret, haciendo alusión al inicio de la conversación.

—Probablemente.

Callum inclinó levemente la cabeza, en ese gesto suyo de quien está reconsiderando algo.

—¿Y usted? —preguntó a continuación—. ¿Baila por principio o por preferencia?

Margaret no pudo contenerse y dejó escapar una ligera risa.

—Por educación —le respondió.

Él la miró.

—Esa no era una de las opciones.

—No —admitió ella—. Pero en mi caso, es la más sincera que puedo ofrecerle.

De nuevo surgió el silencio entre los dos. Este incluso más cómodo que el anterior, si eso era posible.

Margaret se giró en busca de Cecily, pero para su sorpresa, ya no estaba junto a la mesa. Seguramente su madre la había descubierto mientras ella conversaba con lord Callum y se la había llevado de allí.

Así que pensó que debería buscar a Constance. Llevaba más tiempo de lo habitual alejada de su órbita y la viuda tenía una forma muy particular de reprenderla con la mirada cuando eso sucedía, aunque solo hubiera ocurrido en un par de ocasiones. Pero las suficientes como para tomar nota mental del dato.

—Creo que debería...

No terminó la frase, al ser interrumpida de nuevo por lord Vane.

—¿Ha bailado esta noche? —preguntó Callum con tono casual, al adivinar su intención de apartarse de él.

—Dos veces —contestó—. Con dos caballeros cuyos nombres no recuerdo. Así que no me lo vaya a preguntar.

—¿No los recuerda o *prefiere* no recordarlos?

Margaret consideró la respuesta. Sabía que estaba siendo demasiado sincera, pero había algo en lord Vane que la impulsaba a hablar sin medir en todo momento sus palabras.

—Las dos cosas, supongo.

Algo cambió en la expresión de Callum. ¿Reconocimiento? ¿Ironía?

—Además de observadora y sagaz, también es honesta.

—Intento serlo —aseveró Margaret—. Resulta más fácil decir la verdad que recordar qué versión de la mentira le he contado a alguien.

Callum asintió repetidas veces en señal de aprobación.

—Esa es una observación inusualmente sofisticada para alguien que acaba de llegar a Londres.

El comentario tenía varios filos posibles y Margaret los consideró todos en el segundo que tardó en responder.

—O simplemente —replicó— soy de un lugar donde la gente dice lo que piensa.

—Shropshire, ¿me equivoco?

—En efecto —confirmó ella, con una serenidad impostada.

—Sin duda, se trata de un lugar del que la gente de ciudad habla poco. Sería interesante saber más de aquella zona del país.

—Es una comarca tranquila —dijo Margaret, con la frase preparada—. Quizás por eso no se habla tanto de ella. No resulta tan atractiva como otras más afamadas.

—O quizás... porque la gente de Shropshire ha aprendido a no dar demasiada información si no es necesario.

Margaret lo miró y, por un instante, tuvo la incómoda sensación de que aquel hombre sabía algo de su farsa.

—Es posible —admitió al fin, con la misma levedad.

Callum inclinó la cabeza levemente. El gesto de antes, pero con una aquiescencia de saber que esa era la respuesta que iba a obtener y que, a pesar de todo, no le desagradaba.

—Señorita Ashby...

—Lord Vane —respondió ella.

Y con eso, la conversación terminó de la misma manera en que había empezado: sin anuncio, sin protocolo y con una naturalidad desconcertante.

Constance la encontró diez minutos después.

No dijo nada de inmediato, pero la mirada que le dirigió cuando Margaret se reintegró a su lado contenía suficiente información para una conversación entera.

«*Te he visto. Sé con quién estabas y tenemos que hablar de eso, pero no aquí»,* fue lo que expresaron sus ojos.

La velada continuó. Más presentaciones y conversaciones intrascendentes, o desde luego, menos profundas de las que había imaginado cuando todavía no conocía ese mundo. Salvo el breve encuentro con Cecily, a quien no había vuelto a ver, nadie hablaba de cuestiones que importaran demasiado. Por si acaso, mejor guardarlo bajo capas de temas triviales que no le complicaban la vida a nadie.

Se encontró con Callum Vane solo una vez más durante el resto de la noche.

Estaba al otro lado del salón, hablando con un hombre de mayor edad con una expresión de estar manteniendo una conversación por simple educación, aunque su atención estuviera en otro sitio. En un momento dado, él levantó la vista y sus miradas se cruzaron durante un segundo más de lo que se consideraba

correcto. Luego, sin más, ambos volvieron a lo que estaban haciendo como si aquello no hubiera ocurrido.

En el carruaje que las llevaba de vuelta, Constance esperó justo el tiempo que tardaron en alejarse de Hanover Square antes de comenzar a hablar.

—Te vi hablando de manera demasiado interesada con lord Vane esta noche —expuso sin rodeos.

—Sí. Estaba con Cecily Farrow y tuvimos ocasión de presentarnos —mintió Margaret con un tono que le restaba importancia a la situación.

—Ya veo. —Hizo una breve pausa—. ¿Y qué tal? ¿Bien?

Margaret consideró la pregunta.

—Es un caballero interesante —dijo al fin.

Constance la miró de reojo con una expresión evaluadora.

—¿Interesante? —Arqueó las cejas, esperando a que la joven se explicara.

—En el sentido de que dice cosas que tienen más de una lectura posible —quiso aclararle la joven—. No estoy segura de si eso es un defecto o una virtud.

—En este mundo —aclaró Constance— depende de quién lo haga y con qué propósito.

—¿Y eso cómo se traduce en el caso de lord Vane?

—Lord Vane es del tipo de hombres que hacen exactamente lo que quiere y cuando quiere. Lo cual, como ya le dije, lo convierte en un partido poco fiable. Que no es lo mismo que ser una mala persona.

Margaret no supo cómo procesar aquello.

—¿Te percataste que en la fiesta también estaba lord Wycliffe? —preguntó Constance con intención.

—Sí. Lo vi un par de veces, al igual que la otra noche. Pero tampoco se acercó en esta ocasión —reconoció Margaret.

—No. —Constance asintió levemente—. Pero lo hará.

—Eso ya me lo dijo usted la semana pasada.

—Y lo sigo manteniendo. Todo requiere su tiempo.

—¿Y qué me dice de Cecily Farrow? —comentó Margaret para cambiar de tema—. Como le dije antes, tuve la oportunidad de conocerla esta noche y creo que conectamos muy bien.

Constance asintió levemente.

—Los Farrow son una buena familia. El padre es un hombre respetable y la mujer, toda una dama. Lástima que la chica no haya sacado el físico de lady Farrow. Con ese apellido y ese carácter podría haber hecho un matrimonio excelente.

Margaret ladeó la cabeza e hizo un gesto de disconformidad con aquella última afirmación.

—Pues a mí me ha parecido encantadora —rebatió, molesta por el comentario de Constance. No pudo sino pensar que su madre nunca habría hablado de manera tan injusta de otra persona, ni aunque fuera la peor de sus clientas.

—No lo dudo —replicó esta—. Pero encantadora no es lo que buscan los hombres correctos en un salón. En cualquier caso, ese no es tu problema. No tengo inconveniente en que, mientras dure tu temporada, fragües amistad con la señorita Farrow. Te vendrá bien salir a pasear con alguien de tu edad, siempre que lleves a una acompañante adecuada.

—De acuerdo.

Margaret volvió a mirar por la ventanilla y pudo comprobar que Belgrave Square estaba cerca.

Durante ese breve trayecto que restaba para llegar, no pudo evitar pensar en la anécdota del jarrón. En cómo se había acercado lord Vane a ella y en aquella conversación que, sin pretenderlo, le había resultado más estimulante que cualquiera de los bailes que hubiera disfrutado esa noche.

También pensó en Dorian Wycliffe, que no se había acercado en toda la velada, pero cuya mirada había encontrado la suya dos

veces más con esa misma intención directa de la semana anterior. Constance estaba convencida de que él movería ficha para acercarse a ella muy pronto. Y si aquella mujer que parecía saberlo todo de la sociedad londinense lo afirmaba con tanta seguridad, ¿quién era ella para dudarlo?

Habría que seguir esperando los próximos acontecimientos.

Por fin, el carruaje se detuvo y Margaret recogió el chal del asiento.

Subió los escalones de la casa hasta llegar a su cuarto. Se deshizo de la ropa tan pronto como pudo por sí misma, y se metió en la cama de inmediato; si bien el último pensamiento que la asaltó antes de dormirse fue imaginar cómo se sentiría si lord Callum Vane la sacase a bailar alguna vez.

CAPÍTULO 7

El martes por la mañana, Constance tuvo que salir temprano para realizar unas visitas a las que Margaret *no estaba invitada*. Mientras la joven desayunaba a solas, Bridget le informó de que acababa de llegar un paquete a su nombre.

—Hemos recibido esto para usted, señorita Ashby. Viene de Gracechurch Street.

De un salto, Margaret se puso en pie y dejó la taza en el platillo con tanta prisa que a punto estuvo de volcarla.

Gracechurch Street. Su madre.

Dando previamente las gracias, cogió el paquete mostrando una calma que en absoluto sentía y se dirigió con él a su cuarto. Podría haberle dicho a Bridget o a otro de los sirvientes que se lo llevase, pero le quemaban los dedos por cogerlo y abrirlo en un lugar más discreto.

Era un envoltorio de papel marrón, atado con cordel, del tipo que su madre usaba para proteger las telas delicadas cuando las enviaba a las clientas. Ella misma había atado y desatado cientos de paquetes similares en el taller, dirigidos a otras personas.

Lo abrió con cuidado, y en su interior, pudo ver dos nuevos vestidos.

Uno era de muselina color champán, más elaborado que el crema del primer día, pero igualmente discreto en su sofisticación, y que podía ser usado tanto en una tarde de visitas como en una velada menos formal. El otro era de seda color burdeos, con un corte en el que Margaret pudo reconocer de inmediato el talento innato de su madre: sencillo en apariencia, pero complejo en ejecución. Era el tipo de vestido que no necesitaba de adornos

porque la propia tela, así como la forma en que había sido confeccionado, delataba su calidad.

Los extendió sobre la cama para observarlos con deleite. Sí, sin lugar a dudas, allí estaba el trabajo de Eleanor Hoper, y para ella, eso era más valioso que los mismos vestidos.

Fue entonces cuando, en el fondo del paquete, encontró una nota doblada en cuatro. El corazón le dio un vuelco.

Lo abrió con manos temblorosas a causa de la emoción y pudo identificar la letra clara y regular de su madre.

Hola, mi amor:

Tal y como te prometí, aquí te envío dos nuevos vestidos que espero sean de tu agrado. El champán es para las tardes. Y el burdeos, para cuando el azul y el verde ya los hayas lucido demasiado. Recuerda que el truco está en combinar los accesorios. Eso convierte un vestido en otro completamente diferente si lo haces bien. He calculado que para entonces habrás aprendido cuándo usar cada uno sin que necesites que nadie te lo diga.

Tu padre está bien. Dice que no te preocupes por él, lo cual significa que le gustaría que lo hicieras de vez en cuando pero no quiere pedírtelo. Ya sabes cómo es...

Espero que estés disfrutando de la temporada y que la gente, entre ellos lady Constance, te estén tratando bien. Quiero creer que es así, porque quien te conozca siquiera un poco, podrá descubrir la maravillosa mujer que hay en ti.

Quería también advertirte respecto a lady Ashmore. El otro día, cuando vino a recoger el vestido, estuvo preguntando por ti. Me sorprendió porque tú nunca te dejas ver delante de las clientas, pero supongo que en algún momento debiste cruzarte con ella y, por el motivo que sea, llamaste su atención. Pero no quiero que te inquietes; ya sabes que la señora Ashmore no deja verse mucho en los eventos debido a su edad. No obstante, creí conveniente informarte.

Escríbeme cuando puedas. No te imaginas cuánto te echamos de menos y las ganas que tenemos de volver a abrazarte, pero sabemos que este sacrificio es por tu bien.

Con amor,

Madre

P.D. He metido hilo y agujas en el dobladillo del burdeos por si acaso, que nunca se sabe cuándo pueden hacer falta.

Margaret leyó la nota varias veces. Y cuando ya se la sabía casi de memoria, la estrujó contra su pecho mientras se dejaba caer contra el cristal de la ventana a la que se había acercado para tener mejor luz.

Su madre le decía que la echaban de menos... pero no menos que ella.

Porque los bailes estaban bien, así como las presentaciones o las conversaciones carentes de trascendencia... Bueno, esto último, podía decirse que era más o menos llevadero.

Pero el amor de unos padres, la preocupación sincera por su bienestar, la sensación de hogar que se respiraba en su casa... eso no había nada que lo pudiera suplir.

Ni ahora, ni nunca.

En ese instante, hubiera sido capaz de dejarlo todo solo por acercarse al taller y darle un abrazo a su madre. O esperar toda la tarde a que su padre llegase del trabajo para mantener con él una charla de verdad.

Pero sabía que no podía o no debía hacerlo. Ellos se habían sacrificado por ella, para que pudiera cumplir su sueño y tuviera la oportunidad de dar un salto en el escalafón social. Y no iba a echarse atrás, aunque en esos momentos le doliera el corazón.

«Espero que estés disfrutando de la temporada.»

Pensó en la historia de Shropshire que se sabía de memoria. En Constance, sus silencios, sus correcciones y esa forma tan propia de hacer sentir a Margaret el lugar que le *correspondía* sin decirlo nunca en voz alta o de manera directa, para que no se la pudiera

acusar de ofensiva. En lord Vane, que prefería observar antes que bailar, y en lord Wycliffe, que la miraba desde el otro lado del salón, sin decidirse a jugar sus cartas.

¿A eso se le podía llamar disfrutar?

Llegó a la conclusión de que era una pregunta más complicada de lo que parecía.

Se acercó de nuevo a la cama y cogió los vestidos con delicadeza. Los guardó en el armario mientras pensaba que, ese mismo día sin falta, escribiría a sus padres para contarles cómo le iba. Si no todo, al menos algo que les permitiera estar tranquilos.

Constance regresó a media mañana.

Margaret oyó cómo sus pasos retumbaban por el pasillo, mientras Bridget recibía instrucciones. Afinó el oído y se dio cuenta de que se estaban dirigiendo hacia donde ella estaba, en la pequeña salita privada. Tuvo el tiempo justo de doblar la carta que estaba escribiendo y guardarla en el cajón del escritorio antes de que llamaran a la puerta.

—¿Tienes un momento? —le preguntó Constance desde el umbral.

—Por supuesto, señora —contestó Margaret.

La joven se puso en pie y la siguió al salón principal, donde tomaron asiento en el sofá ubicado junto a la chimenea. Allí ya las aguardaba el té que Bridget acababa de traer sin que nadie se lo pidiera, sabedora de las costumbres de su señora.

Lady Constance se tomó su tiempo en cumplir con el ritual del té.

—He estado pensando —dijo al fin, dejando la taza sobre la mesita— en algunas cosas que debemos repasar antes de la próxima velada.

Margaret asintió.

—Claro. Usted dirá.

—Tu forma de hablar con los criados...

La joven arqueó una de sus cejas.

—¿Hay algo incorrecto en ella?

—Es demasiado... cercana —explicó Constance con un tono que a Margaret le pareció agrio—. Cuando Bridget te sirve el té, le das las gracias. Cuando Peterson abre la puerta del carruaje, lo miras a los ojos. —Juntó las manos sobre su falda y le dirigió una mirada desaprobadora—. Eso no se hace.

Margaret se quedó perpleja. No veía nada de malo en ser cortés y educada con los demás. Su padre solía decir que los buenos modales no estaban ligados a la clase social, sino al tipo de persona que uno decidía ser.

—¿Por qué?

A Constance le sorprendió la pregunta.

—¿Cómo que por qué? Porque no es lo que se hace —replicó como si aquello fuera más que evidente—. El servicio cumple su función. Agradecérselo o establecer contacto visual de esa manera... crea una familiaridad que no corresponde. Y la gente nota esas cosas.

—¿Qué gente?

—¿Cuál va a ser? La que importa, por supuesto.

Margaret asintió despacio, aunque por dentro, su mente se rebeló de inmediato contra aquel pensamiento tan… clasista.

—Entendido —dijo solo por darle gusto. Tenía muy claro que no iba a renunciar a la educación que le habían proporcionado sus padres, aunque tendría que actuar de manera distinta en presencia de su anfitriona para no desairarla.

—También resulta inapropiado tu forma de hablar sobre determinadas cosas.

Margaret se tragó el suspiro que estuvo a punto de expulsar.

—¿Cómo cuáles?

—Ha llegado a mis oídos que, la semana pasada en casa de los Pemberton, mencionaste algo sobre el tipo de porcelana de un

jarrón que estuvo a punto de caer al suelo. —Constance volvió a coger la taza y se la llevó a los labios—. Ese tipo de conocimiento no es el que se espera de una joven de tu posición.

Margaret se preguntó cómo se había podido enterar de aquel comentario hecho a lord Vane. Ni que tuviera oídos en todas partes…

¿O quizás sí?

—Fue solo una observación casual —se excusó.

—En este mundo —dijo Constance— no existen las observaciones casuales. Todo lo que se dice ofrece información de muchos tipos. Y las hay de las que sitúa a las personas en lugares que no les convienen.

Hubo un silencio.

—Así que ni se te ocurra decir nada que implique que sabes hacer algo con las manos —añadió como si se hubiera guardado lo más importante para el final—. Mucho menos cualquier cosa relacionada con la costura, ¿lo entiendes? —La miró directamente—. Eso, en particular, no debe mencionarse nunca.

—¿Nunca? —repitió Margaret.

—Jamás.

Margaret pensó en su madre. En los años en el taller junto a ella, y en las horas de enseñanza que le había dedicado para que, en el futuro, tuviera una manera honrada y provechosa de poder ganarse la vida sin tener que depender de nadie.

Sin embargo, lady Constance le estaba pidiendo, con su cortesía habitual y sin decirlo exactamente, que se olvidara de todo eso.

—Como usted diga —se limitó a contestar.

La viuda asintió y recogió la taza.

—Estupendo. Eso era todo lo que quería decirte. Ahora, si deseas volver a tu salita privada, puedes hacerlo.

La sesión, al parecer, había terminado.

—Una cosa más —dijo la señora cuando Margaret ya se estaba levantando con la intención de retirarse.

Ella esperó, imaginando que le llegaría una nueva *recomendación* que debería tener en cuenta para el futuro.

—A pesar de mis reticencias iniciales, he de reconocer que, hasta el momento, estás haciéndolo bien. Así que no lo estropees.

No era un elogio, sino más bien una evaluación. Y así fue como Margaret se lo tomó.

—Gracias.

Y sin nada más que añadir, se marchó.

Aquella tarde hubo una visita en Belgrave Square.

La señora en cuestión se llamaba lady Fenton y era una conocida de Constance desde hacía muchos años. Podría tener unos cincuenta años y en sus ojos se adivinaba la curiosidad bien entrenada que se hace pasar por amabilidad.

Estaban las tres en el salón principal, hablando sobre lo que Margaret había empezado a considerar como cuestiones banales, aunque siempre se esforzara en aparentar que la conversación era de vital trascendencia. Que si cómo estaba transcurriendo la temporada, sobre quién había llegado a Londres y quién se había quedado en el campo, cuáles serían los próximos eventos más interesantes a los que bajo ningún concepto podían faltar…

Tratando de soportar la soporífera conversación, Margaret aprovechó una breve pausa para levantarse un instante con la excusa de pedir más té.

Apenas unos minutos después, Bridget entró con la bandeja de plata que llevaba la tetera, con tan mala suerte que, al servir, derramó una gota sobre el borde del platillo de lady Fenton. Bridget se disculpó de inmediato, como si hubiera cometido un error fatal. Lady Fenton, que no dijo nada por el *altercado*, retiró la taza con un gesto que lo decía todo.

A pesar de la advertencia que le hubiera hecho Constance hacía apenas unas horas, Margaret, sin pensar, no pudo contener las palabras que salieron de sus labios.

—No se preocupe, Bridget. No ha sido nada.

Sin embargo, durante un instante el salón guardó un denso silencio. Lady Fenton miró primero a su amiga y luego a la pupila de esta.

—Vaya, qué detalle tan encantador —dijo la invitada al cabo de un instante, con una voz perfectamente modulada—. Tan... refrescante en una joven, ¿no cree, lady Constance?

No había nada incorrecto en esas palabras, pero Margaret había sentido el filo.

Constance no dijo nada. Se limitó a recoger su taza para continuar con la conversación como si nada hubiera ocurrido. Pero Margaret había visto el gesto que se había dibujado durante apenas un segundo en la cara de su anfitriona.

No era sorpresa, sino la expresión de quien ya sabía que aquello iba a ocurrir más tarde o más temprano.

Esa noche, después de cenar, Margaret se sentó en su salita con la carta a medio escribir y la pluma en la mano.

Querida madre:

Los vestidos han llegado perfectamente. Ambos son preciosos, como todo lo que usted hace. Estoy deseando ponérmelos y sentir el olor de sus manos impregnado en ellos.

Estoy bien. O al menos, estoy aprendiendo cosas nuevas, aunque algunas no las termine de comprender.

Hoy, sin ir más lejos, he aprendido que darle las gracias a Bridget cuando me sirve el té es inapropiado. También que saber distinguir el tipo de porcelana de un jarrón es información que sitúa a las personas en lugares que no les convienen. Y que decirle a una doncella que no se preocupe por una gota de té derramada resulta refrescante.

No sé todavía si eso es bueno o malo.

Lo que sí sé es que las agujas y el hilo que me ha mandado me van a venir de perlas, porque hay un par de puntos de la costura del chal que ha empezado a deshilacharse. Eso sí, tendré que hacerlo de noche cuando me quede sola porque no está bien visto que sepa hacer algo con mis manos. Sin embargo, yo necesito sentirme útil con ellas.

Dígale a padre que estoy bien, y que al igual que ustedes, los echo terriblemente de menos.

Su hija que les ama,

Margaret

Dobló la carta, la guardó en el sobre y escribió en él la dirección de Gracechurch Street. Al día siguiente se la daría a alguien del servicio para que la hiciera llegar a sus padres.

Luego cogió el chal que había dejado aquella tarde sobre una silla, buscó en el bolsillo de su falda el hilo y la aguja que había sacado del dobladillo del vestido burdeos, ensartó la aguja con la facilidad de quien lo había hecho miles de veces, y comenzó a coser.

Y durante los veinte minutos que le llevó la tarea, se volvió a sentir ella misma.

CAPÍTULO 8

Un par de días más tarde, cuando Margaret bajaba para desayunar, le llamó la atención un ramo de rosas blancas atado con una cinta de color crema. El jarrón donde las habían colocado estaba situado en la mesita que había a los pies de las escaleras, por lo que era imposible que pasaran desapercibidas.

Bridget, pendiente de oírla salir de sus aposentos, apareció en ese preciso instante para informarle.

—Han llegado esta mañana, señorita Ashby. Son para usted.

—¿Para mí? —Margaret volvió a mirar el ramo, extrañada—. ¿Trae tarjeta?

—Aquí tiene, señorita. —La criada le tendió un sobre pequeño.

—Muchas gracias, Bridget. —Le sonrió. Aunque lady Constance dijera que no era correcto, no tenía intención de dejar de dar las gracias a alguien por el solo hecho de que fuera del servicio.

Dentro había escrita una sola línea con una perfecta caligrafía.

«Espero que la velada de esta noche sea de su agrado. D.W.»

¿D.W.?

Dorian Wycliffe.

Margaret volvió a mirar el ramo de nuevo, sorprendida de que el marqués, con quien no había cruzado ni una sola palabra, le mandara flores.

Constance apareció en el umbral del salón con una taza de té en la mano y en su expresión podía adivinarse que ya estaba al corriente de lo que sucedía.

—Te dije que el marqués de Wycliffe había reparado en ti… —le recordó con suficiencia.

—¿Usted sabía que iban a llegar? —preguntó Margaret señalando las flores.

—Lo suponía. Solo era cuestión de tiempo. —Constance tomó un sorbo de su bebida con una calma infinita—. Wycliffe no es el tipo de hombre que deje las cosas al azar.

—Pero si ni siquiera hemos sido presentados —adujo Margaret.

—Lo sé.

—¿Y es correcto entonces que mande flores?

—Bueno, podría decirse que resulta un tanto atrevido —contestó la viuda, con una indiferencia que en absoluto era desaprobación—. Y también… calculado, diría yo. —Dejó la taza en el platillo—. No tengas duda de que, cuando lleguemos a la reunión de esta noche, todo el mundo sabrá del detalle tan audaz que ha tenido el marqués hacia ti.

—¿Por qué habrían de saberlo?

—Ay, querida, te queda mucho que aprender todavía de la alta sociedad. ¿Acaso no te has dado cuenta de que las apariencias lo son todo? Con este gesto, Wycliffe está dejando constancia de manera fehaciente de que ha puesto sus ojos en ti.

Margaret meditó sobre aquellas palabras.

— Entonces, ¿qué debo hacer cuando lo vea esta noche? —preguntó, indecisa—. ¿Debo acercarme para darle las gracias?

—No te preocupes por eso. Yo me encargaré de presentaros en el momento oportuno —explicó Constance con cierta satisfacción —. Entonces podréis hablar. Unos minutos solo, claro está, manteniendo los límites de lo correcto. No debes dar la sensación de estar ansiosa por conocerlo.

Margaret asintió.

Cuando se dirigió al comedor a desayunar, la joven tuvo que reconocer que Constance llevaba razón en algo. Ese hombre no

dejaba nada al azar, y en pocas horas, tendría oportunidad de verificarlo por sí misma.

El evento de esa noche era en casa de los Whitmore, en Portman Square. Se trataba de una velada musical que estaría amenizada por un cuarteto de cuerda y un tenor que había actuado en Viena el invierno anterior. A este tipo de reuniones solía asistir menos gente que a los bailes, más seleccionada, dispuesta en sillas alrededor del salón principal de manera que todos los asistentes pudieran verse entre sí.

Para la ocasión, Margaret se puso el vestido burdeos. Bridget le ayudó con el pelo, y cuando terminó, examinó su imagen en el espejo, confirmando que todo estaba donde y como debía.

—Luce usted muy hermosa, señorita Ashby. El vestido le sienta de maravilla. Se nota que su modista tiene unas manos magníficas —aseguró Bridget, con esa sencillez tan propia de ella.

El comentario le arrancó una sonrisa a Margaret.

—Gracias, Bridget. Sí… Tengo la mejor modista del mundo —susurró mientras un sentimiento de profundo orgullo le inundaba el pecho.

La casa de los Whitmore era la más pequeña a la que había asistido hasta entonces. Ello provocaba que cuando el salón principal se llenaba se produjera una sensación de proximidad que en un baile habría resultado incómoda, pero que en una velada musical resultaba, extrañamente, íntima.

En los bailes uno podía moverse, lucirse si ese era el propósito, o encontrar un rincón donde pasar desapercibido. Sin embargo, aquí no. Las sillas estaban dispuestas en filas y semicírculos, y los grupos que se mantenían en pie se concentraban en los márgenes del espacio, sin posibilidad de ocupar un lugar discreto.

Cuando Constance entró en el salón, fue repartiendo saludos por aquí, alguna que otra inclinación por allá, un breve cruce de

palabras con tres o cuatro personas bien seleccionadas… Margaret la seguía prestando atención a todos sus movimientos, aprendiendo de ella y de su forma de actuar.

Cuando llegó al final de la estancia, vio por fin a lord Wycliffe. Estaba de pie, cerca de uno de los ventanales, hablando con un hombre que podía tener aproximadamente su misma edad. Llevaba un frac oscuro que le aportaba una distinción y presencia a la que no llegaba ningún otro hombre de los presentes.

Había coincidido con él en veladas anteriores. Pero verlo de lejos era diferente a tenerlo en el mismo espacio reducido, sin la distancia de un gran salón donde su presencia se notaba lejana y manejable.

—Ahora —le dijo Constance a su lado en voz muy baja.

Margaret no tuvo tiempo de preguntar el qué, porque la viuda ya se estaba dirigiendo al objetivo marcado.

La presentación fue breve y perfectamente correcta, como todo lo que hacía Constance.

—Lord Wycliffe —dijo con la calidez justa que la situación requería mientras se acercaba a los dos hombres—. Permítame presentarle a mi pupila, la señorita Ashby. Margaret, el marqués de Wycliffe.

Dorian se giró hacia la joven y dejó asomar una leve sonrisa a sus labios.

Y Margaret, que llevaba semanas imaginándose aquel momento, descubrió que no había manera de prepararse para enfrentar a alguien que la miraba con la intensidad con la que lo hacía el marqués.

—Señorita Ashby. —Hizo una reverencia medida, pero sin ser del todo formal—. Es para mí un placer conocerla al fin, aunque debo confesar que no es la primera vez que tengo el placer de verla.

—Sí, ya lo sé —contestó Margaret con tanta naturalidad que logró sorprender al marqués y que casi arranca una mueca de

desagrado a lady Constance, que supo contenerla a tiempo. Aquella no era la manera adecuada de responder a un lord de su posición.

—¿Lo sabe? —preguntó él, con la diversión pintada en los ojos.

—Un salón no es tan grande como parece —adujo Margaret con sencillez—. Y usted no es de los que pasan desapercibidos.

Dorian la observó con más curiosidad si cabía. En su rostro se dibujó un gesto muy parecido a la satisfacción por haber encontrado algo que no sabía que estuviera buscando.

—Ni usted tampoco, señorita —reconoció sin pudor.

Constance, a su lado, no dijo nada, pero por la forma en que desviaba la mirada y tomaba un sorbo de su copa de ponche, Margaret supo que su anfitriona no estaba del todo satisfecha con la respuesta que su pupila había ofrecido a lord Wycliffe, si bien a él no parecía haberle molestado.

—Creo que deberíamos ir ocupando nuestros asientos —comentó lady Merrow—. Lord Wycliffe, como siempre, es un placer volver a verle.

Constance encontró dos sillas en la tercera fila, ligeramente hacia la derecha, con buena visibilidad, tanto respecto a los músicos como respecto a los asistentes.

El cuarteto empezó su concierto a las nueve.

Eran buenos. Aunque la joven no era experta en música de cámara, era capaz de reconocer cuándo algo estaba bien ejecutado.

Estaba disfrutando de la melodía, cuando de repente sintió en la piel, antes incluso de poder percibirlo con los ojos, que alguien la estaba mirando. Y que ese alguien no era Dorian Wycliffe, ubicado a varios asientos de distancia y a quien podía observar de manera directa.

Para poder saber de quién se trataba, Margaret no tuvo más remedio que girar levemente la cabeza hacia la derecha.

Lord Callum Vane estaba sentado en el extremo de la segunda fila, separado del grupo más cercano por una silla vacía.

Y no, no estaba mirando el cuarteto, sino a ella. Cuando sus ojos se encontraron, él no los desvió. Se limitó a sostener esa mirada durante un par de segundos más de lo que se consideraba apropiado y que demostraba que no era algo accidental, sino pretendido. Luego volvió la vista hacia los músicos para seguir disfrutando de la velada.

Margaret volvió a centrarse también en el cuarteto y el segundo movimiento continuó.

Cuando llegó el intermedio, los asistentes aprovecharon para levantarse, reagruparse en corrillos con la intención de cambiar impresiones sobre la interpretación de los músicos y servirse las bebidas de las bandejas que aparecieron como por arte de magia.

Margaret también se puso de pie y fue entonces cuando encontró a Cecily.

Estaba cerca de la ventana con una copa de ponche que no había tocado, observando el salón desde la distancia, y Margaret no dudó ni un instante en acercarse.

—Señorita Ashby —dijo Cecily al verla, mostrando en su voz un tono que se asemejaba bastante al alivio.

—Señorita Farrow, me alegra mucho volver a verla.

—No menos que a mí, se lo garantizo.

Margaret se colocó a su lado y tomó un vaso de ponche.

—No se la ve muy entusiasmada. ¿Propiedades rurales de Kent esta noche también? —preguntó con ironía.

Cecily tuvo que llevarse la copa a los labios para disimular la risa.

—Peor —pudo contestar al fin—. Esta noche ha sido una discusión sobre los méritos del tenor. Que si la voz, que si la técnica, que si en Viena lo hacía diferente... Una discusión de lo más trascendental, teniendo en cuenta que nadie parece reparar en si la música es o no bonita.

—¿Y a usted se lo parece?

—El segundo movimiento —dijo Cecily— era extraordinario.

Margaret la miró.

—Opino lo mismo, sin duda.

Cecily asintió con satisfacción.

—Me alegra saberlo —afirmó—. Empezaba a pensar que era la única. Y ahora, si me disculpa, por ahí viene mi madre. Creo que me daré una vuelta por la sala.

—Huya mientras pueda…

—Lo intentaré.

Apenas un instante después, le tocó el turno a Dorian Wycliffe de situarse a su lado.

—¿Está disfrutando de la velada? —preguntó de manera educada.

—Mucho. En especial, el segundo movimiento. Creo que ha sido magnífico —Margaret sonrió al recordar la conversación que acababa de mantener con Cecily.

—¿Por qué el segundo? —preguntó con interés.

—Porque el primero presenta las ideas y el tercero las resuelve —explicó Margaret—. Pero el segundo es donde se desarrolla sin saber aún cuál es la intención del autor.

Dorian la miró con esa expresión resuelta tan propia de él.

—¿Estudió música?

—Bueno, un poco. No soy ninguna experta, por supuesto —contestó Margaret con modestia—. ¿Y usted?

—Lo suficiente como para saber cuándo alguien está escuchando de verdad y cuándo finge que lo hace.

—Vaya, pues debe ser usted muy sagaz. ¿Puedo preguntarle si ha sacado alguna conclusión al respecto?

Dorian se inclinó levemente hacia ella.

—Que usted escuchaba de verdad —le susurró al oído de una manera más próxima a la debida y que hizo que Margaret sintiera su

aliento en la piel.

Tragó saliva y dio un paso atrás para recuperar la distancia perdida.

—Por cierto, aún no he tenido ocasión de darle las gracias por las flores. Eran muy bonitas. —No le pareció apropiado no hacer referencia al presente que le había hecho cuando aquella era ya la segunda vez que conversaban.

—Me alegro de que le gustaran —dijo.

—Aunque fue un gesto algo atrevido para alguien con quien no había sido presentada todavía.

Dorian contuvo la sonrisa. Le gustaba la manera directa que tenía la joven al hablar.

—Sí —afirmó el marqués, sin mostrar signo alguno de arrepentimiento—. Lo es.

Margaret no supo muy bien qué contestar y tuvo la impresión de que eso era justo el efecto que Dorian Wycliffe pretendía.

Más tarde, cuando el cuarteto terminó y el servicio de la casa Whitmore descorrió las puertas del salón contiguo para ampliar la estancia, Dorian le pidió un baile. No como lo habían hecho otros caballeros en ocasiones anteriores —con la formalidad que correspondía a la hora de formular la pregunta—, sino extendiendo la mano y dando por sentado cuál iba a ser la respuesta.

—Baile conmigo, señorita Ashby.

Ella miró aquellos dedos largos que esperaban a los suyos, y luego, a él.

—Encantada… —aceptó, sonriendo.

Era una contradanza y, por fortuna, Margaret la conocía bien. Era de los bailes que su padre había insistido en que aprendiera por ser el más común en ese tipo de eventos, aunque no hubiera gozado de demasiadas oportunidades para demostrar su destreza. Sus pies encontraron el ritmo tras los primeros compases y, cuando sintió que ya lo tenía bajo control, se dejó llevar por la música.

Wycliffe bailaba bien, pero aquello no la tomó por sorpresa. Sospechaba que el marqués debía hacer bien todo lo que se suponía que un hombre de su posición debía dominar.

—Está pensando en los pasos —advirtió Dorian durante una de las figuras que los ponía lo bastante cerca como para poder hablarle en voz baja.

—Estoy bailando, señor —dijo Margaret.

—Que yo sepa, las dos cosas no son incompatibles.

—No —admitió ella—. Pero prefiero que no se note.

—No se nota —dijo Dorian conteniendo a duras penas la risa —. O casi.

Margaret lo miró y frunció el ceño.

—Ese *casi* sobraba.

Él no pudo contener más la hilaridad, y dejó escapar una suave carcajada. Era la primera vez que lo veía reír de verdad.

—Tiene razón —dijo en voz baja para que solo ella lo oyera—. El casi, está de más.

La figura los separó y los volvió a reunir con la coreografía habitual. En uno de esos momentos, durante la separación, Margaret levantó la vista hacia el margen del salón.

Lord Vane estaba apoyado en la pared con los brazos cruzados. No miraba el baile en general; la estaba mirando a ella, directamente y sin pudor.

Cuando sus ojos se encontraron apenas un instante, entre una figura y la siguiente, él no cambió de expresión.

Luego los pasos la devolvieron al marqués, y el baile continuó.

Pero Margaret se quedó con una sensación extraña en el cuerpo. No supo si era el ritmo del baile o algo más lo que le había acelerado el pulso.

En el carruaje de vuelta, Constance guardó el silencio de siempre, mientras Margaret miraba los faroles pasar.

—¿Qué te ha parecido Wycliffe? —preguntó la viuda al fin.

Margaret recordó la mano extendida, la forma en que le había sacado a bailar sin pedirle permiso, aquel *casi* que sobraba y, sobre todo, la risa genuina que había dejado escapar de manera natural.

—Es un caballero encantador —reconoció.

—Sin duda alguna, lo es —corroboró Constance—. Aunque debo decirte que tu manera de dirigirte a él al comienzo no ha sido del todo correcta. Pero como al marqués no ha parecido molestarle, es mejor dejarlo pasar y tomarlo solo como una simple anécdota.

—¿Y lord Vane? —La pregunta brotó de los labios de la joven de manera espontánea, sin ningún motivo que la justificara.

Constance la miró de reojo.

—¿Qué pasa con lord Vane? —preguntó la señora con recelo.

—Estaba esta noche en la velada —le informó Margaret.

—Wycliffe y Vane frecuentan los mismos círculos —respondió Constance con ligereza—. Aunque por razones completamente distintas.

Margaret esperó a que Constance añadiera algo más, pero no lo hizo. Se limitó a mirar hacia la ventanilla con esa expresión impasible tan propia de ella, guardando silencio durante el resto del trayecto.

Y Margaret volvió a entretenerse con los faroles mientras sus pensamientos volaban libres.

CAPÍTULO 9

Según le había explicado Constance, el baile de los Ellsworth era uno de los eventos más importantes de la temporada. Así que, durante los días previos a su celebración, se afanó en recordar a Margaret una serie de indicaciones que debía tener muy presentes. Que si el vestido tenía que estar perfecto, que si debía tener mucho cuidado de no equivocarse si se veía en la necesidad de contar de nuevo la historia de Shropshire, o las personas con quien le convenía hablar y las que no.

—¿Habrá mucha gente? —preguntó Margaret la mañana del baile, mientras desayunaban.

—Me temo que demasiada —contestó Constance sin especificar más.

—Pero, ¿cuántas son *demasiadas*? ¿Doscientas personas?

—Más.

—¿Trescientas?

Constance la miró por encima de la taza con un gesto que evidenciaba que no le gustaba que fuera tan insistente en sus preguntas. Las jóvenes bien educadas debían ser prudentes mostrando su curiosidad, y aquel era un *defecto* que aún no había podido corregir en su pupila.

—El número es intrascendente. Lo que tienes que saber es que todo el mundo que importa en esta ciudad va a estar congregado a la vez en el mismo lugar. Lo que significa que cualquier cosa que ocurra esta noche va a ser comentada mañana. Y pasado mañana. Y probablemente la semana que viene.

Margaret consideró aquello.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Todo depende de lo que allí ocurra... Ah, y esta noche, quiero que te pongas el vestido verde.

—¿El verde? Pero si ya me lo puse en la velada de los Harcastle.

—¿Acaso tienes más? Solo dispones de tres vestidos para grandes eventos: el verde, el azul y el burdeos. Tu madre cose muy bien, pero no es muy rápida, todo hay que decirlo. Antes de haberos embarcado en esta aventura, deberíais haber previsto que ibais a necesitar mucho más que tres vestidos elegantes para soportar una temporada completa —lo dijo como si estuviera realizando un comentario sobre el estado del tiempo, pero la frialdad y el desdén con el que pronunció aquellas palabras provocó que Margaret arrugara con la mano la servilleta que tenía en la falda.

—Señora, mis padres están haciendo todo cuanto está en su mano para que esta *aventura*, como usted la denomina, salga bien. Mi madre tiene clientas que atender, así que no puede dedicar todo el tiempo a mis vestidos, que dicho sea de paso, son de una calidad sublime. Si usted desea que me vista adecuadamente —cosa que no dudo—, y no con trapos como he visto que hace alguna que otra señorita de la alta sociedad, debe comprender que la confección de los vestidos lleva su tiempo. Así que le agradecería que no desmerezca la labor extraordinaria que hace mi madre.

—No lo hago. En ningún momento he dicho que su trabajo no sea bueno; solo que es insuficiente.

Margaret empezó a mover la pierna con nerviosismo. No iba a tolerar que se ofendiera de ningún modo a su familia.

—Mi madre me dijo que todos los vestidos son reutilizables si se les cambian los accesorios de forma adecuada. Que eso puede lograr que se vea muy diferente.

Constance miró a los ojos a la joven y, por unos segundos, se midieron en silencio. Margaret no rehuyó el enfrentamiento y mantuvo la vista firme, sin apartarla ni un instante.

—Supongo que no hay otra opción posible en estos momentos. No obstante, deberías ponerte en contacto con la señora Hoper para que mande más material, porque con el que tienes, por mucho que cambies adornos, lazos y fruslerías, no va a ser suficiente.

En efecto, Margaret se vistió con el verde aquella noche, aunque estuvo muy tentada de ponerse el azul, solo por llevar la contraria a lady Merrow.

Le habían molestado muchísimo los comentarios acerca de su familia, que estaban haciendo un esfuerzo personal, económico y emocional para que ella cumpliera un sueño. Pero eso era algo que no eran capaces de valorar aquellas personas que lo habían tenido todo en la vida… aunque después lo hubieran perdido de manera miserable.

Bridget le estuvo peinando durante más de cuarenta minutos para hacerle uno de los peinados más elaborados hasta entonces. Le recogió los rizos en la zona alta de la cabeza, desde donde caían en cascada hasta el cuello, dejándole algunas hebras sueltas a los lados para que le enmarcaran la cara. También le prestó unos pendientes pequeños de perla que eran sencillos y perfectos, y que Margaret le agradeció de manera sincera. El vínculo entre ella y Bridget se estaba intensificando con el transcurrir de las semanas, algo que no terminaba de ocurrir con la dueña de la casa que, aunque correcta en su comportamiento, seguía manteniendo una actitud fría con ella.

Se miró en el espejo y, en silencio, aprobó el resultado. El vestido verde volvía a cumplir su cometido: hacerla resaltar de una manera espectacular.

—Su modista sí que sabe lo que hace —comentó Bridget con sencillez y aprecio.

—Sí —dijo Margaret—. Lo sabe muy bien.

—Si algún día pudiera permitirme comprar un vestido de semejante calidad, no dudaría a quién acudir para que me lo confeccionara.

Margaret le sonrió.

—Y yo me encargaría de que lo hiciera, no lo dude.

—Venga, dese prisa, señorita. La señora Merrow lleva un rato esperándola.

—Por favor, dígale que bajo enseguida. Cojo los guantes y en un instante me reuniré con ella.

A diferencia de otras ocasiones, para esta velada el carruaje de los Ellsworth fue el encargado de recogerlas. Y a las nueve menos cuarto en punto, tal y como estaba acordado, el cochero se detuvo en la puerta.

Durante el trayecto, Constance repasó por última vez las instrucciones de cada noche:

—La historia de Shropshire…

—Me la sé —contestó Margaret con sequedad. A veces tenía la impresión de que se lo hacía repetir porque la creía medio lerda e incapaz de aprenderse de memoria unos postulados que se habían convertido en norma. O quizás fuera que, aquella noche en particular, ella estaba más irascible que en otras ocasiones.

—El tono cuando hablas de tu padre.

—Nostálgico, pero no excesivo…

—Si alguien te pregunta por tu madre.

—Está enferma en el campo y por eso no ha podido acompañarme.

—Bien. —Constance miró por la ventanilla—. Otra cosa que debes tener presente es que Wycliffe estará esta noche.

—Ya lo suponía —aventuró Margaret.

—Es muy probable que busque tu compañía. Déjale que se acerque, pero ten cuidado: no más de dos bailes seguidos. Tres sería demasiado.

Margaret miró al techo del vehículo antes de preguntar:

—¿Por qué tres sería demasiado?

—Porque dos es interés —explicó Constance—. Y tres, declaración. Y las declaraciones antes de tiempo complican las cosas.

Margaret asintió. Al fin y al cabo, tenía que dejarse guiar por su conocimiento y experiencia.

—¿Y lord Vane? ¿También asistirá?

Constance la miró un momento y entrecerró los ojos.

—¿Por qué siempre te interesas por él? No es más que un simple barón. Su posición no es nada al lado de un marqués.

Margaret sopesó su respuesta, pues ni ella misma entendía por qué siempre terminaba por formular la misma pregunta, sin ni siquiera pensarlo.

—Me resultó simpático. Eso es todo.

—Lord Vane hará lo que le venga en gana, como siempre. Ya te dije que es un hombre impredecible, y por ello, menos digno de confianza.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la casa de los Ellsworth, Margaret no pudo evitar impresionarse por su tamaño. Pudo entender por qué Constance le había dicho aquella mañana que aquel era uno de los bailes más importantes de la temporada.

Así que, tomando una profunda bocanada de aire, se alisó la falda de su vestido y bajó del vehículo.

El salón de los Ellsworth era todo lo que un salón de baile debía ser y algo más.

Margaret no tardó en darse cuenta de ello nada más entrar. Las dimensiones, la luminosidad dorada gracias a enormes arañas y decenas de velas, la música del cuarteto que tocaba sin parar, o el nivel de ruido que indicaba cuánta gente había ya dentro.

Se recordó a sí misma, de niña, escondida en el taller de costura mientras observaba con admiración a las clientas mientras se probaban los vestidos que confeccionaba su madre.

La diferencia era que ahora estaba dentro de ese mundo y ya no lo veía con los ojos encandilados e inocentes de antaño. Había empezado a descubrir y comprobar por sí misma que era más ruidoso, caluroso, complicado y bastante menos mágico de lo que había soñado desde afuera.

Constance navegó por el espacio con autoridad.

Las presentaciones se multiplicaron, aunque de manera más rápida que en veladas anteriores. Margaret tuvo que poner en práctica con eficiencia las habilidades que había desarrollado en semanas de práctica. La sonrisa perfecta, la reverencia en el momento justo, la frase adecuada para cada contexto. Y, por supuesto, no podía faltar la historia de Shropshire, desplegada en porciones calibradas según la curiosidad del interlocutor de turno.

Margaret pensó que lo estaba haciendo bien, porque hasta el momento, nadie había fruncido el ceño, ni le habían formulado ninguna pregunta que no supiera responder.

Fue durante la tercera presentación del grupo cuando notó que alguien se acercaba por detrás.

—Señorita Ashby.

Margaret se giró al oír la voz.

—Lord Wycliffe.

—Baile conmigo… —le dijo Dorian extendiendo la mano para que ella la tomara.

—Creía que al menos esta vez fingiría que era una pregunta —comentó Margaret, sorprendida de que volviera a actuar con esa condescendencia similar a la mostrada en la velada de los Whitmore.

—¿Para qué? Estoy seguro de que la respuesta va a ser la misma de todas formas.

—Esa es una suposición bastante atrevida, señor mío.

—Sí —dijo Dorian con una seguridad que resultaba un tanto excesiva—. Lo es.

Margaret miró a Constance, que estaba en el grupo y que, con un levísimo gesto de cabeza, le indicó lo que debía hacer. Y ella,

simplemente, le tomó la mano.

Bailaron dos veces.

La primera, una contradanza que ya manejaba con la suficiente soltura como para no verse en la necesidad de contar los pasos. La segunda, un vals lento que nada tenía que ver con aquellos bailes que se mencionaban en los libros que leía, donde los caballeros rodeaban la cintura de sus parejas con una intimidad escandalosa. Esta era, sin duda, una versión más contenida y apropiada, donde se mantenía la distancia correcta y los movimientos medidos.

Aun así, era un vals. Y bailarlo con Dorian Wycliffe en la velada de los Ellsworth, con más de doscientas personas en la misma sala, era el tipo de noticia que Constance había aventurado que iba a ser comentada en los días venideros.

En el intermedio entre los dos bailes, Wycliffe se vio obligado a alejarse un instante de su lado para hablar con un grupo de hombres que en ese momento requerían su presencia. Inclinó la cabeza ante Margaret y, en voz baja, le dijo que no se marchara demasiado lejos, que el siguiente baile también era suyo y que no estaba dispuesto a cedérselo a nadie. Ella le sonrió, pero no contestó al comentario. Se limitó a hacerle una reverencia antes de permitir que él se alejara.

Así que cuando se vio sola, aprovechó la oportunidad para escaparse en dirección a los ventanales, donde se respiraba aire fresco, apartándose del calor que se iba acumulando en la sala a esas horas.

Callum Vane apareció a su lado con un sigilo calculado, que provocó que diera un respingo al oír su voz de repente.

—El marqués baila bien —comentó sin preámbulo y sin mirarla de manera directa.

—Buenas noches, lord Vane. Sí, es cierto —respondió Margaret.

—Aunque hay que reconocer —continuó Callum con cierta ironía— que resulta mucho más fácil hacerlo cuando uno lleva bailando desde los doce años en los salones correctos con las personas adecuadas.

Margaret se giró para observarlo. Él, en cambio, seguía mirando el salón.

—¿Eso es una crítica? —preguntó.

—Solo una reflexión —dijo Callum—. Y que yo sepa, las reflexiones no se pueden considerar como tales.

—Ya veo. Creo recordar que no hace mucho me dijeron algo muy parecido acerca de las observaciones y la información.

—¿Ah, sí? ¿Y quién se lo dijo? —preguntó, divertido.

—Un caballero que prefiere observar antes que bailar.

Callum giró la cabeza hacia ella.

Por primera vez en toda la conversación, la miró directamente. Había algo en esa mirada profunda que hizo que Margaret necesitara un segundo antes de hilvanar el siguiente pensamiento coherente.

—Por cierto, ¿cómo va Shropshire? —le interrogó con una levedad que no era del todo casual.

Era la segunda vez que hacía referencia a sus supuestos orígenes… *«¿Por qué?»*, se preguntó Margaret.

—Tranquila —respondió mostrando la serenidad que llevaba practicando semanas—. Como siempre.

Callum sostuvo su mirada un momento más.

Luego asintió levemente y sonrió.

—Que disfrute del baile, señorita Ashby.

Y sin decir una palabra más, se marchó.

Dorian regresó tres minutos después con una disculpa encantadora para reclamar la segunda pieza que ella le había prometido.

Y mientras ambos bailaban el vals, Margaret rememoró las palabras de Callum: «*resulta mucho más fácil hacerlo cuando uno lleva bailando desde los doce años en los salones correctos con las personas adecuadas.*»

Entendió que no era una crítica a Dorian, pero sí daba a entender que el marqués era bueno en todo lo que se suponía que debía ser porque llevaba toda la vida preparándose para ocupar su posición en la sociedad. Lo cual no lo hacía menos encantador, pero sí lo situaba en un contexto muy específico.

Margaret siguió los pasos del vals. Y en algún punto entre la segunda figura y la tercera, levantó la vista hacia el lateral del salón donde Callum había estado antes.

No lo encontró.

Lo buscó con discreción en el otro lateral, en el fondo, cerca del resto de los ventanales.

Nada.

Se había ido con el mismo sigilo con el que había llegado y Margaret notó algo parecido a la decepción. Lo cual era, se dijo, completamente irracional.

Pero también se dio cuenta de que, de manera inconsciente, durante las últimas semanas había empezado a buscar la cara de Callum Vane en los salones sin percatarse siquiera de que lo estaba haciendo.

La música terminó y Dorian le ofreció el brazo para acompañarla de vuelta. Y mientras cruzaban el salón entre la gente elegante, las arañas de cristal y la luz dorada, llegó a la conclusión de que el brillo, de cerca, iluminaba algunas cosas y dejaba otras completamente en la sombra.

En el carruaje, Constance estaba más que satisfecha con el resultado de la velada.

—Dos bailes... —dijo constatando un hecho.

—Como usted me dijo —confirmó Margaret.

—Bien. Muy bien. Pero…

—¿Pero? —preguntó Margaret, que no tenía la sensación de que hubiera que ponerle ningún reparo a su forma de comportarse.

—Vane —dijo Constance.

—¿Qué ocurre con él?

—Os he visto hablar.

—Ha sido apenas un instante —se justificó Margaret, sin comprender por qué debía hacerlo.

—Sí. —Constance miró por la ventanilla—. Un instante es lo que no debería ser.

No añadió nada más, y Margaret estaba demasiado cansada para intentar descifrar el discurrir de aquella mujer.

CAPÍTULO 10

La velada en casa de los Sinclair había sido, en opinión de Margaret, la más llevadera de cuantas había asistido desde su llegada a Londres. No había sido un baile formal, sino más bien un encuentro sencillo con música de salón y conversación a media voz de personas que no buscaban destacar a cada momento. Durante las tres horas que había durado el evento, Margaret había podido respirar sin tener la presión férrea de Constance controlando cada paso que daba.

Además, Cecily había estado a su lado casi toda la noche, lo que también había contribuido a disfrutar más de la velada.

Habían cogido la costumbre de encontrarse en los márgenes de los eventos, desde donde podían observar y comentar todo lo que acontecía sin ser vistas. Se habían dado cuenta de que eran afines en muchos aspectos, lo que estaba dando lugar a una amistad sincera entre ellas.

Sin embargo, en aquella ocasión, apenas llevaban una hora juntas cuando la señora Farrow, madre de Cecily, se acercó a su hija con expresión contrariada.

—Cecily, nos vamos.

La joven la miró y en su expresión se pudo leer la decepción.

—Pero madre, si acaban de servir el ponche —dijo con pesar, aun a sabiendas de que su argumento no iba a ser tomado en cuenta.

—Eso no es relevante. Tu padre tiene reunión mañana a primera hora y yo tengo un dolor de cabeza que no me ha dado tregua en toda la noche, así que ya va siendo hora de que nos vayamos.

—Pero si acabamos de llegar... —hizo un nuevo intento.

La mirada que la señora Farrow le dirigió a su hija fue tan descriptiva, que a esta no le quedó más remedio que bajar los hombros, derrotada.

—Ve a buscar tu chal y despídete de la señorita Ashby.

—Sí, madre.

Margaret vio cómo Cecily miraba el salón con resignación, consciente de que su batalla estaba perdida.

En ese momento, apareció Constance y se unió al grupo.

—Señora Farrow —dijo, con una calidez intencionada—. Si le parece bien, la señorita Cecily podría quedarse esta noche en mi casa. Las muchachas se llevan tan bien... y mañana podría recogerla a la hora que le convenga.

La señora Farrow la miró un momento.

—¿No sería una molestia?

—Por supuesto que no. Ya sabe que mi casa es grande y siempre hay un lugar para las amigas de mi querida pupila. Deje que se quede...

Margaret la observó en silencio. ¿*Mi querida pupila?* Dudaba mucho que aquella decisión estuviera motivada por el *cariño* que sentía hacia ella. Más bien calculó que sería una cuestión de conveniencia, teniendo en cuenta la buena posición de la familia Farrow.

—Es muy amable de su parte, lady Constance —dijo la señora Farrow, al cabo de un momento—. Sea pues. Y Cecily, espero que tu comportamiento sea el correcto para una señorita de tu posición y que no se te ocurra ser una carga. Antes del almuerzo mandaré al cochero para que te recoja.

—No lo seré, madre.

—Bien. En ese caso, me retiro. Que tengan buena noche.

Cecily esperó a que su madre se alejara antes de volverse hacia Margaret con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.

—¡Qué bien! —exclamó—. Vamos a pasar toda la noche juntas.

Margaret le devolvió la sonrisa.

—Supongo que sí.

Una vez realizado su cometido, Constance se retiró y dejó a las jóvenes para que pudieran conversar tranquilas.

Llegaron a Belgrave Square pasada la medianoche.

—¿Te encargas de acompañar a la señorita Farrow a la habitación de invitados? —le preguntó a Margaret al llegar a la escalera.

—Sí, no se preocupe, señora. ¿Podría preguntarle una cosa?

—Claro.

—¿Sería posible que Cecily y yo durmamos juntas esta noche? —Aquella era una posibilidad que las jóvenes habían barajado durante la velada, pero Margaret no quería hacer nada sin antes pedir permiso a su anfitriona.

Constance miró a las dos chicas y comprobó que se mostraban expectantes ante su respuesta.

—Por mí no hay inconveniente, siempre y cuando no hagan ruido. Si necesitáis algo, podéis llamar a Bridget. Y no olvidéis que el desayuno se sirve a más tardar, a las nueve.

—Sí, señora, lo tendremos en cuenta —contestó Margaret, mostrándose sumisa con tal de que la viuda diera su beneplácito.

—Está bien. Que tengáis buenas noches las dos. —Y subió a su cuarto sin más ceremonias.

Margaret condujo a Cecily al cuarto de invitados más grande que tenía la casa y que, a diferencia del suyo, estaba orientado al sur. Eso le confería una mayor claridad por las mañanas, pero en ese momento le importó poco la diferencia de *calidad* entre ambas habitaciones.

Cuando la puerta se cerró, Cecily se sentó en el borde de la cama y se quitó los zapatos con alivio, como si llevara horas esperando ese momento.

—Dios mío, por fin... —El alivio se reflejó en su voz—. Estaba deseando descalzarme.

—Tienes unos zapatos muy bonitos —comentó Margaret, sentándose a su lado.

—¿Bonitos? Son un instrumento de tortura con encaje —arguyó Cecily, provocando la carcajada de su amiga—. No sé quién inventó la idea de que las mujeres debemos llevar cosas que duelen con tal de que resulten atractivas, pero te aseguro que me encantaría tener una conversación con esa persona.

—Probablemente fue un hombre —contestó.

—Probablemente —convino Cecily, y ambas rieron.

Se recostaron en el colchón, una al lado de la otra, disfrutando de su mutua compañía.

—El marqués de Wycliffe estuvo muy atento contigo esta noche —comentó Cecily al cabo de un rato.

Margaret la miró y se encogió de hombros.

—Pero solo bailamos una vez.

—Sí, pero la forma en que lo hizo... Se nota que le gustas, Margaret. No podía apartar los ojos de ti. —Se detuvo unos segundos mientras hilvanaba el siguiente pensamiento—. Mis padres darían lo que fuera porque alguien de su posición se fijara en mí.

Había algo en su voz que, lejos de ser envidia, más bien sonaba a resignación. Margaret cambió su posición y la miró con más atención.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Querrías que se fijara en ti?

Cecily se limitó a encogerse de hombros.

—Eso da igual, ¿no? —Unió las manos sobre su regazo—. Mi madre me dice que no soy lo bastante guapa ni lo bastante graciosa para que alguien como Wycliffe se fije en mí. Que tengo que

conformarme con aspiraciones más modestas y estar agradecida de lo que llegue... si es que llega. —Suspiró—. Supongo que tiene razón.

Margaret se incorporó lo suficiente para quedar apoyada sobre su codo.

—No, no la tiene —dijo con firmeza. Cecily levantó la vista hacia su amiga—. Eres guapa, simpática, sabes estar, comportarte como se espera de ti... tienes muchas cualidades —enumeró Margaret constatando lo que ella consideraba hechos fehacientes—. Además, eres honesta, que en este mundo es más raro de lo que parece. Y también muy divertida, aunque lo disimulas porque sabes que algunos hombres se asustarían de tu agudeza. Así que no te menosprecies porque tu madre no sepa verte.

Cecily la miró en silencio durante un momento.

—Eso —dijo al fin— es lo más bonito que me han dicho en mucho tiempo. Y también lo más directo.

—Pues, según lady Merrow, hablar así es un defecto —comentó Margaret con ironía.

—Ya... —Cecily sonrió—. A mí también me lo han dicho. Supongo que somos dos chicas defectuosas.

—Pues mejor así. Lo perfecto es demasiado aburrido, ¿no te parece? —dijo Margaret, dejando que una nueva sonrisa asomara a sus labios.

—No puedo estar más de acuerdo contigo...

Estuvieron conversando un rato más, hablando de lo que cada una esperaba del futuro. Casi todas aquellas ensoñaciones estaban relacionadas con un buen porvenir, un matrimonio más que conveniente e hijos que siguiera el legado familiar que correspondiera. ¿Quién no iba a querer casarse con un hombre con un título nobiliario importante? ¿O que tuviera una imponente propiedad en el campo donde pasar los inviernos? Por no hablar de una asignación cuantiosa que permitiera comprar joyas y vestidos sin mirar nunca el penique.

Cuando apagaron las velas, y la habitación quedó en silencio, Margaret se dio cuenta de que aquella última conversación estaba repleta de mentiras por su parte. Ella no podía aspirar a un título nobiliario, ni a tener una propiedad imponente, y menos, una asignación generosa. Y aquello le dejó una sensación que no le gustó.

La habitación estaba en silencio. Cecily dormía a su lado con una placidez absoluta, una sensación en absoluto compartida, quizás a causa de aquella última charla que le había dejado mal sabor de boca. Margaret la había observado quedarse dormida en menos de diez minutos, y luego ella había permanecido despierta mirando el techo durante al menos un par de horas.

Incapaz de permanecer quieta por más tiempo, se levantó con cuidado de no hacer ruido. Cogió el chal que había dejado sobre la silla y salió al pasillo.

La casa de Belgrave Square de noche era un lugar diferente.

De día tenía la imagen de un escenario perfecto donde todo estaba en su sitio. Pero de noche, con las lámparas apagadas y solo la luz de la vela que Margaret había cogido de la mesilla, los espacios se volvían más sombríos y siniestros.

Bajó la escalera.

Conocía la distribución de la planta baja lo suficiente como para moverse sin tropezar. Al final del pasillo que llevaba al área de servicio, había una pequeña despensa que la cocinera usaba para guardar las provisiones más delicadas y que tenía adosada a la pared una hornilla pequeña para los preparados que no requerían de la cocina principal.

Margaret había reparado en ella la primera semana, pero no había vuelto a ir desde entonces.

Empujó la puerta con cuidado.

Olía a especias, a madera vieja y a algo dulce que identificó rápidamente con la canela. Era un espacio pequeño, con una sola

ventana alta por la que entraba la luz de la luna, que iluminaba la hornilla y los cacharros que colgaban sobre ella contra la pared.

Margaret dejó la vela en el estante y empezó a buscar.

Harina, mantequilla, huevos, azúcar... Tenía todo lo que necesitaba para hacer algo sencillo, como las pastas pequeñas que su madre hacía los domingos por la mañana en Gracechurch Street.

Encendió la hornilla con la facilidad de quien lo ha hecho muchas veces.

Empezó a mezclar, y aquel simple gesto empezó a traerle una paz que hacía tiempo que no sentía. Mientras mezclaba los ingredientes, no hacía falta medir ni el tono, ni las palabras, ni nada que tuviera que vigilar para resultar natural.

Tan enfrascada estaba en lo que hacía que no oyó la puerta a su espalda.

Cuando levantó la vista, Cecily estaba en el umbral de la despensa con el pelo suelto y los ojos todavía medio dormidos, mirando la escena con una expresión entre el desconcierto y la fascinación.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, en voz baja.

—No podía dormir —se excusó Margaret.

—Ya. Me desperté y me di cuenta de que no estabas... —Cecily entró, miró la masa, el hornillo y por último, a Margaret—. ¿Estás... cocinando?

—Haciendo pastas.

—¿A las tres de la madrugada?

—El insomnio requiere soluciones ocurrentes —expuso con humor.

Cecily continuaba perpleja.

—Pero, ¿sabes cocinar de verdad? —preguntó con curiosidad.

—Sí —admitió sin poder esconder una ligera sonrisa. Miró a su amiga y, durante unos segundos, dudó si debía seguir hablando. Finalmente, fue su instinto quien decantó la balanza—: Mi madre me

enseñó. —Detuvo el movimiento de sus manos y estudió la reacción de la otra joven—. Tengo que confesarte algo porque me siento mal guardándome un secreto que muy pocos saben. Pero me has demostrado que puedo confiar en ti y no me gusta estar andando con mentiras. —Hizo una breve pausa—. Mi familia es de otra clase; no pertenece a la alta sociedad como la tuya. Por eso sé hacer cosas que aquí no están bien vistas.

Cecily no dijo nada durante un momento.

—¿Lo sabe lady Constance?

—Sí.

—¿Y la gente?

—No.

—Entiendo —dijo Cecily, devolviéndole una sonrisa tímida—. ¿Puedo quedarme a ver cómo lo haces? A mí no me han enseñado ni a encender un simple fuego. De cocinar... mejor ni hablamos. Y si me paro a pensarlo, creo que resulta algo... —buscó la palabra adecuada— aterrador. Si algún día me perdiera en medio de un bosque sola, estaría muerta en dos días.

Margaret rió.

—¿Y por qué te ibas a perder en un bosque?

—No sé... pero es la imagen que se me acaba de venir a la mente.

Margaret asintió y, con la cabeza, le señaló el taburete junto al estante.

—Anda, siéntate ahí si quieres —dijo—. Y no toques nada todavía. Primero miras.

Las pastas tardaron casi una hora en estar listas.

Cecily las observó todo el tiempo con profunda atención, aprendiendo de cada paso que daba su amiga. Fue haciendo preguntas cada vez que le surgía una duda, y Margaret se encargó de contestar a todas. Sin condescendencia, ni pedagogía excesiva, sino compartiendo el conocimiento adquirido durante muchos años.

Cuando las pastas salieron de la hornilla y las dejaron enfriar sobre el paño limpio que Margaret había encontrado doblado en el segundo cajón, Cecily las miró con una expresión casi de asombro.

—¡Madre mía, huelen increíble! —exclamó.

—Llevan canela y naranja. Mi madre las hace casi todos los domingos —explicó con orgullo.

—¿Huelen siempre así de bien o es que el hambre de estas horas las mejora?

—Las dos cosas… Y deja que las pruebes.

Comieron de pie, en la penumbra de la despensa, con la hornilla ya apagada y la vela bajando poco a poco. Aunque pasaron un buen rato comiendo a escondidas, lo mejor de todo para Margaret fue el olor que había quedado en la despensa y que le recordaba tanto a la cocina de su casa.

—Me gustaría poder hacer esto —dijo Cecily, entre bocado y bocado.

—¿El qué? ¿Pastas a escondidas?

—No, boba… Me refiero a hacer cosas con las manos que sirvan para algo de verdad. —Miró la pasta que sujetaba con los dedos—. Yo no sé hacer nada que no sea decorativo. Y a veces pienso que, si por alguna razón mi familia dejara de tener lo que tiene, yo no sabría valerme por mí misma ni cinco minutos.

—Como perderte en el bosque, ¿no? —repitió en tono de broma.

—Por ejemplo.

—Eso no es culpa tuya —argumentó esta vez Margaret, con comprensión.

—Ya lo sé. Pero no es un gran consuelo.

No pudo alegar nada al respecto. Había verdad en las palabras de Cecily, pero así de diferente era la sociedad en la que cada una había crecido.

—¿Me enseñarías? —preguntó Cecily de repente—. No ahora, claro está. Pero alguna vez. Quizás podríamos empezar por algo sencillo.

—Por supuesto —contestó Margaret, sin dudar.

—Pero nadie lo podría saber…

—Lo sé.

Cecily asintió, como si eso fuera un trato.

Se quedaron en la despensa hasta que las pastas se acabaron y la vela llegó al límite de lo que podía dar. Luego recogieron, guardaron lo que había quedado pendiente, dejaron la estancia como estaba al principio y subieron en silencio por la escalera de servicio para pasar lo más desapercibidas posible.

En el rellano del primer piso, Cecily se detuvo.

—Margaret…

—¿Qué?

—Lo de esta noche. Lo que me has contado de tu familia... Te prometo que no le diré ni una palabra a nadie.

Margaret le cogió la mano y se la apretó.

—Ya lo sé.

—Y quiero que sepas que esto no cambia nada de lo que pienso de ti. Nunca había tenido una amiga como tú.

Margaret la miró en la penumbra del rellano. Hasta entonces no fue consciente de la tensión que había supuesto para ella vivir veinticuatro horas del día en una mentira constante. Resultaba reconfortante saber que la única amiga que había conocido en aquel mundo elitista la aceptara tal y como era.

—No te imaginas cuánto me importan tus palabras. Gracias, Cecily.

Y con eso regresaron al cuarto que habían compartido con la intención de descansar unas horas en aquella noche tan movida.

Constance hizo llamar a Margaret a su despacho a media mañana del día siguiente. Apenas hacía cinco minutos que la señorita Farrow se había marchado cuando Bridget le anunció que la señora la había convocado a su presencia.

La joven suspiró y acudió a su cita. Tras cerrar la puerta a su espalda, pudo ver a Constance de pie junto a la ventana mirando el jardín. No se volvió de inmediato, pero cuando lo hizo, la postura corporal de la mujer dejaba a las claras que se encontraba molesta por algo.

Ni siquiera invitó a Margaret a que tomara asiento.

—Petterson me ha dicho que anoche había luz en la despensa de la planta baja. A las tres de la mañana.

Margaret no respondió.

—Y que la cocinera le había informado de que faltaba harina del segundo estante.

Tampoco contestó a eso.

—Y bien, ¿no tienes nada que decir?

Margaret inhaló aire profundamente antes de ofrecer su justificación.

—Sufría de insomnio, señora. Y pensé que podría bajar a prepararme algo para comer —se limitó a reconocer.

—¿Y la señorita Farrow?

—Me siguió —admitió—. Me oyó salir.

—Entiendo. —La miró con los ojos entrecerrados—. ¿Y qué fue lo que vio?

—A mí haciendo pastas de canela. —No tenía intención de mentir. No había hecho nada malo, bueno, salvo *asaltar* una despensa ajena.

Un gesto de irritación cruzó la cara de Constance.

—Margaret —su nombre sonó como un silbido apenas susurrado de sus labios—. Las jóvenes de buena posición no cocinan. Mucho menos por las noches y desde luego, nunca con las

visitas. ¿Es que no tienes cabeza? ¿Qué habrá pensado la señorita Farrow de ti?

—Cecily es mi amiga y, además, es una joven discreta —dijo Margaret, con cuidado.

—Más te vale que lo sea, porque esto puede arruinar tu *temporada*, y lo que es peor, podría arrastrarme a mí, por haberme involucrado con la hija de una simple modista.

Margaret tuvo que hacer un gran esfuerzo para no contestarle. Lady Constance estaba más que molesta y no era el momento de llevarle la contraria.

—Lo lamento, lady Constance. Mi intención nunca fue causarle un agravio.

—En cualquier caso, ya no tiene arreglo. Confiemos en que tu amiga, como dices, sea de verdad… discreta.

CAPÍTULO 11

Era uno de esos días de primavera que Londres ofrecía en pocas ocasiones. Había amanecido con el cielo limpio, el aire un poco fresco pero agradable y con una luz matinal que parecía iluminarlo todo.

Era, sin duda, el día perfecto para salir a pasear. Así que Margaret había escrito una nota a Cecily para que se encontraran en Hyde Park. La respuesta no se demoró en llegar y acordaron verse a las once de esa misma mañana.

Ambas iban acompañadas de sus respectivas doncellas, Bridget y una chica joven y silenciosa llamada Agnes, que las seguían a la distancia correcta. Era un protocolo que Margaret ya había interiorizado en las escasas ocasiones que había salido a dar un paseo matutino. La doncella siempre debía estar visible, lo bastante cerca para que se notara su presencia, pero a la vez lo suficientemente lejos para respetar la privacidad de la señorita de turno.

Constance no había puesto ningún reparo. Al contrario, había aprovechado para hacer un comentario referente a que le parecía una actividad perfectamente adecuada. Una joven con buenas amistades causaba mejor impresión en sociedad. Y la señorita Farrow, con todo lo que tenía de discreta, cumplía de sobra con esa función.

Al llegar a Hyde Park se encontraron con más gente de lo habitual aprovechando el sol: jinetes, grupos de paseantes y familias enteras.

Caminaron despacio, dejando que el sol calentara sus rostros. Cecily le comentaba que la temporada ya empezaba a pesarle, y que

su madre había vuelto a sacar el tema de los pretendientes con demasiada persistencia, como si ella tuviera una varita mágica para lograr atraer a los hombres.

Margaret la escuchaba y respondía a sus observaciones, cuando de repente vio a una figura a lo lejos que reconoció de inmediato. Callum Vane estaba a unos veinte metros, caminando en la dirección contraria, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo.

No dijo nada. Pero algo debió cambiar en su expresión, porque Cecily, que llevaba un rato hablando sobre el último libro que había comenzado a leer, se detuvo a media frase y la miró. Luego volvió la cabeza en la dirección que miraba Margaret y pudo identificar qué había provocado el silencio súbito de su amiga.

De repente, señaló con discreción hacia el lateral del camino donde un grupo de mujeres se había detenido junto a un rosal tardío.

—Creo que esa es la señora Whitfield —dijo con total naturalidad—. Hace semanas que quiero saludarla. ¿Me disculpas un momento?

—Por supuesto.

Sus ojos se encontraron brevemente y Margaret pudo adivinar en los de Cecily un toque de humor.

—Agnes —llamó Cecily para que su doncella se acercara—. Acompáñame a saludar a lady Whitfield.

Bridget se quedó donde estaba, tres pasos por detrás, visible y silenciosa, mientras Margaret seguía caminando.

Callum Vane la vio cuando estaban a unos pocos metros. Manteniendo el mismo paso firme, no dudó en acercarse.

—Señorita Ashby —la saludó cuando la distancia se lo permitió.

—Lord Vane.

—¿Viene sola?

—No. Estaba con mi amiga Cecily Farrow, pero se ha acercado a saludar a unas conocidas.

—En tal caso, ¿me permite que la acompañe hasta que su amiga regrese?

—Por supuesto.

Se pusieron a caminar en la misma dirección. Bridget ajustó su paso al de ellos, a la distancia correcta.

—Un día como este es poco frecuente en Londres —comentó Callum, mirando los árboles.

—¿Lo dice por el tiempo?

—Por eso y por el hecho de que hay personas que han salido a aprovecharlo en lugar de quedarse en casa quejándose de que va a cambiar pronto. Hay quienes no saben apreciar las cosas buenas cuando se les presentan... aunque eso se limite a unos cuantos rayos de sol.

Aquel comentario arrancó una risa a Margaret, que le contagió al propio Vane.

—Lo que no quita que estén quejándose pensando que este tiempo durará poco y así tienen tema de conversación mientras les dure el paseo —replicó con ironía.

Callum la miró de reojo. Como siempre ocurría cuando estaba con ella, disfrutaba de aquella naturalidad genuina a la hora de expresarse.

—¿Suele venir al parque? —volvió a preguntar.

—No con frecuencia. Lady Constance considera que los paseos son más eficientes cuando tienen un propósito social concreto. Por suerte, como le dije, hoy he venido con la señorita Farrow, que tiene una opinión diferente sobre el tema.

—¿Y cuál es la suya?

Margaret consideró la pregunta.

—Me gusta pasear por simple placer. No concibo la necesidad de que haya una finalidad concreta para tener que hacerlo —

reconoció sin más.

Callum asintió, conforme con aquella apreciación.

Caminaron un trecho en un silencio agradable.

—¿Echa de menos Shropshire? —preguntó Callum al cabo de un rato.

Era la tercera vez que le interrogaba respecto a su lugar de origen.

—A veces.

—¿Puedo preguntarle qué extraña de allí?

Margaret pensó un momento. La contestación honesta hubiera sido reconocer que todo: su casa, el olor del taller, los domingos con las pastas de canela, la voz de su madre al otro lado de la puerta, las conversaciones con su padre… Pero esa respuesta no podía ofrecerla.

—Sobre todo, la seguridad que me ofrece mi hogar —lo cual era verdad de algún modo.

Callum la miró.

—¿Acaso aquí no se siente a salvo?

—No es eso. Es que… cuando conoces un determinado ambiente y te sientes cómoda en él, supongo que tarde o temprano se tiende a extrañar lo que tanto se ama.

—¿Quiere eso decir entonces que no es feliz en Londres? ¿No está disfrutando de la temporada?

—Oh, claro que sí. Pero supongo que una cosa no está reñida con la otra.

—No, supongo que no.

Llegaron a uno de los estanques del parque. En él, había un banco junto al agua.

—¿Le apetece sentarse un rato? —le ofreció Callum señalando el asiento.

—Claro, ¿por qué no?

Uno de los patos del estanque se acercó a la pareja y se quedó mirándolos con fijeza.

—No tengo pan —le dijo Margaret.

Callum sonrió.

—¿Tiene usted la costumbre de hablar con los patos? —le preguntó con humor.

—Solo cuando me miran así.

—Y si un caballero la mirase como lo hace el pato, ¿qué haría usted?

Por la cabeza de Margaret asomó el recuerdo de Dorian Wycliffe que la observaba de una manera muy directa e intencionada, y por un momento relacionó al bueno del marqués con el pobre animal, lo que le arrancó una ligera carcajada.

El ruido provocó que el pato diera media vuelta y se alejara.

—Supongo que haría como él —le dijo señalando al ánade—: dar media vuelta y correr.

Callum hizo un gesto con la cabeza, reconociendo en silencio esa manera tan ingeniosa que acababa de mostrar Margaret para salir de una pregunta comprometida.

—¿Cuánto tiempo lleva en Londres? —De nuevo fue Callum quien rompió el silencio.

—Unas seis semanas.

—¿Y qué opinión se ha forjado de nosotros en ese tiempo?

Margaret consideró la pregunta con atención para poder ofrecerle una respuesta adecuada.

—Que este mundo —dijo, eligiendo cada palabra— es más complicado de lo que parecía desde fuera. Y también más pequeño.

—¿Más pequeño? ¿En qué sentido?

—Desde fuera parece enorme y pomposo. Pero una vez que lo vives desde dentro te das cuenta de que es un círculo cerrado en el que todo el mundo se conoce y todos saben qué esperar de la

persona que tienes enfrente. Eso lo hace pequeño, aunque ocupe mucho espacio.

Callum la miró. Cuanto más hablaba con ella, más le encandilaba su forma de expresarse.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Depende —reconoció la joven—. Para alguien que pertenece al círculo, supongo que es cómodo. Pero para alguien que… —Se detuvo. Había estado a punto de decir algo que no debía, y se había dado cuenta justo a tiempo.

Callum no completó la frase por ella. Se limitó a mirar el estanque evitando lo que le había parecido una situación incómoda.

—¿Y qué me dice de usted? Tengo entendido que ha viajado mucho —comentó Margaret para cambiar de tema—. ¿Le ha servido para descubrir algo *diferente*?

Ahora fue el turno de lord Vane de meditar la respuesta apropiada.

—Que el mundo es más grande de lo que parece desde aquí —dijo Callum, sin dudar—. Y que este círculo, visto desde fuera, resulta mucho más pequeño de lo que resulta desde dentro.

Margaret lo miró.

—Eso es exactamente lo contrario de lo que yo acabo de decir.

—Sí —reconoció Callum—. Aunque si lo medita bien, es exactamente lo mismo.

Margaret tardó un momento en comprenderlo hasta que por fin lo logró.

Visto desde dentro, el círculo era pequeño porque era cerrado. Visto desde fuera, desde los viajes de Callum, desde otros países y otras formas de vida era pequeño porque era insignificante. Las dos cosas podían ser verdad al mismo tiempo.

—¿Y le gusta? —volvió a preguntar Margaret. Por algún motivo, su respuesta le importaba más de lo que imaginaba—. Me

refiero a este mundo que considera pequeño. ¿Se siente cómodo siendo parte de él?

Callum meditó de nuevo su respuesta.

—Hay partes que conozco tan bien que ya ni siquiera las veo y otras, en cambio, que me recuerdan por qué estuve lejos tanto tiempo. Pero también están aquellas, las inesperadas, las que todavía me sorprenden —dijo más despacio, mirándola directamente — que me han recordado durante las últimas semanas que hay cosas aquí por las que vale la pena quedarse.

Margaret no preguntó a qué partes se refería.

No hizo falta.

Sus miradas se quedaron engarzadas hasta que la voz de Cecily rompió aquel momento que se había creado entre los dos.

—Disculpa si me he retrasado, Margaret. Pero hacía mucho que no hablaba con la señora Whitfield y me he entretenido más de la cuenta.

Callum se puso de pie de inmediato y se giró hacia la recién llegada para saludarla.

—Señorita Farrow —dijo, con una inclinación breve.

—Lord Vane...

—Estaba haciendo compañía a la señorita Ashby mientras usted regresaba.

—Se lo agradezco muchísimo. Me angustiaba la idea de que mi amiga se quedara sola tanto tiempo por mi causa.

—Pierda usted cuidado, señorita Farrow. Y ahora que vuelven a estar juntas, me despido de ambas. Ha sido un verdadero placer mantener esta conversación con usted, señorita Ashby. Espero que podamos repetirla en más ocasiones. Señorita Farrow. Buenos días.

Y sin nada más que decir, siguió su camino por el parque con las manos en los bolsillos del abrigo y sin echar la vista atrás.

Margaret lo siguió con los ojos mientras se alejaba. Luego se volvió hacia Cecily, que la había estado observando con una

expresión que mostraba a la vez curiosidad y diversión.

—Te gusta el señor Vane… —aquello no era una pregunta, sino una afirmación.

Las mejillas de Margaret se sonrojaron de inmediato.

—Así que la señora Whitfield… —dijo Margaret, llevándose las manos a la cintura.

—Una mujer encantadora —apuntó Cecily—. Muy interesante. Hablamos de muchas cosas.

—¿Ah, sí? ¿De cuántas?

—De las suficientes para que yo pudiera ocuparme de mis asuntos mientras tú te ocupabas de los tuyos. Y ahora ¿seguimos con el paseo?

CAPÍTULO 12

La cena en casa de los Ravenswood era, según Constance, un evento de consideración.

Los Ravenswood eran una familia antigua. Si bien no eran de las más ricas, sí eran una de las mejor establecidas en la sociedad londinense. Su casa en Cavendish Square siempre se había erigido como un referente de clase y elegancia durante generaciones.

Para la cena en cuestión se había dispuesto una gran mesa que acogía hasta una treintena de comensales. Cada asiento estaba perfectamente medido, al igual que se había dispuesto quién se sentaba al lado de quién, para que la velada discurriera de una manera armoniosa.

Dorian Wycliffe estaba ya en el salón cuando lady Constance y Margaret llegaron.

Nada más verla, le dedicó una inclinación breve y una sonrisa que hubiera hecho suspirar a más de una jovencita, pero que a ella no le causó una impresión especial. Se había acostumbrado a aquellas miradas directas que le dirigía y, ahora, cada vez que se encontraban, no podía dejar de pensar en el pato del estanque.

Por su parte, Callum Vane estaba en el extremo opuesto, hablando con el anfitrión con una expresión de educada cortesía. Lo vio sin que fuera necesario buscarlo con la mirada, y él levantó la vista un instante, como si hubiera sentido los ojos de ella clavándose en él. El gesto que hizo a continuación fue mínimo, pero suficiente para que Margaret lo notara, y luego siguió hablando con su interlocutor sin más.

Después de tantas semanas de asistir a fiestas, bailes y eventos diversos, Margaret prácticamente ya conocía a todos los

asistentes que habían tenido la *fortuna* de ser invitados a aquella cena tan especial. Sin embargo, junto a una de las ventanas y ligeramente apartada del grupo más cercano, vio a una mujer a la que no reconoció.

Tendría unos sesenta años, quizás menos, y llevaba un vestido que en otro tiempo había sido de buena calidad pero que ahora solo pasaba por aceptable. Tenía el pelo completamente blanco y una expresión tranquila en el rostro que Margaret no pudo descifrar.

—¿Quién es esa señora? —preguntó en voz baja a Constance.

La viuda siguió su mirada sin mover la cabeza.

—Es la señora Aldridge —le informó manteniendo su habitual tono neutro—. Viuda del coronel Aldridge. Los Ravenswood la invitan por cortesía hacia su difunto marido, que fue amigo del padre del actual lord Ravenswood.

—¿Vive cerca? No recuerdo haberla visto en ningún otro evento durante la temporada.

—En Clerkenwell —explicó Constance—. En una casa bastante más modesta de a lo que acostumbraba en otro tiempo.

Margaret conocía el nombre. Era un barrio respetable, pero muy alejado de Cavendish Square; una distancia que no se refería solo a las millas que había entre uno y otro barrio.

—¿Viene a menudo?

—A los Ravenswood, sí. A otras casas, cada vez menos. —Hizo una mueca con la boca—. Es la consecuencia natural de ciertas situaciones.

Y con eso dio por cerrado el tema y se dirigió a saludar a alguien al otro lado del salón.

Margaret se quedó donde estaba un momento más, mirando a la señora Aldridge, que sostenía una copa de jerez con las dos manos y sonreía a nadie en particular, como si se limitara a mantener las apariencias.

Cuando la cena dio comienzo, comprobó que los Ravenswood habían sentado a la señora Aldridge al extremo inferior izquierdo. No es que fuera el peor sitio de la mesa, pero dejaba en evidencia que quien lo ocupaba no podía aspirar a algo mejor.

Por el contrario, Margaret estaba a mitad de tabla, entre un caballero mayor cuyo nombre, para variar, había olvidado y una joven de la familia Ravenswood que hablaba con la persona de su izquierda sin dar oportunidad a ningún otro contertulio a poder meter baza en la conversación. Lo cual tuvo como consecuencia que pasara la mayor parte de la cena con el caballero mayor, que resultó ser la mar de agradable, aunque solo fuera capaz de hablar de sus perros y sus tierras en Yorkshire.

Dorian estaba también cerca del centro de la mesa, en el sitio que correspondía a alguien de su rango, flanqueado por dos mujeres que competían por su atención sin ningún disimulo. Margaret, con discreción, observaba cómo él las manejaba a ambas con una facilidad natural, dejando en evidencia que estaba acostumbrado a ese tipo de interés, a veces exagerado, hacia su persona.

Y, por último, de entre los presentes que a ella le importaba, estaba Callum, ubicado tres posiciones más abajo, al otro lado de la mesa. Había intercambiado su lugar con alguien y ahora estaba junto a un hombre de mayor edad con quien parecía estar teniendo una conversación que, a diferencia de otras que se desarrollaban a su alrededor, sí retenía toda su atención.

Pero de entre todos los presentes, había alguien de quien no podía apartar la mirada: la señora Aldridge, en el extremo inferior izquierdo, que comía en silencio, sin departir con nadie.

Una vez finalizada la cena, fueron retirados los platos y se sirvió el vino para el postre. A esas alturas de la noche, la conversación entre los presentes se había vuelto más fluida, o lo que es lo mismo, menos protocolaria. Era el momento en el que los asistentes podían expresar su opinión de manera más relajada, envalentonados por el líquido ingerido durante las horas previas; pero eso sí, sin perder las formas en ningún momento.

—Es que ya no es lo que era… —oyó Margaret decir a lady Ravenswood sin ningún reparo—. Antes una familia sabía a qué atenerse. Ahora... —Un gesto vago completaba la frase sin necesidad de terminarla.

Habían seguido dos o tres comentarios similares de personas distintas, sin que Margaret alcanzara a comprender de lo que se estaba hablando en ese instante.

Hasta que alguien que la joven no llegó a identificar hizo un comentario sobre las dificultades de mantener el nivel adecuado cuando los ingresos ya no acompañaban. Quienquiera que lo hubiera dicho, lo había hecho en un tono educado, aunque era evidente que su intención no lo era.

Siguiendo un instinto, su mirada se deslizó hacia el extremo inferior izquierdo de la mesa. La señora Aldridge no decía nada. Seguía con su copa de vino, sin variar ni un ápice su expresión.

Pero algo en sus manos cambió. Apretaba con fuerza el tallo de la copa y Margaret supo reconocer el gesto. Era el de alguien que había recibido un golpe, pero que no estaba dispuesta a acusar el impacto donde alguien pudiera verlo.

El caballero de Yorkshire seguía hablando de sus perros, pero la mente de Margaret, de repente, estaba muy lejos de aquel salón concurrido.

Pensó en su madre, que debía mostrar una apariencia de serenidad y contención frente a sus ricas clientas, sin importar que en algún momento pudieran pronunciar algún comentario inapropiado hacia una simple trabajadora. Y que ella, si quería mantener su reputación de modista, no le quedaba más remedio que tragarse cualquier consideración hiriente que pudieran dedicarle. Por fortuna, eso había ocurrido en muy contadas ocasiones, pero fue consciente de lo que le esperaría a su madre si alguna vez dejara de ser útil.

Levantó la vista.

Callum Vane la estaba mirando desde el otro lado de la mesa con una expresión evaluadora. Por un instante, tuvo la impresión de

que él podía leer, o quizás sentir, la deriva de sus pensamientos, lo cual era absolutamente imposible. Él desvió la mirada hacia la señora Aldridge de una manera fugaz y de nuevo la posó en Margaret, mostrándole así que había captado el comentario que se había realizado en la mesa.

No hizo ningún gesto ni ninguna alusión al respecto. Volvió a desviar la vista hacia su interlocutor y la conversación de la sobremesa continuó como si nada hubiera interrumpido su curso.

Dorian, tres posiciones más cerca del centro, estaba riéndose de algo que había dicho la joven a su izquierda. No había mirado hacia el extremo inferior de la mesa ni una sola vez en toda la noche.

Luego llegó el momento en el que los caballeros se retiraban para tomar su oporto, mientras las señoras se dirigían al salón para conversar.

La señora Aldridge ocupó el sillón más cercano a la puerta, y Margaret se dio cuenta de que nadie fue a sentarse a su lado. Aquello no le pareció bien.

—Señora Aldridge —dijo la joven, sentándose en el sillón contiguo—. Creo que no hemos tenido ocasión de ser presentadas. Soy Margaret Ashby.

La dama la miró con expresión de sorpresa, como si le resultara inverosímil que alguien perdiera su *valioso* tiempo en saludar a una mujer como ella.

—Lo sé —dijo, al cabo de un instante—. He oído hablar de usted. La pupila de lady Constance, ¿verdad?

—La misma.

—Es usted muy amable al sentarse aquí conmigo —dijo la señora Aldridge, con una sonrisa contenida—. La mayoría de las jovencitas presentes prefiere otras compañías.

—Pues estoy segura de que muchas de ellas se pierden conversaciones interesantes —replicó Margaret—. Mi madre siempre

me ha dicho que se aprende mucho de la voz de la experiencia.

La señora Aldridge la miró y su expresión cambió a otra más dulce.

—¿Le gusta la música?

—Mucho —contestó Margaret—. Aunque no dispongo del conocimiento suficiente para poder mantener una conversación profunda al respecto.

La mujer dejó escapar una risa breve y genuina.

—Mi marido decía exactamente lo mismo, pero siempre me seguía la corriente cuando le hablaba de alguna composición.

—En tal caso, estaría encantada de que me instruyera al respecto.

Y así, hablaron de música durante cuarenta minutos, mientras el resto del salón seguía con sus asuntos. Durante ese tiempo nadie más se acercó al sillón junto a la puerta.

Ni falta que hacía.

Pasada la hora, los caballeros se reincorporaron al salón.

Nada más entrar, Dorian fue en busca de Margaret. No tardó en localizarla, como si hubiera desarrollado un instinto felino para poder encontrarla en cualquier lugar con facilidad.

—He oído que ha tenido una conversación muy interesante esta noche —dijo, con su habitual sonrisa encantadora.

—Varias, de hecho —le contestó.

—Yo me refería a la que ha mantenido durante largo rato con la señora Aldridge.

Margaret alzó las cejas con sorpresa.

—Vaya, no sabía que estuviera tan al tanto de mis conversaciones… Sobre todo, teniendo en cuenta que no estaba presente mientras departía con ella.

Dorian chasqueó la lengua.

—Digamos que me ha llamado la atención cuando me lo han comentado.

—No veo por qué. Se trata de una mujer extraordinaria y muy culta. Ha sido de lo más agradable. Así que me sorprende que le resulte de interés algo tan simple.

—No es eso. Es solo que me parece encantador que haya tenido la deferencia de acercarse a alguien como ella —explicó al considerar que aquella era la respuesta que debía ofrecerle.

A Margaret no le gustó el comentario, pero antes de que pudiera responder, lord Vane apareció a su lado.

—Buenas noches, señorita Ashby. No he tenido la oportunidad de saludarla antes. ¿Está disfrutando de la noche?

—Claro. Debo reconocer que la cena estaba exquisita.

—Espero no haber interrumpido nada… —dijo en alusión a la conversación que mantenía con el marqués.

—En absoluto. Estábamos hablando sobre la señora Aldridge —le informó Dorian.

—Una mujer muy respetable, sin duda. ¿Sabía que toca el piano extraordinariamente bien? —comentó, volviéndose hacia Margaret.

—Lo tocaba —corrigió el marqués—, antes de que tuviera que vender el instrumento. Solía dar clases, hasta que alguien le hizo notar que dicha actividad no era compatible con seguir siendo recibida en ciertas casas. Así que eligió esto último. Una decisión más que comprensible, creo yo.

—¿Comprensible? —repitió Margaret, frunciendo el ceño.

—Por supuesto —aseguró Dorian con convicción—. Una mujer de su posición dando clases no es que sea algo de lo que uno pueda enorgullecerse. Hay formas más dignas de salir adelante.

—¿En serio? —dijo Margaret, tratando de contener el tono—. Dar clases de piano es una actividad perfectamente honrada. No entiendo por qué habría de ser motivo de vergüenza.

Dorian la miró con una expresión en la que se mezclaba diversión y condescendencia.

—No digo que sea deshonrosa, sino que no es lo que corresponde a una mujer de cierta posición. Hay una diferencia.

—La diferencia —continuó la joven eligiendo las palabras con cuidado— es que a ella le quedaban dos opciones: trabajar o depender de la caridad de personas que la invitan por cortesía y la sientan en el extremo de la mesa. No me parece que la primera opción sea la menos digna de las dos.

Hubo un silencio breve.

Callum no intervino en ningún sentido, ni para apoyar la postura de Margaret ni tampoco la de Dorian. Y ese silencio no le gustó a la joven.

—Vaya —afirmó Dorian con humor—. ¿Es usted de esas señoritas modernas que creen que las mujeres deben contribuir al sostenimiento de sus casas? Qué... refrescante.

Refrescante.

Y venga otra vez con la palabrita. La misma que había usado lady Fenton para dirigirse a ella en el salón de Belgrave Square.

Margaret sintió un calor repentino que le subía por el pecho. A duras penas trató de contenerse para no expresar lo que de verdad deseaba.

—Creo —dijo con una calma que le costó mantener más de lo que parecía— que el trabajo honrado no debería avergonzar a nadie. Y que juzgar a una mujer por haberse ganado la vida con su talento dice más de quien juzga que de quien trabaja.

Dorian la miró un momento.

—Por supuesto —rectificó el marqués, aunque era evidente que no pensaba así—. Tengo la impresión de que mis palabras la han molestado. Créame que no era mi intención ofenderla.

—Y no lo ha hecho —se limitó a contestar Margaret, aunque la tensión en su postura corporal evidenciaba todo lo contrario.

Se volvió ligeramente hacia Callum.

—¿Y usted, lord Vane? ¿Comparte la opinión del marqués?

Callum la miró directamente.

—Opino que la señora Aldridge tomó la única decisión posible con las opciones que le dejaron. Y condenarla por ello es injusto.

—Pero no hace nada al respecto —se quejó la joven en voz lo bastante baja para que solo él lo oyera.

Callum le sostuvo la mirada.

—No —reconoció con honestidad—. No hago nada al respecto.

No era una defensa. Era simplemente la verdad, dicha sin adornos ni florituras.

Margaret asintió sin más. No era lo que quería oír. Pero al menos había sido sincero.

Se excusó a los pocos minutos y se acercó a lady Constance para decirle en voz baja que no se encontraba del todo bien, que si era posible marcharse en breve.

La viuda la miró sin mostrar signos de preocupación.

—¿Qué te pasa? ¿Acaso estás enferma?

—Nada grave, señora. Solo un poco de cansancio.

Constance la estudió un momento y luego asintió.

—Está bien. Despidámonos de los Ravenswood y nos vamos.

En menos de diez minutos estaban ya en el recibidor con los chales y los guantes, esperando a que su carruaje llegara para llevarlas a casa.

Fue entonces cuando Callum apareció.

—Señorita Ashby, ¿me puede dedicar un minuto, por favor?

Margaret miró a Constance pidiendo su consentimiento, y esta se limitó a asentir. Giró la cabeza hacia la puerta, dando un poco de privacidad al barón y a su pupila que, no obstante, se alejaron unos pasos.

—Usted dirá, lord Vane.

—¿Está usted molesta conmigo? —preguntó Callum, de manera directa.

Margaret lo miró.

—No —contestó—. Entiendo su postura, aunque no la comparta.

—Hay cosas —expuso él como si necesitara justificarse— que uno ve con claridad y que aun así no puede cambiar. No al menos de la manera que uno querría.

—Lo sé —dijo Margaret con menos acritud que con la que se había apartado de los dos hombres unos minutos antes—. Y le agradezco que al menos lo reconozca.

Callum asintió.

—Espero que esto no afecte a nuestra amistad.

Aquellas palabras provocaron que el mal humor que la había acompañado durante el último cuarto de hora, se atenuase un poco.

—No es mi intención que eso ocurra.

—En tal caso, me quedo tranquilo. Buenas noches, señorita Ashby.

—Buenas noches, lord Vane.

Constance esperó a que el barón se alejara para acercarse de nuevo a su pupila. Por la mirada que le dirigió supo que estaba esperando una explicación.

—Solo ha sido un cruce de opiniones —dijo la muchacha sin más preámbulo.

—Ya me he dado cuenta. ¿Cuál ha sido el motivo?

—La señora Aldridge —reconoció—. Sobre si dar clases resultaba digno o no.

Constance la miró un momento.

—¿Y ese intercambio de… *opiniones* solo ha sido con lord Vane?

—No. También con lord Wycliffe.

Constance suspiró con cansancio.

—Margaret, últimamente te veo descuidar demasiado la farsa. El otro día fue tu escapada a la cocina con la señorita Farrow. Hoy, esto. No puedes ir haciendo comentarios sobre la señora Aldridge y su antiguo trabajo. Esta noche, en la sala, había personas que son muy observadoras, y ese tipo de opiniones no pasan desapercibidas.

—Discúlpeme, lady Constance. Lo tendré en cuenta para el futuro…

—Más te vale.

Cuando se subieron al vehículo, Margaret se mantuvo todo el trayecto mirando por la ventanilla, consciente de que, en esta ocasión, su anfitriona llevaba razón.

CAPÍTULO 13

Al día siguiente, Cecily llegó a la casa de Belgrave Square a media tarde con la excusa de devolver un libro que Margaret le había prestado y, sobre todo, con la intención de poder pasar un rato con su amiga.

—Te eché de menos anoche en la cena de los Ravenswood —le dijo Margaret cuando ambas se quedaron a solas en el saloncito del que la joven disponía para su uso exclusivo y personal.

—Ya. Me hubiera encantado ir, tal y como estaba previsto, pero mi madre se levantó con un horrible dolor de cabeza y no le quedó más remedio que avisar a lady Ravenswood por la mañana para excusar nuestra ausencia. Hubiera sido inadecuado que sencillamente no hubiéramos asistido, dejando vacío nuestro hueco en la mesa.

—Sí, lo entiendo. Pero eso no quita que hubiera disfrutado mucho más de la noche si hubieras estado presente.

—De todas maneras, no dudo que lord Wycliffe y lord Vane consiguieron amenizar tu velada.

Por un instante fugaz, a Margaret se le contrarió el rostro; gesto que no pasó desapercibido para Cecily.

—Uy, ¿y esa expresión? ¿Acaso ha pasado algo?

—Te lo cuento mientras tomamos el té, ¿te parece?

Y así, la puso al corriente de lo sucedido la noche anterior: el comentario de Dorian sobre la señora Aldridge, la palabra *refrescante* dicha con esa sonrisa suya, su propia respuesta contenida a duras penas, y la honestidad incómoda de Callum admitiendo que no hacía nada al respecto.

Cecily la escuchó sin interrumpir y sin perder detalle.

—Dorian Wycliffe —comentó al fin, cuando Margaret terminó — es de los que dicen lo que piensan porque nunca ha tenido la necesidad de morderse la lengua a la hora de dar su opinión. Y lord Vane, al menos, fue honesto.

—Demasiado honesto para mi gusto —bufó Margaret.

—¿Hubieras preferido que te mintiera?

—No, lo cierto es que no.

Cecily asintió, conforme con su respuesta.

—Los hombres que dicen la verdad, aunque sea incómoda, son más escasos de lo que debería. Mi madre dice que eso es un defecto en un marido. Que una esposa no necesita que le digan la verdad, sino que la hagan sentir bien.

—¿En serio opina así? ¿Y tú qué crees?

—Que mi madre lleva casada treinta años con un hombre que le dice lo que quiere oír, y que eso no la hace especialmente feliz —contestó, no sin un toque de verdad camuflado de ironía.

Margaret miró su taza. Recordó a su padre cuando le habló de lo que podía encontrar en ese mundo antes de que ella entrara en él. Había sido sincero en todo momento, y aun así, ella quiso adentrarse en su interior.

—Por cierto, y hablando de madres —continuó Cecily ajena a los pensamientos de su amiga—, ¿cómo sigue la tuya? Me dijiste que estaba enferma y reposando en el campo.

Margaret meditó su respuesta. Había reconocido ante Cecily que su familia no pertenecía a la alta sociedad, pero no había desmentido ningún otro aspecto de la farsa que había creado para poder cumplir aquel sueño. Y después de la advertencia de lady Constance la noche anterior, no sabía si era apropiado enredar todavía más la situación.

—Bien. Mejorando poco a poco, según me dice en sus cartas —se limitó a contestar.

—Entonces debes sentir un gran alivio. Me imagino que estarás deseando verla.

—No te imaginas cuánto.

—Me alegraría conocerla algún día —dijo Cecily con sinceridad —. Si se recupera lo suficiente para recibir visitas, intentaría convencer a mis padres para que me dejen ir contigo a Shropshire. ¿No crees que sería estupendo?

Margaret sonrió, como había aprendido a hacer, pero no pudo evitar que se le formara un nudo de angustia en el estómago.

La conversación continuó durante un rato más.

Cecily habló de su propia madre, de los planes para el final de la temporada, y hasta de una prima suya que se había comprometido recientemente con alguien que le parecía ser demasiado *aburrido* para su gusto.

Sin embargo, Margaret no estaba del todo atenta a la conversación.

El comentario inocente de su amiga de que le gustaría conocer a su madre seguía martilleándole la cabeza. Era como si con aquella frase tan simple se le hubiera abierto una grieta en el pecho.

Porque la madre enferma en el campo no existía.

Existía Eleanor Hoper, de Gracechurch Street, con sus tijeras y sus telas y su voz calibrada para las clientas. Existía una mujer que cosía los vestidos de algunas de las personas que Margaret había conocido en las últimas semanas, y que previamente las había visto entrar y salir del taller sin ni siquiera percatarse de que había una hija al otro lado de la puerta.

Esa era su madre.

No una señora *Ashby* enferma en el campo de Shropshire que algún día, cuando se recuperara lo suficiente, recibiría visitas y escucharía cómo le había ido a su hija en la temporada londinense.

Esa madre no existía. Y si Cecily alguna vez la buscara —o cualquier otra persona de las que había conocido—, no la encontraría jamás.

—¿Te imaginas que el marqués de Wycliffe formalizara el cortejo contigo? —preguntó Cecily de repente, cortando de golpe el devenir de sus pensamientos.

Y aquella pregunta, inocente del todo, agravó la desazón que había empezado a invadirla.

Si eso ocurría… habría un momento inevitable e ineludible, en el que su *prometido* tendría que conocer a su familia. A los Ashby de Shropshire con su propiedad vendida y su historia de honor y deuda.

Y entonces… no habría nada que mostrar.

Porque ella era una Hoper, no una Ashby.

¿Y si Callum lo supiera?

Ese pensamiento fue diferente, porque no guardaba la frialdad calculada del anterior, sino que tenía algo más parecido al dolor.

¿Qué pasaría si Callum supiera que ella era solo Margaret Hoper, hija de una simple modista? Alguien que disfrutaba cocinando pastas de canela y que echaba de menos Gracechurch Street más de lo que había previsto.

¿Qué haría? ¿Qué pensaría de ella?

Lo cierto era que no lo sabía. Y esa falta de certeza era casi más aterradora que cualquier respuesta concreta.

—Margaret, ¿estás bien? Llevo un rato hablándote y no me estás haciendo ni caso.

La voz de Cecily consiguió sacarla de la espiral negativa donde la estaba llevando sus pensamientos.

La joven levantó la vista.

—Sí —dijo mostrando una leve sonrisa—. Perdona. Me he distraído un momento.

—¿Un momento? Llevas un rato muy callada.

—Es que… estaba pensando.

—¿En algo que me vas a contar?

Margaret la miró a los ojos y sintió que algo se rompía en su interior.

—No puedo —reconoció.

Cecily asintió, respetando aquello que fuera que ocultaba su amiga.

—De acuerdo. Pero sabes que, si necesitas algo, puedes contar conmigo.

Cuando llegó la hora de irse, Margaret acompañó a Cecily hasta la puerta. Agnes ya la esperaba en la entrada con el chal, que le entregó a la joven para que se lo pusiera antes de salir a la calle.

—La semana que viene hay una velada en casa de los Cavendish y mi madre ya ha confirmado nuestra asistencia. ¿Tú estarás?

—Supongo que sí —respondió Margaret—, aunque es lady Constance quien decide a dónde vamos.

—Entonces, espero verte allí... —Cecily la miró un momento, antes de salir—. Margaret.

—¿Qué?

—Lo que sea que estabas pensando antes cuando te quedaste callada. No sé qué era y no voy a preguntarlo. Pero quiero que sepas que...

—Espera... —la interrumpió—. Sé que te he dicho que no podía contarte nada, pero yo... necesito sacar esto que llevo dentro. Ya no aguanto más y tú eres la única amiga que tengo.

—No hace falta...

—No, no me interrumpas porque, si lo haces, puede que me eche atrás. —Suspiró audiblemente para infundirse fuerzas—. Mi apellido no es Ashby, sino Hoper. Mi madre es modista en Gracechurch Street, en la City. Su taller está en los bajos de mi casa y yo me he criado entre telas, hilos y encajes. Quería que al menos tú lo supieras, porque sé que en ti puedo confiar. Y cuando me

toque volver a mi casa, quiero que sepas dónde me puedes encontrar si algún día quieres venir a verme.

Cecily la miró y le dedicó una sonrisa sincera.

—Tu secreto está a salvo conmigo, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —afirmó, devolviéndole la sonrisa.

Cecily asintió. Luego le apretó la mano brevemente y salió con Agnes a la tarde gris de Belgrave Square.

Cuando se quedó de nuevo sola, Margaret regresó a la salita y se sentó en el sillón junto a la ventana. Fijó la vista en el pequeño jardín que desde allí se divisaba, sin dejar de pensar en las conclusiones a las que había llegado aquella tarde. Si alguna vez imaginó que la farsa podía tener visos de continuidad, ahora se daba cuenta de que aquella idea no era más que una utopía.

Dorian vivía en su mundo ideal y no iba a renunciar a su posición por cortejar a una chica que no era de su mundo. Y en cuanto a Callum...

Por las preguntas que le hacía cuando se encontraban, era más que probable que sospechara algo de su historia. Y si no, ¿a qué venía preguntarle tanto por Shropshire? Seguramente no le había dicho nada por consideración, pero estaba más que convencida de que no había logrado engañarlo como a todos los demás.

Lo cierto es que llevaba semanas viviendo en una mentira que tenía fecha de caducidad y que esta se acercaba de manera inexorable.

Era consciente de que la mentira que había levantado no tenía salida. Al menos no una en la que nadie saliera herido. Tarde o temprano, todo volvería a su sitio; solo era cuestión de tiempo.

Encendió una vela y cogió un papel de su escritorio, con la intención de escribirle a su madre. No con las palabras típicas que le mandaba cada semana para decirle simplemente que estaba bien, o que los vestidos que habían seguido llegando eran maravillosos.

En esta ocasión se trataba de una epístola más personal. Más sincera.

Querida madre:

Hoy mi amiga Cecily me ha preguntado por ti. O, mejor dicho, por la madre que inventamos y me ha comentado que le gustaría conocerte algún día.

Y aunque en un primer momento dudé, al final he terminado por revelarle la verdad. Seguramente padre no esté de acuerdo con mi decisión, pero hay momentos en que me cuesta sostener la mentira en la que vivo. ¿Por qué no puedo decir que mi madre está en Gracechurch Street y que cose los vestidos más hermosos de Mayfair? Usted y mi padre son las personas más honestas que conozco, y siento que a veces me convierto en alguien que no soy yo.

Ahora creo saber lo que padre quería que entendiera cuando organizó todo esto.

Dejó la pluma y se echó hacia atrás en su asiento. Leyó lo que había escrito y, tras repasarlo, dobló el papel y lo guardó en el cajón de la mesita.

Tenía claro que no mandaría aquella carta a su madre. No quería preocuparla ni hacerle partícipe de sus angustias. Pero al menos al plasmarlo en papel, había conseguido un cierto desahogo.

Solo había otra cosa que podía ayudarla a apartar aquellos demonios que en aquel instante la acompañaban. Así que, sin dudarlo siquiera, encendió otra vela más y se puso a coser.

CAPÍTULO 14

Un par de días después, Dorian Wycliffe se presentó en la casa de Belgrave Square sin avisar, con un ramo de flores en las manos.

Como Constance estaba en casa, Margaret pudo recibirlo; sola, no hubiera sido correcto. Cuando la viuda supo de su visita, dio instrucciones para que fuera conducido a la elegante salita azul, y no a la que Margaret solía usar a diario. Al fin y al cabo, las apariencias importaban más que nada y un marqués no merecía menos.

—Señorita Ashby —se dirigió a ella al verla aparecer con una inclinación de lo más formal—. Le he traído este presente, esperando que sea de su agrado.

El marqués le entregó las flores y Margaret le dedicó una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Es usted muy amable, lord Wycliffe. Debo admitir que me ha sorprendido su visita.

—Esa era la intención —replicó Dorian, con una sonrisa—. ¿Acaso las visitas inesperadas no son más interesantes? Siempre tienen su punto de sorpresa.

—¿Le apetece sentarse?

—Sería un placer.

Margaret asintió y le indicó uno de los sillones, mientras le pasaba a Bridget el ramo para que lo colocara en un jarrón.

Constance, sentada en el asiento junto a la chimenea con su labor, no dijo nada. Pero por su expresión, se notaba que aprobaba lo que estaba sucediendo en aquella estancia.

Al cabo de un instante, Bridget trajo té sin que nadie lo pidiera.

Dorian era, sin duda, un hombre extremadamente guapo. Y cuando quería, también encantador, aunque se preguntó en silencio si aquel encanto era realmente genuino o, como las clases de baile, resultaba ensayado.

Aunque el marqués se encargó de acaparar la mayor parte de la conversación hablando de cuestiones como el baile de los Cavendish de la semana siguiente o del viaje que estaba considerando hacer en primavera, Margaret tuvo la sensación de ser el centro de su atención en todo momento.

—¿Ha pensado en lo que hará cuando termine la temporada? —le preguntó Dorian en un momento determinado.

Margaret lo miró.

—Supongo que volver... al campo.

—¿A Shropshire?

—En efecto —confirmó manteniendo la calma.

—Vaya, pues es una lástima —comentó Dorian de una forma que a Margaret le pareció sincera.

—¿Por qué?

La mirada que le dirigió entonces fue intensa y muy directa.

—Porque Londres es más interesante cuando usted está.

Hace unas semanas, esa frase le habría arrancado un rubor inmediato. Sin embargo, ahora la recibió con una sonrisa educada y poco más. No tenía sentido pensar en un futuro que nunca se haría realidad.

Cuando Dorian se marchó, Constance esperó a que el ruido del carruaje se alejara antes de hablar.

—Debes estar muy feliz, ¿no es cierto? —dio por sentado, dirigiéndose a la joven.

—¿Por qué habría de estarlo?

—¿Qué pregunta es esa, Margaret? Te ha visitado un marqués sin previo aviso. Y te ha traído unas flores preciosas. —Constance

recogió la labor en la que había estado trabajando y se volvió hacia ella—. Eso tiene un significado muy deliberado en este mundo.

—Lo sé —afirmó.

—¿Y eso es todo? —inquirió, extrañada.

Margaret miró la taza vacía sobre la mesita.

—Lord Wycliffe es un caballero encantador... —empezó a decir.

—En efecto, lo es. Así que no entiendo que no te muestres dichosa por la suerte que tienes. ¿Acaso hay un pero?

—No, claro que no. —Pero había algo en su forma de decirlo que evidenciaba que aquello no le hacía especial ilusión.

—En efecto, no lo hay. Así que, si eres inteligente, deberías aprovechar la situación, porque dudo mucho que se te vuelva a presentar otra igual.

Por la tarde, Constance tenía compromisos propios que debía atender, así que Margaret decidió salir a caminar un rato acompañada de Bridget. Necesitaba moverse, que le diera el aire y escapar durante un rato de aquel ambiente suntuoso pero cerrado que era la casa de Belgrave Square.

Al pasar por una tienda de libros de segunda mano en una calle lateral de Marylebone, una voz desde el interior pronunció su nombre, haciendo que se detuviera.

—Señorita Ashby, qué sorpresa encontrarla por aquí.

Callum no llevaba en esta ocasión ni el abrigo formal con el que lo había visto en el parque, ni mucho menos, el frac de los salones. Llevaba una ropa mucho más sencilla, que lo hacía parecer más cercano.

—Lo mismo podría decir yo, lord Vane —contestó Margaret—. No sabía que frecuentara librerías de este tipo.

—Sí, bueno. A veces en este tipo de establecimiento se encuentran auténticas joyas literarias.

—Entiendo lo que dice. No hay que despreciar el contenido de un comercio solo por el aspecto exterior, o por la ubicación en que se encuentre.

—Estoy completamente de acuerdo con usted. ¿Puedo preguntarle si se dirige a algún sitio o solo paseaba por aquí?

—Lo cierto es que caminaba sin rumbo —admitió—. Solo me apetecía tomar un poco de aire fresco.

Callum la miró con intención.

—En tal caso, ¿me permite que la acompañe un rato?

—Será un placer.

Se pusieron a caminar en la misma dirección, uno al lado del otro, con Bridget a la distancia adecuada.

A Margaret le resultó una sensación agradable.

En aquellos instantes no había salón de baile, ni protocolo, ni la presión de actuar de una determinada manera a sabiendas de que todo el mundo está pendiente de lo que uno hace. Solo eran dos personas que se habían encontrado de manera casual andando por una calle cualquiera.

Margaret le preguntó si había encontrado algún libro que fuera de su interés.

—Estaba ojeando uno de geografía, justo cuando la vi pasar —dijo Callum.

—¿De algún sitio en concreto?

—Del Mediterráneo oriental. Hay una región entre Grecia y Turquía que tiene una costa que... —se detuvo buscando las palabras adecuadas—, es difícil de describir. Hay que ver esos lugares en persona para ser realmente consciente de lo que transmiten.

Margaret lo miró.

—¿Quiere volver allí entonces?

—A veces, sí. Pero soy consciente de que tengo responsabilidades que atender y que no siempre puedo alejarme

cuando deseo.

—Es curioso, porque lady Merrow dice de usted que siempre hace lo que quiere y que es un hombre imprevisible... —Cuando se dio cuenta de lo que acababa de decir, se llevó la mano a la boca—. Oh, disculpe, no quería ofenderle.

Callum rio y aquella risa provocó un cosquilleo extraño en el estómago de la joven.

—¿Y quién ha dicho que me ofende? Al contrario, me gustaría pensar que usted ha tenido el interés de preguntar por mí a lady Constance en alguna ocasión. Lejos de ser un agravio, me resulta un elogio.

Las mejillas de Margaret se tiñeron de un ligero rubor.

Consciente de su incomodidad, Callum se detuvo frente a una tienda pequeña en cuyo escaparate había conservas, especias y tarros de cerámica con etiquetas escritas a mano. Un establecimiento de esos que no existen en barrios como Mayfair.

—¿Me disculpa un momento, por favor? —pidió Callum.

Entró en el comercio mientras Margaret esperaba en la acera con Bridget a su lado. Al cabo de un par de minutos, Callum salió con un paquete pequeño envuelto en papel marrón.

—¿Qué es? —preguntó Margaret con curiosidad.

—Canela —respondió—. De la buena. Hay un hombre que la importa directamente y que tiene el mejor género de Londres. Me lo recomendó alguien hace tiempo y desde entonces no compro otra.

Margaret lo miró.

Era imposible que él supiera nada de las pastas que hacía su madre, o incluso ella misma, pero el destino a veces juega unas cartas muy curiosas.

—¿Le gusta la canela? —preguntó Callum, mirándola con atención.

—Mucho. Me recuerda a mi hogar.

Él la miró un momento. Luego asintió, y le entregó el recipiente envuelto.

—Entonces, este es para usted. Para que mantenga el buen recuerdo de Shropshire, aunque se encuentre en la distancia.

Cuando se despidieron un poco más adelante, Margaret lo siguió con la vista antes de emprender el camino de vuelta a Belgrave Square.

Era curioso cómo se había desarrollado aquel día sin esperarlo siquiera. Por la mañana, había estado con Dorian que, gentil como se presupone en alguien como él, le había llevado un hermoso ramo de flores.

Y por la tarde, era Callum quien le había hecho un presente muy diferente, pero que para ella estaba más cargado de significado.

Lord Vane se había comportado como corresponde a dos conocidos que se cruzan por la calle y comenzaban una conversación cualquiera. No tenía la intención deliberada que sí había tenido la visita de Wycliffe, mucho más directa y con un propósito bien definido. Y, sin embargo, a Margaret aquel rato de charla inesperado le había resultado más gratificante que cualquiera de las frases que Dorian parecía llevar preparadas.

Esa era la diferencia. No que uno fuera mejor que el otro. Dorian no era un mal hombre, sino alguien que estaba acostumbrado a destacar. Mientras que con Callum no sentía que estuviera actuando para nadie.

El problema era que saberlo no cambiaba nada.

Porque ella seguía siendo una Hoper y no una Ashby.

Porque la mentira seguía sin tener salida limpia.

Porque estaba convencida de que Callum ya sospechaba algo y que si llegaba el día en que descubriera la verdad, sería también el día en que todo lo que había entre ellos —conversaciones, miradas, gestos de complicidad— se acabaría de inmediato.

Llegó a Belgrave Square cuando el cielo ya empezaba a oscurecer.

Cuando se cerró la puerta a su espalda, vio sobre la mesita del recibidor el jarrón con el ramo de flores que Dorian llevara por la mañana. Junto a él, había un sobre con la letra de su madre.

Lo cogió y lo guardó en el bolsillo sin abrirlo. Prefería dejarlo para un momento más íntimo donde, a solas, podía ser y sentirse como la verdadera Margaret Hoper.

CAPÍTULO 15

El baile de los Cavendish era el tipo de evento que Constance denominaba *de categoría media.* Es decir, lo suficientemente importante para asistir, pero no tanto como para que un posible error tuviera consecuencias irreparables.

Siguiendo esa escala, Margaret había deducido que la fiesta de los Harcastle había sido un ensayo. La de los Ellsworth, un examen. Y la de los Cavendish, era algo intermedio donde uno podía actuar sin tanta formalidad como en un evento principal, pero sin descuidar las formas.

Tal y como le había dicho días antes, Cecily estaba allí con su madre, lo cual ya mejoraba la velada de forma considerable. Su amiga llevaba un vestido color lavanda que le sentaba estupendamente. Era de una tela delicada, con un trabajo de encaje en el bajo que requería cierto cuidado al moverse entre la gente.

Cogidas del brazo, se dirigieron a la mesa donde estaban dispuestos los refrigerios con la intención de tomar algo, con tan mala fortuna que un caballero pisó el dobladillo del vestido, haciendo que la tela se rasgara de forma considerable.

—Oh, mis disculpas, señorita Farrow —se disculpó el hombre al darse cuenta del problema que acababa de causar.

A Cecily no le quedó más remedio que sonreír y restar importancia al incidente, aunque por dentro estuviera maldiciendo por su mala suerte.

—No se preocupe, lord Mestfold. No ha sido nada.

El caballero en cuestión, al oír sus palabras tranquilizadoras, hizo una reverencia y se alejó como si no hubiera ocurrido nada. Pero el gesto de Cecily distaba mucho de ser tranquilo.

—Dios mío, se ha rajado todo el encaje y parte de la tela inferior. No puedo quedarme con el vestido así —se lamentó la muchacha.

Margaret examinó el desaguisado causado.

En efecto, el bajo del vestido había cedido en un tramo de unos quince centímetros, suficiente para que la tela colgara visiblemente y para que cualquiera lo notara. Bailar o moverse con normalidad con aquel descosido era imposible sin correr el riesgo de pisarlo de nuevo y empeorar la situación.

—Tendré que buscar a mi madre para decirle que debemos irnos —afirmó con pesar.

—De eso nada —refutó su amiga.

Cecily la miró.

—Margaret, no puedo estar aquí con el vestido así.

—Y no lo vas a estar, te lo aseguro —replicó—. Vamos, acompáñame y ten cuidado de no engancharte con nada.

Cada casa tenía sus espacios de servicio y salitas auxiliares que no eran públicos, pero tampoco privados.

Recorrieron la casa de los Cavendish hasta encontrar una antesala al fondo del pasillo de la planta baja, separada del baile por dos puertas y a suficiente distancia para que el ruido de la música llegara amortiguado. Había un par de sillas, una mesita con objetos de tocador para los retoques de las señoras y dos lámparas de aceite que daban algo de luz.

—Esta sala servirá. Venga, entra —dijo Margaret, cerrando la puerta a su espalda.

Cecily miró el cuarto.

—¿Qué vamos a hacer aquí?

Margaret abrió el pequeño bolso que llevaba y sacó lo que había en su interior.

Aguja e hilo de un color que, si bien no era del todo correcto, era lo bastante discreto para que no se notara.

Cecily la miró.

—¿Llevas eso en el bolso?

—Siempre —dijo Margaret con naturalidad—. Ahora siéntate. O mejor, quédate quieta. Necesito ver el bajo.

—Margaret —dijo Cecily, con una voz que mezclaba asombro y un poco de desconfianza—. No tienes por qué...

—Sé lo que hago.

La joven se quedó quieta, tal y como le había indicado.

Margaret se arrodilló junto al bajo del vestido, evaluó el daño con los ojos y los dedos y empezó a trabajar.

Sus manos encontraron el ritmo en las primeras pasadas de aguja. Los puntos salían regulares, a la tensión correcta y con la distancia justa entre uno y otro.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto? —preguntó Cecily, en voz baja.

—Desde que tengo memoria —dijo Margaret, sin levantar la vista.

—¿Tu madre también te lo enseñó?

—Mi madre me enseñó todo lo que sé que vale la pena.

Cecily no dijo nada durante un momento.

—Ojalá la mía hubiera hecho lo mismo. Ahora mismo me siento como una inútil —dijo al fin.

Margaret levantó la vista brevemente y la reprendió con la mirada.

—Deja de decir eso que ya sabes cuánto me molesta.

Y, de nuevo, volvió al trabajo.

Solo le llevó poco más de diez minutos arreglar el descosido. Cuando terminó, se puso de pie y se retiró un poco hacia atrás.

—Muévete —dijo.

Cecily dio dos pasos. Miró hacia abajo antes de posar sus ojos de nuevo en ella.

—Está perfecto —afirmó, sorprendida.

—No, no lo está. Pero sí lo bastante pasable para que no se note y puedas terminar la noche. Mañana se lo das a tu doncella para que lo cosa como corresponde.

Cecily la miró durante un momento.

—Gracias —dijo con emoción.

Margaret le sonrió.

—Anda, vamos —respondió Margaret, guardando la aguja y el hilo—. Seguramente nos habremos perdido un baile.

Regresaron al salón de baile y la noche prosiguió como si nada hubiera ocurrido.

Cecily bailó. Margaret habló con personas a las que conocía de veladas anteriores y la noche en la residencia de los Cavendish siguió con sus asuntos habituales.

Sin embargo, un rato después, un comentario llegó a sus oídos de repente. Se trataba de una conversación captada en el aire entre dos personas que charlaban de manera distendida.

— ...han visto a la pupila de lady Constance en la antesala del fondo cosiendo el vestido de la señorita Farrow, con aguja e hilo y todo. Como una...

La voz bajó y Margaret no pudo oír el final de la frase.

No hacía falta.

Se quedó petrificada en el mismo lugar donde se encontraba. No se atrevió a girar la cabeza y pudo controlar su expresión para que el miedo no se percibiera en su rostro.

Buscó a Cecily con la vista y la encontró al otro lado de la sala, hablando con alguien, completamente ajena a lo que se estaba diciendo detrás de Margaret en ese momento.

A continuación, buscó a Constance.

Por la postura que mantenía, con una levísima rigidez en los hombros, supo que a ella también le había llegado el comentario.

Y si alguna duda le quedaba, su intuición quedó corroborada cuando lady Merrow se acercó.

—Te han visto en la antesala... —le explicó en voz muy baja, sin necesidad de aportar más detalle.

—Cecily tenía el vestido roto —dijo Margaret, en el mismo tono—. Se habría tenido que marchar.

—Ya. ¿Cuánto rato estuvisteis ahí?

—No sé. No más de quince minutos.

Constance no dijo nada durante un momento.

—Está bien. Trataremos de sortear esto como podamos —dijo al fin.

Y sin aportar nada más, se alejó con la misma calma con que había llegado, hacia otro grupo, hacia otra conversación.

Margaret se mantuvo donde estaba. Pero empezó a percibir miradas a su alrededor en las que se podía adivinar curiosidad, diversión, o sencillamente, el placer de tener algo novedoso de lo que hablar.

Y entonces vio a Constance desde el otro lado de un grupo de cinco o seis personas, mostrando una risa, discreta y perfectamente modulada, como si lo que hubiera contado resultara encantador, curioso o *refrescante*.

Entonces entendió lo que acababa de suceder.

Encontró a su amiga diez minutos después.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Cecily al verle la cara.

—No —dijo Margaret—. Todo bien.

Cecily la miró un momento más.

—Margaret...

—De verdad. No es nada.

La joven no insistió, pero se quedó a su lado durante el resto de la velada.

Cuando el baile estaba ya en su recta final y la gente empezaba a despedirse en oleadas, Dorian se les acercó.

—He oído que tuvo usted una pequeña aventura esta noche.

Margaret clavó sus ojos en él, recelosa.

—¿Una aventura?

—Lo de la antesala —dijo Dorian, mirando primero a Margaret y luego a Cecily. Se podía percibir con facilidad la diversión en sus ojos—. Así que le gusta jugar con la aguja y el hilo. —Sonrió—. ¡Qué ingenioso!

Cecily, ajena hasta entonces a lo que había sucedido, se quedó de piedra.

—La señorita Farrow habría tenido que marcharse —se excusó Margaret, con una calma que le costó bastante mantener.

—Por supuesto —dijo Dorian—. Muy leal de su parte.

Leal. Como si hubiera hecho algo pintoresco que podía pasar como una simple anécdota.

—Sí —se limitó a contestar.

Dorian siguió sonriendo. Luego se excusó con esa elegancia suya de siempre y se alejó hacia otro grupo.

—Pero, ¿cómo ha sabido...? —empezó a decir Cecily.

—Déjalo estar y no preguntes, por favor.

Por fortuna, Callum no había acudido al baile aquella noche. Le daba miedo pensar qué opinión se hubiera forjado sobre ella y su forma de actuar.

CAPÍTULO 16

Las visitas de Cecily a la casa de Belgrave Square se habían convertido en algo habitual. Con cada día que pasaba, la amistad entre ella y Margaret iba en aumento, y los encuentros en el saloncito privado formaban parte de una rutina que, si bien no era diaria, sí se sucedía con cada vez más frecuencia. Ambas se sentían cómodas en aquel pequeño espacio en el que podían ser y comportarse como querían, sin los ojos supervisores de nadie que vigilara cada uno de sus pasos.

—Ha llegado a mis oídos una información de lo más interesante —le dijo Cecily con entusiasmo.

—¿Sobre qué o sobre quién?

La mirada de la muchacha adquirió un matiz travieso.

—Sobre alguien que creo que te importa lo suficiente para ponerte nerviosa cada vez que te lo encuentras.

—¡Cecily!

—Es verdad...

—No sé de quien me hablas —comentó, pero con la boca pequeña.

—¿Y qué me dices de lord Vane?

Margaret no pudo evitar que un súbito calor la invadieron.

—¿Ves? Te has puesto colorada.

—Eso no es cierto. —Se llevó las manos a la cara y pudo sentir el calor que se desprendía de ella.

—Pero si no tiene nada de malo. Callum Vane es un hombre de lo más interesante. Sé que lady Constance te diría que el marqués de Wycliffe es un mejor partido, pero el barón... no sé.

Tiene algo. Además, si es cierto lo que he oído decir, seguro que todavía te acabará gustando más.

—¿De qué se trata?

—Te interesa entonces, ¿no?

—¡Cecily!

—Vale, está bien. Se trata de una información de la que no se suele hablar en los salones, porque se consideraría... —buscó la palabra adecuada— excéntrico. Y más, viniendo de un hombre.

—¿Por qué? —Su curiosidad iba creciendo por momentos.

—Resulta que lord Vane patrocina una institución en Southwark. Por lo visto, según me han contado, hace años que lo hace, desde antes de que volviera de sus viajes. Se trata de una especie de escuela y refugio para familias de los barrios trabajadores, donde se atiende a niños que aprenden a leer, madres que reciben asistencia y jóvenes que aprenden un oficio.

Margaret reflexionó un momento sobre aquella información.

—No entiendo por qué resultaría tan *excéntrico*, como dices. ¿Acaso la alta sociedad no suele colaborar en obras de caridad? Tengo entendido que son actos que se *venden* muy bien frente a terceros.

—Cierto, pero no es habitual que sea un hombre quien se implique en dichos actos. Y mucho menos, que lo haga de manera directa. Parece ser que no lo hace a través de ningún intermediario, sino que él mismo va con cierta regularidad a supervisar cómo va todo.

Margaret la miró.

—¿Cómo te has enterado de todo esto?

—Mi padre conoce a alguien que a su vez conoce al administrador de las propiedades de Vane —comentó Cecily restándole importancia al origen del chisme—, y los oí hablar de ello cuando pasaba por delante de la puerta del despacho. Así que, tratándose de quién era, me detuve un momento a escuchar. Lo que me parece notable es que no le guste proclamarlo a los cuatro

vientos, como haría cualquier otro. No hay ninguna placa con su nombre en la puerta. Nadie en los salones lo sabe, o si están al corriente, no lo comentan porque supongo que no tienen ni idea de cómo tomárselo.

En ese momento regresó a ella el recuerdo de Callum comprando canela en una pequeña tienda de Marylebone. Era un hombre que conocía las reglas del mundo en que vivía, pero que había decidido cuáles seguía y cuáles no.

—¿Dónde está? —preguntó de repente.

—¿El qué?

—¿Qué va a ser? La institución esa de la que has hablado.

—Ah... En Southwark. Cerca de Borough Market, según creo. —La estudió durante un instante—. ¿Acaso estás pensando en ir?

Margaret se encogió de hombros.

—Estoy pensando que sería interesante visitarla. Solo eso.

—Ajá.

—Con un propósito filantrópico, por supuesto.

—Claro, por supuesto...

—¿Me acompañarías?

Cecily sonrió.

—¿Cuándo vamos?

Lo organizaron con la discreción que la situación requería, para no tener que comentárselo a Constance hasta que fuera inevitable.

Por supuesto, ambas irían acompañadas por sus respectivas doncellas, como mandaba el decoro, pero no sin que antes Margaret informara a su anfitriona —que no era lo mismo que pedirle permiso.

—Quería comentarle que Cecily y yo tenemos intención de visitar hoy una institución de beneficencia en Southwark —le informó durante el desayuno, un par de días después.

Constance, que estaba a punto de tomar un sorbo de su té, detuvo el movimiento y la miró extrañada.

—¿Southwark?

—Sí. Por lo que me han contado, se trata de una causa interesante. Y tengo entendido que una joven de buena posición que muestra interés en obras filantrópicas causa buena impresión, ¿no es así?

Era verdad. Era exactamente el tipo de actividad que las guías de conducta social recomendaban a las jóvenes como muestra de carácter elevado y sensibilidad cristiana. Visitar instituciones de beneficencia era perfectamente aceptable, siempre que fuera con la acompañante correcta, en carruaje, y sin prolongarse demasiado.

—Está bien. Pero que no sea por más de dos horas —accedió Constance.

—Por supuesto —dijo Margaret.

La zona de Southwark era diferente a lo que había conocido hasta entonces: calles estrechas, casas muy juntas, y multitud de mercados y talleres que hacían su trabajo sin preocuparse de si el Támesis olía bien o mal, según el día.

Margaret lo miraba todo desde la ventanilla del carruaje con verdadera atención.

—¿Es la primera vez al sur del río? —preguntó Cecily a su lado.

—Sí.

—Para mí también. Mi madre se habría desmayado si llega a enterarse adónde vamos.

—¿No se lo has dicho? Yo sí que se lo he comentado a lady Merrow y le ha parecido bien la idea.

—Yo no he querido arriesgarme. Mi madre es muy particular para algunas cosas, así que espero que Constance no se lo diga.

El carruaje se detuvo frente a un edificio de ladrillo en una calle lateral cerca del mercado. No tenía placa en la puerta que, a aquellas horas, se encontraba abierta de par en par. De su interior

salía el sonido inconfundible de una multitud de gente reunida en un espacio relativamente pequeño.

Bajaron y se prepararon para afrontar lo que había más allá de la entrada.

La institución resultó ser más grande por dentro de lo que parecía desde fuera.

Había una sala principal donde varios grupos de niños de distintas edades trabajaban con maestros. Algunos aprendían a leer, otros hacían cuentas con pizarrines, y había quienes simplemente escuchaban sin más. Al fondo, una puerta abierta daba a otro espacio donde se oía el ruido de herramientas y donde jóvenes de quince o dieciséis años trabajaban la madera bajo la supervisión de un hombre mayor.

Una mujer de unos cuarenta años se acercó a recibirlas.

—Señoritas —dijo con cortesía, pero sin el exceso de protocolo de los salones—. ¿Puedo ayudarlas en algo?

—Buenos días. Hemos venido a conocer la institución —dijo Margaret—. Hemos oído hablar de ella y nos ha parecido una causa admirable.

La mujer las miró un momento y le sonrió con amabilidad.

—Bienvenidas sean pues. Soy la señora Collins, encargada de la administración diaria. Si lo desean, puedo enseñarles lo que aquí hacemos. Y si tienen preguntas, con mucho gusto trataré de atenderlas.

Empezaron a recorrer el espacio.

Margaret lo observaba todo fascinada. Los niños aprendiendo a leer, las madres que cosían, o las que aprendían un oficio para tratar de tener un futuro mejor. Los maestros hablando con sus alumnos con paciencia, con respeto, y sin esa condescendencia que a veces muestran algunas personas que ayudan a otras por puro interés personal.

Pensó en su madre. En el taller de Gracechurch Street. En los años que había pasado como aprendiza, y en el valor incalculable de todo lo que Eleanor le había enseñado.

Había algo en aquel lugar que le pareció más honesto que cualquier salón que hubiera pisado en las últimas semanas.

—Margaret —la llamó Cecily, tocándole el brazo.

Esta siguió la mirada de su amiga.

Callum estaba al fondo de la sala principal, hablando con uno de los maestros. Llevaba ropa sencilla, casi de trabajo. Mientras conversaban, un niño de unos ocho años se le acercó a tirarle de la manga. Él se detuvo a mitad de frase, bajó la vista hacia el crío y lo escuchó con atención. Sea lo que fuese lo que le dijese, el barón respondió, le revolvió el pelo con la mano, y el chiquillo se alejó de allí con la satisfacción dibujada en la cara.

Todo esto duró quizás treinta segundos. Pero fue suficiente para darse cuenta de que, mientras ese niño podía acercarse a Callum simplemente siendo quien era, ella no había podido hacerlo ni una sola vez sin llevar puesta la armadura de Margaret Ashby. Aunque le resultara ridículo, sintió una envidia silenciosa hacia un niño capaz de mantener con Callum una relación más sincera que la suya.

Él volvió a la conversación con el maestro como si no hubiera habido interrupción.

Fue la señora Collins quien lo llamó, sacándola de la observación discreta a la que había sometido al barón.

—Lord Vane —dijo, acercándose—. Tenemos visita.

Callum se volvió y fue entonces cuando vio a Margaret.

Hubo un momento en que su expresión fue completamente genuina. Sin el filtro de los salones, ni la ironía habitual que mostraba cuando estaba entre sus iguales. Solo la confusión de encontrar a alguien donde no se lo esperaba.

—Señorita Ashby, señorita Farrow —dijo, cruzando la sala hacia ellas—. Qué sorpresa más inesperada, pero no por ello menos

grata.

—Hemos venido a conocer la institución —expuso Margaret—. Nos había llegado información sobre ella y queríamos verla de primera mano por si podíamos colaborar de algún modo. No sabíamos que usted estaría aquí.

En parte, aquello era cierto.

—¿Y bien? —les preguntó—. ¿Qué le parece?

—Me parece —Margaret abrió los ojos de manera muy expresiva— extraordinario. Y muy verdadero.

—¿Verdadero?

—Sí, porque hay quienes apoyan causas con su nombre y su dinero desde la distancia. Pero usted, en cambio, está aquí y eso lo hace diferente. Cualquier otra persona hubiera puesto una placa con su nombre en la puerta a cambio de una donación generosa y ni siquiera se hubiera molestado en poner un pie en el centro. Pero es evidente que ese no es su caso.

Callum la miró un momento.

—Bueno, yo lo prefiero así, y obviamente lo de la placa en la puerta, me parece una pérdida de tiempo y recursos innecesaria.

—Ya lo he notado —dijo Margaret, porque esa forma de actuar encajaba mucho con el Callum que poco a poco había empezado a conocer de verdad.

Estuvieron en la sede casi una hora.

La señora Collins les explicó cómo funcionaba la institución, desde su forma de financiarse, de dónde venían los niños o qué ocurría con los jóvenes que terminaban el aprendizaje de un oficio.

Callum las acompañó durante parte del recorrido, respondiendo algunas de las preguntas que le formulaban las dos jóvenes.

Margaret lo observó hablando con un joven aprendiz que tenía un problema con la pieza de madera en la que estaba trabajando. También cuando se detuvo a saludar a una mujer mayor

que estaba cosiendo en la sala del fondo. Y, sobre todo, lo observó con los niños y la facilidad que parecía mostrar para entenderse con ellos.

Cecily caminaba a su lado sin decir nada.

Pero en un momento en que Callum se alejó a hablar con la señora Collins sobre un asunto administrativo, Cecily se inclinó hacia Margaret y dijo, en voz muy baja:

—Ahora entiendo que te guste.

Se despidieron en la puerta.

La señora Collins les agradeció la visita mientras Callum las acompañó hasta el carruaje. Mientras Cecily y Agnes subían, se quedó un momento con Margaret junto a la puerta del vehículo.

—¿Volverá? —preguntó.

—Si me lo permiten, sí. Que no le quepa duda —aseveró con resolución.

—Siempre será usted bienvenida. La señora Collins apreciará la ayuda si alguna vez deciden ofrecerla. En lugares como estos, siempre faltan manos.

Aquella frase le arrancó una sonrisa a la joven, porque entendía a la perfección su significado.

—Lo tendré en cuenta, se lo aseguro.

Subió al carruaje y la puerta se cerró. Mientras el vehículo empezaba a moverse por las calles de Southwark, Margaret miró por la ventanilla el edificio de ladrillo hasta que dobló la esquina y desapareció de su vista.

Cecily no dijo nada durante el primer tramo del trayecto, pero al cabo de un rato no pudo contenerse.

—Es muy diferente a como se muestra en los salones, ¿verdad? Allí parece alguien que está en un sitio que tolera, pero en el que no termina de estar cómodo. Mientras que aquí...

—Aquí encaja perfectamente —terminó Margaret la frase.

—Exacto.

Siguieron en silencio durante un rato.

—Me alegra que hayamos venido —le dijo Cecily cuando se aproximaban a su casa.

—Sí, a mí también.

Y aunque Margaret no dijera el motivo de su conformidad, Cecily ya lo sabía.

CAPÍTULO 17

La noche siguiente tenían previsto asistir a la velada de los Brockhurst. Sin embargo, durante la tarde había llovido bastante y el carruaje que debía llevarlas no llegó a la hora acordada. Cuando la demora se alargó durante más de treinta minutos, lady Constance supo que la salida que habían programado estaba a punto de ser historia.

En efecto, a eso de las siete y media, Bridget informó a su señora de que acababan de recibir un recado del cochero: a causa de un problema en el eje de una rueda, le resultaba imposible acudir a recogerlas, por lo que le pedía disculpas sinceras. Inmediatamente, Constance mandó sus propias excusas a los Brockhurst para no quedar mal con aquella familia tan distinguida.

Así que no tuvieron más remedio que permanecer en Belgrave Square, sin nada que hacer más allá de ver la lluvia a través de los cristales.

Margaret había bajado al salón principal con el vestido de velada todavía puesto. Cuando Constance, sentada en su sillón habitual con una copa de jerez, la vio aparecer, le indicó que entrara y le hiciera compañía.

—Ven, Margaret. Siéntate un rato conmigo.

Permanecieron un rato en silencio.

—¿Leías mucho antes de la temporada? —preguntó Constance, de repente, buscando un tema de conversación cualquiera.

Margaret la miró.

—Sí, bastante.

—¿Qué tipo de lecturas?

La joven se encogió de hombros.

—De todo. Novelas, principalmente. También algo de historia o de floricultura. Mi padre tiene una biblioteca pequeña pero bien surtida.

Constance asintió, y levantó la vista para fijarla en un punto indeterminado.

—William, mi difunto esposo, no leía —dijo con una naturalidad extraña en ella, como si los recuerdos le hubieran hecho bajar la guardia—. Decía que los libros eran para la gente que no tenía suficiente vida real que atender. Él se consideraba más como un hombre de acción...

—¿Lo amaba mucho? —le preguntó Margaret sin poder contenerse, aun a sabiendas de que se trataba de un asunto muy íntimo y de que la viuda no solía hablarle de temas que resultaran demasiado personales.

—William era un caballero absolutamente encantador. El tipo de hombre que hacía que todo el mundo se sintiera especial. Las cenas, los eventos, las conversaciones... Tenía ese don especial. —Se detuvo un momento, bajó la mirada hacia su copa y dejó escapar un suspiro—. Lo que no tenía era criterio para el dinero, ni voluntad de admitir que no sabía cómo gestionarlo.

Margaret escuchaba con atención.

—Mi familia consideró que era un buen partido. Y en los términos en que se medían esas cosas, ciertamente lo era. Gozaba de título, posición y el encanto suficiente para abrir las puertas correctas.

—¿Y usted estuvo conforme con ese acuerdo? —preguntó Margaret, en voz baja.

Constance la miró.

—Yo tenía diecisiete años y había aprendido que las opiniones de las mujeres sobre sus propios matrimonios no eran especialmente

relevantes en la decisión final —admitió sin amargura—. Así que me casé.

Hubo un silencio.

—Entonces, ¿fue infeliz?

Era una pregunta directa. Quizás demasiado, pero Constance no pareció sorprendida.

—No. No exactamente. Fui... competente. Hice lo que se suponía que debía hacer. Administré la casa, mantuve las relaciones sociales, y me comporté como se esperaba de una mujer de mi posición. Sin embargo, William hizo lo que era habitual en él: gastar lo que no teníamos y convencer a todo el mundo, incluido él mismo, de que las cosas iban bien.

Margaret recordó a su padre diciéndole a Eleanor que ella volvería a casa si el sueño se tornaba en pesadilla. Tenía la certeza de contar con una red de seguridad que la sostendría si llegaba el caso.

Pero, ¿cuántas mujeres en ese mundo no habían tenido esa red bajo sus pies?

—Si hubiera podido decirle algo para que cambiara su forma de actuar, ¿qué hubiera sido? —preguntó Margaret, sin pensar si estaba presionando demasiado a alguien que, por primera vez, se mostraba vulnerable.

La viuda la miró durante un momento.

—Que tenía miedo —reconoció al fin—. Que había tenido miedo desde el principio. No de él, sino de lo que vendría si las cosas salían mal. Por desgracia, ahora entiendo que mi temor no era infundado.

Margaret miró su taza sin saber qué decir.

Entonces Constance dejó la copa, se incorporó levemente en el sillón, y su expresión volvió a ser la de siempre.

—Ya basta de hablar de esto —dijo, recuperando el tono neutro de su voz—. Es tarde y no sirve de nada recordar cosas que ya no se pueden cambiar.

El breve momento de intimidad que habían compartido había pasado, y Margaret se dio cuenta de ello.

Después la conversación fue derivando a temas más generales, y sobre todo más seguras, como el tiempo o los planes que tenían para la semana siguiente.

No obstante, Margaret se quedó con esa sensación de intimidad que le había resultado cómoda por primera vez desde que llegara a Belgrave Square.

Daban las diez en el reloj cuando la joven decidió subir a su cuarto. Se sentó en el borde de la cama sin encender la vela, rememorando a oscuras la conversación que había mantenido durante la última hora.

Nunca hubiera imaginado que debajo de la fachada perfecta de lady Constance hubiera una mujer vulnerable. Una mujer que tenía cuarenta y dos años y un matrimonio que le había brindado parte de lo que se esperaba de él: una posición, un nombre, una casa. Pero que también le había dejado unas marcas profundas que seguían presentes, aunque las llevara ocultas.

Nadie que la mirara adivinaría el sufrimiento interior que había mostrado durante aquella noche. Y quizás esa era la habilidad más perfecta que había desarrollado en ese mundo: convertir el dolor, o las preocupaciones, en algo invisible. Sonreír en el momento preciso, responder con las palabras adecuadas, y mantener siempre una fachada tan impecable que ni siquiera ella misma pudiera ya distinguir dónde terminaba la máscara y dónde empezaba la verdad.

Margaret se dio cuenta de que llevaba semanas aprendiendo justamente eso. Y no sabía si aquello la hacía sentir más cerca de Constance o más lejos de sí misma.

CAPÍTULO 18

Margaret volvió a Southwark una semana después. Esta vez fue sola —bueno, con Bridget—, porque Cecily tenía compromisos con su madre que no podía cancelar. Pero eso no fue impedimento para que siguiera adelante con sus planes. Callum le había dicho que allí siempre faltaban manos y desde entonces, no había dejado de pensar en aquellas palabras.

Para su sorpresa, Constance no había puesto objeciones. Solo le había dicho que debería estar de vuelta antes del almuerzo, y que no se olvidara de que por la tarde tenían visitas. Por supuesto, Margaret había dicho que sí a todo y había salido antes de que hubiera tiempo para más preguntas.

La señora Collins la recibió con la misma cortesía de la última vez.

—Señorita Ashby. Qué alegría verla de vuelta tan pronto.

—Le dije que lo haría —replicó Margaret.

—Ya, pero la gente dice muchas cosas, aunque luego... —dejó la frase sin terminar, aunque era fácil deducir lo que daba a entender. Por desgracia, la señora Collins estaba demasiado acostumbrada a promesas que nunca se cumplían—. Pase, por favor. Hoy tenemos bastante trabajo en la sala de costura, por si le interesa participar.

Margaret sonrió de inmediato. Claro que le interesaba.

La sala en cuestión era una habitación en la parte trasera del edificio donde un grupo de seis o siete mujeres de edades diversas trabajaba en distintas prendas bajo la supervisión de una mujer mayor, la señora Webb. Se encargaban de realizar arreglos de ropa que todavía podían resultar útiles, aunque su aspecto ajado no fuera

el mejor. Pero la norma que allí imperaba era que ninguna prenda se tiraba si todavía podía recomponerse.

Margaret se sentó a la mesa alargada junto a las demás y la señora Webb le puso por delante un par de pantalones infantiles con las rodillas deshechas. Sin dudar ni un instante, se lo puso sobre la falda para examinar por dónde afrontar el remiendo que había que hacerle.

La señora Webb la miró.

—¿Sabe usted coser ropa? —preguntó, con el tono de quien ha visto demasiadas señoritas de buena familia intentar ayudar con resultados muy dudosos.

—Sí —contestó Margaret con seguridad.

—Ajá.

Le acercó un pequeño costurero que estaba siendo usado por otra señora para que pudiera coger los utensilios que necesitara, y se quedó cerca para examinar con ojo crítico si realmente sabía desenvolverse como afirmaba. Cuando comprobó que aquella señorita se manejaba bien con la aguja, se limitó a asentir, y regresó a su propio trabajo.

Margaret se dedicó a coser durante más de una hora, sin levantar la vista de su trabajo. Departía con el resto de mujeres a su alrededor, riéndose y compartiendo algún comentario sobre lo que estaban haciendo, con una sensación de comodidad que no había sentido en ningún momento en los hermosos salones abarrotados de la alta sociedad. Cuando terminó de remendar el pantalón, le pasaron un vestido rajado en un lateral, y siguió cosiendo, sintiéndose útil y valorada de verdad tanto por lo que era, como por lo que hacía.

Aquello era solo trabajo. Como el que le había enseñado su madre.

No se dio cuenta siquiera del momento en que Callum asomó la cabeza por la puerta, a cierta distancia. La señora Collins le había informado de la llegada de la señorita Ashby, y no dudó ni un

segundo en acercarse a saludarla. Pero lo que él no esperaba era encontrarla de aquella manera. Riéndose, feliz, a gusto.

Se la veía tan natural que no pudo reprimir una sonrisa.

Alguna de las mujeres debió de hacerle algún comentario, porque en un momento dado giró la cabeza con rapidez en su dirección, hasta que sus miradas se encontraron.

Lo primero que observó Margaret fue que Callum llevaba la misma ropa sencilla de la primera visita, y aquello le agradó porque lo *convertía* en alguien más parecido a lo que era ella en realidad.

El barón cruzó el umbral y se le acercó.

—Señorita Ashby, me alegra mucho verla de nuevo por aquí.

—Es curioso. La señora Collins me dijo exactamente lo mismo. Es evidente que ninguno de los dos me creyó cuando afirmé que volvería.

Él se quedó de pie junto a la mesa, sin mostrar intención alguna de irse.

—¿Cómo le va con eso? —preguntó, señalando con la cabeza el trabajo que tenía entre las manos.

—Creo que bien, aunque la señora Webb viene a dar una vuelta de vez en cuando para comprobar que no he destrozado la prenda.

—Esa mujer lleva quince años en este lugar, y ha visto de todo. Se preocupa de que la ropa que aquí se arregla quede en las mejores condiciones posibles, porque sabe que quienes las van a usar las necesitan. De hecho, ella misma empezó como las mujeres que vienen ahora, así que valora mucho su trabajo.

Margaret levantó la vista.

—Entiendo.

—Se nota que usted tiene buena mano para la costura y que no es la primera vez que lo hace.

Margaret dejó la aguja sobre la tela un momento. Miró sus manos y recordó las instrucciones de lady Constance relativas a que

no debía mostrarlas en sociedad, porque podían delatar su *origen.*

—No, no lo es —reconoció.

—¿Aprendió en Shropshire?

Margaret tuvo la sensación de que aquella pregunta, aunque ligera, no era casual. Ya le había preguntado por su vida en el campo y siempre intuía que había una intención detrás. Clavó sus ojos en los de él, pero no encontró ninguna señal de burla o escarnio. Solo la curiosidad de alguien que de verdad quiere saber.

—Aprendí de mi madre.

Callum asintió.

Le hubiera gustado decirle que aquel era su oficio y que Eleanor Hoper era la mejor modista de todo Londres. Pero sabía que no podía, o no debía hacerlo.

Cogió la aguja y volvió al trabajo.

Callum se sentó en el borde de la mesa y durante un momento ninguno de los dos habló.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo él.

—Supongo que sí.

—¿Por qué ha vuelto?

Margaret consideró la pregunta.

—Porque usted me dijo que siempre faltaban manos.

—Cierto —asintió con la cabeza para reafirmar sus palabras—. Pero hay muchos otros lugares en Londres donde también faltan. ¿Por qué aquí?

Margaret lo miró de reojo, sin dejar de coser.

—Porque aquí el trabajo es honrado.

—Sí que lo es, y valoro que usted lo aprecie.

Callum se quedó en la sala durante la siguiente media hora, hablando con las señoras que seguían cosiendo prenda tras prenda, bromeando con él como si estuvieran acostumbradas a tratar con aquel barón tan particular que las trataba como a iguales.

Margaret siempre fue consciente de dónde estaba él en cada momento, y le gustaba observar cómo departía con el resto de compañeras, su naturalidad y sobre todo, su sencillez.

Poco tiempo después, Bridget apareció por la puerta, para advertirle que ya era hora de marcharse, si quería cumplir con la promesa que le había hecho a lady Constance. Margaret entregó la costura a la señora Webb y le agradeció el rato tan agradable que había pasado.

—No, señorita. Las gracias se las tengo que dar yo a usted. Tiene unas manos maravillosas para la costura, así que, si desea volver, no dude de que será más que bien recibida.

En ese momento, Callum cruzó la pequeña estancia para acercarse a ellas.

—¿Ya se marcha?

—Sí. Lady Constance me pidió expresamente que no me demorara y llevo casi dos horas fuera.

—Entiendo. Sería un placer volver a verla de nuevo por aquí. Ya sé que nos encontraremos en los salones de fiesta, pero aquí es como más...

Iba a decir íntimo, pero se contuvo a tiempo. Su intención no era incomodarla.

—Intentaré regresar tan pronto como me sea posible. Además, la señora Webb me ha dado su beneplácito para que lo haga —apostilló con humor.

—Si sirve de algo, el mío también lo tiene más que de sobra.

Bridget seguía esperándola en el pasillo, así que no podía demorarse más, aunque quisiera.

—Debo irme. Lord Vane…

—Señorita Ashby...

En el carruaje de vuelta, Margaret observó sus manos en el regazo.

Las manos que la señora Webb había mirado con ese asentimiento de quien reconoce un oficio. Las manos que Callum había *visto*, fingiendo que no se había dado cuenta de cómo eran en realidad. Las manos que Constance le había dicho que escondiera.

Aquel era su oficio y cada vez le gustaba menos tener que estar ocultándolo al mundo. Hasta entonces había vivido con el miedo constante de que alguien la viera de verdad. Pero Callum lo había hecho y no había pasado nada. El mundo no se había derrumbado. Y, por primera vez, empezaba a preguntarse si todo aquel cuidado, todo aquel disimulo, no habría sido en vano.

CAPÍTULO 19

Cuando llegó de Southwark, se encontró con un sobre en el recibidor de la entrada que llevaba su nombre. Era más grueso de lo normal, pero nada más verlo, pudo identificar la caligrafía cuidada de su padre.

Si por ella hubiera sido, se hubiera dirigido a su salita privada para poder abrirla y leer la carta que acababa de recibir. Pero sabía que Constance la estaba esperando para almorzar, así que se guardó la carta en el bolso para cuando tuviera un momento de privacidad.

En efecto, cuando entró en el comedor, Constance ya estaba sentada a la mesa, con la servilleta sobre el regazo y una expresión que evidenciaba que estaba disgustada por el breve retraso.

—Buenas tardes, lady Constance.

Margaret se sentó de inmediato, la viuda hizo una señal al criado que aguardaba junto a la puerta, y dio comienzo el servicio.

—¿Qué tal la visita? —preguntó, mientras Bridget servía la sopa.

—Muy bien. He pasado la mañana cosiendo en la sala que tienen habilitada para ello. Es un trabajo sencillo, pero útil.

—Me alegra que hayas disfrutado. —Constance tomó la cuchara—. Aunque debo decirte algo al respecto.

Margaret la miró.

—Está bien que una joven de buena posición muestre interés por las causas de caridad. Es algo que habla bien de su carácter y que, bien gestionado, puede resultar favorable de cara a la sociedad. —Hizo una pausa—. Pero tampoco conviene que se convierta en una costumbre demasiado frecuente.

—¿Por qué no?

Constance detuvo el movimiento de su mano y la miró a los ojos de una manera muy directa.

—Porque viniste aquí con un propósito. Y ese propósito no era ir a coser ropa vieja al sur del río. Si tu intención era integrarte en la alta sociedad londinense, no le encuentro ningún sentido que ahora dediques tu tiempo a relacionarte con personas de una clase social muy diferente a la que aspiras.

Ahora fue el turno de Margaret de dejar la cuchara sobre el plato con más cuidado del necesario.

—Con el debido respeto, señora, las personas que trabajan en esa institución no son menos dignas que cualquiera de los que frecuentan los salones a los que asistimos.

—No he dicho que lo sean —replicó Constance con esa frialdad que a veces solía mostrar—. He dicho que no es conveniente para ti. Que para eso, con todos mis respetos, te hubieras quedado en tu taller.

El silencio que siguió fue de los más tensos que Margaret recordara desde que llegó a Belgrave Square. ¿Dónde estaba la mujer que pocas noches antes le había hablado de su difunto marido y del miedo que había tenido cuando nadie le preguntó su opinión al casarla con diecisiete años? En aquel momento, había logrado ver a una mujer muy diferente a la que ahora tenía sentada frente a ella.

—Mi familia —dijo Margaret, midiendo cada palabra— no es pobre, señora. Mi padre es un hombre de negocios que ha construido su fortuna con su propio esfuerzo. No somos iguales a las familias que ayuda esa institución.

—No. Pero tampoco sois iguales a aquellas con las que espero que te relaciones esta temporada.

Margaret miró el plato un momento. Luego dejó la servilleta sobre la mesa.

—Si me disculpa, señora, me temo que no tengo hambre. Además me duele un poco la cabeza.

Constance la miró y arqueó una ceja.

—¿Quieres que llame al médico?

—No, gracias. Solo necesito descansar un rato.

Se levantó, hizo una pequeña reverencia y salió del comedor sin esperar respuesta.

Se dirigió a su salita y cerró la puerta con la rabia todavía intacta. ¿Cómo se atrevía aquella mujer a hablarle de semejante manera? Llevaban conviviendo semanas bajo el mismo techo, y la manera en que le había hablado era una absoluta falta de respeto.

Se vio obligada a respirar varias veces para templar sus nervios.

Se acordó de la carta de su padre que tenía guardada en el bolso, y pensó que leer las palabras de su familia conseguiría apaciguarla. Siempre lo hacía.

Sin embargo, cuando abrió el sobre, se encontró con que había no una, sino dos cartas en su interior. Las miró rápidamente y comprobó que una era de su padre y otra, de su madre.

Cogió primero la de su padre. Se sentó junto a la ventana y comenzó a leer:

Mi amada Margaret:

Espero que te encuentres bien, mi querida hija. Por aquí todo sigue igual, echándote de menos a diario y contando los días que faltan para volver a tener noticias tuyas.

Me he dado cuenta de que tus últimas cartas se están espaciando cada vez más en el tiempo, por lo que supongo que estarás aprovechando la temporada tal y como querías, ahora que parece que el final se está acercando.

He pensado mucho en ti estos días. Quizás sea por la falta que nos haces, pero me encantaría que nos contaras cómo estás viviendo esta experiencia. ¿Lo estás disfrutando realmente? Aparte de la joven Farrow, ¿has conseguido hacer más amigos que consideres de verdad? Apenas nos has hablado de tus pretendientes,

porque no me cabe duda de que los tienes. A veces me pone celoso que cambies el amor de tu padre por el de otro hombre, pero luego pienso que crecer forma parte de la vida, así que no prestes atención a los desvaríos de este pobre viejo.

En definitiva, solo hay una pregunta que me hago todos los días al levantarme, y que no tienes que responderla si no quieres: ¿eres feliz?

No me refiero a si las cosas van bien o si estás cumpliendo con lo que se espera. Me refiero a si eres feliz de verdad.

Tu padre.

Margaret leyó la carta dos veces y sintió como su corazón se estrujaba por dentro.

Si bien su padre siempre había sido un hombre que le había demostrado su amor y su respeto, aquellas palabras eran las más sentidas que le hubiera leído nunca.

¡Cómo le gustaría poder darle un abrazo en ese momento y decirle que tenía razón en... muchas cosas!

Pero eso sería preocuparlo y no deseaba algo así. Como bien había mencionado, el final de la temporada se estaba acercando y más pronto que tarde debería volver a casa. Porque no podría mantener su mentira indefinidamente.

Porque tampoco sabía si eso era lo que quería realmente.

«¿Eres feliz?», le había preguntado.

¿La felicidad consistía en lucir el vestido verde en el primer baile? ¿La conversación con Callum en el banco junto al estanque? ¿La sala de costura de Southwark con la señora Webb mirando sus manos? ¿La noche con Cecily en la despensa haciendo pastas de canela?

¿O era Gracechurch Street? ¿El olor del taller? ¿Los domingos en la cocina junto a su madre?

Sacudió la cabeza para apartar aquellos pensamientos.

Dejó la carta a un lado y tomó la de su madre.

Mi querida hija:

Tu padre me ha dicho que te va a escribir preguntándote si eres feliz. Ya sabes cómo es él: directo como un alfiler. Así que yo te escribo aparte para decirte lo que él no va a decir, que es que aquí te echamos de menos cada día, aunque los dos sepamos que no conviene que te lo diga porque entonces tú te preocupas y eso tampoco sirve de nada.

La señora Hargrove ha encargado un vestido nuevo, azul marino, para la boda de su hija en primavera. Me ha dado el doble de tiempo del que necesito, lo cual me hace sospechar que va a cambiar de opinión al menos tres veces. Ya la conoces.

He estado pensando mucho en ti últimamente. No con preocupación, o bueno, un poco sí. Porque imagino que debes estar haciendo algo importante y me frustra la idea de no estar a tu lado para verte brillar.

Lo que me pregunto —y esto no te lo digo para que te sientas culpable, sino porque creo que es importante que alguien te lo diga — es si estás siendo tú. No Margaret Ashby. Tú. Margaret Hoper. La que cose de noche cuando no puede dormir. La que defiende a las personas cuando consideras que es lo justo. La que aprendió a ver el valor de las cosas.

Tu padre dice que este viaje te va a enseñar algo que no podías aprender de otra manera. Y creo que tiene razón, porque casi siempre la tiene. Pero yo pienso también en lo que puede costar ese aprendizaje.

Cuídate mucho. Come bien. Y si en algún momento decides que ya es suficiente, vuelve a casa. No tendrás que explicar nada.

Con todo mi amor, tu madre.

P.D. He metido un poco de hilo de distintos colores, por si los necesitas.

Al terminar, Margaret dobló la carta, la metió en el sobre junto a la de su padre y apoyó la cabeza sobre el cristal de la ventana.

No lloró. Pero tenía una sensación de ahogo interior que no sabía cómo deshacerse de ella.

Lo cierto es que, durante muchos momentos de la temporada, ni siquiera se había planteado volver a casa. Pero aquello terminó cuando la realidad le puso los pies en el suelo.

Desde entonces, había tenido momentos de debilidad.

Momentos en los que quería volver.

Otros en los que, por el contrario, deseaba que no terminase nunca.

Porque cuando volviera a ser Margaret Hoper, la hija de la modista, ya no tendría ni a Cecily, ni a Callum.

Le daba igual que Dorian o lady Constance desapareciera de sus vidas, pero aquellos otros dos...

Estaba segura de que la madre de Cecily no la dejaría tener contacto con ella si averiguaba la verdad. Y en cuanto a lord Vane... sí, le había demostrado que era un aristócrata muy diferente al resto, pero había una serie de normas que un caballero de la alta sociedad debía cumplir. Y entre ellas, no estaba la de casarse con la hija de un comerciante sin título y sin familia de renombre.

Así que disfrutaría de ellos el tiempo que pudiera para guardar aquellos momentos como parte de su tesoro personal.

Pasó el resto de la mañana intentando escribir la respuesta.

No fue fácil, pero al final y tras varios borradores que acabaron en la papelera, lo consiguió.

Mi querido padre:

Me preguntas si soy feliz. Voy a intentar responderlo con la misma honestidad con que usted me lo pregunta.

No lo sé.

Hay momentos que sí. Hay cosas que he visto y aprendido que no habría podido experimentar de otra manera, tal y como usted aventuró. He descubierto que hay personas que valen la pena

conocer y otras que no. Da igual que aparenten tener una vida perfecta, porque si en su interior no hay valores, su posición social no los convierte en mejores personas. Me gustaría poder contarle muchas cosas, aunque no creo que por carta sea la manera apropiada. Quizás lo haga algún día, cuando volvamos a estar juntos.

Lo que sí sé es que usted tenía razón. No en todo, pero sí en muchos aspectos.

Con amor,

Margaret

La carta de su madre tenía un tono más íntimo.

Madre:

De nuevo, gracias por el hilo. El que me mandó con el último vestido lo había gastado y me vendrá bien tener un poco más para cuando me cueste dormir por las noches.

Quiero que esté tranquila. Me encuentro bien y no debe preocuparse por nada.

De lo que no estoy segura es de si sigo siendo yo, como me pregunta. Algunas partes de mí las reconozco todavía, pero hay otras que... no sé. Supongo que es lo que tiene vivir durante semanas entre dos mundos, aparentando ser quien no soy, pero sin querer perder todo cuanto he aprendido de ustedes.

Quería comentarle que he encontrado un lugar donde el trabajo es honrado y donde nadie pregunta de dónde vienes antes de ver lo que sabes hacer. Voy cuando puedo. Me hace bien y allí sí que soy feliz, porque me siento más cerca de mi verdadero yo.

Cuídese mucho usted también. Cada vez queda menos para poder vernos de nuevo.

Con todo mi amor, Margaret

Dobló las dos cartas, las metió en sus sobres, escribió las direcciones y las dejó sobre el escritorio para que Bridget las enviara.

Luego se quedó sentada un momento en la silla, con las manos en el regazo y la tarde avanzando al otro lado de la ventana.

CAPÍTULO 20

Margaret estaba leyendo en su salita, cuando recibió aviso por parte de Bridget de que la señora necesitaba hablar con ella urgentemente. Sin demora, fue a atender la petición de su anfitriona.

—¿Deseaba hablar conmigo, lady Constance?

Ella le hizo un gesto para que tomara asiento en uno de los sillones de la elegante sala azul.

—Un lacayo de la casa Wycliffe acaba de traer esto.

Le entregó un sobre y Margaret procedió a abrirlo con curiosidad. Dorian Wycliffe, marqués de Wycliffe, tenía el honor de invitar a lady Constance Merrow y a su pupila, la señorita Ashby, a pasar el fin de semana en Wycliffe Park, su propiedad en Kent, donde su madre y su hermana estarían encantadas de recibirlas.

—Como ves, el marqués sigue muy interesado en ti.

Margaret la miró.

—¿Significa eso que iremos?

—¿Qué pregunta es esa? Por supuesto que sí —dijo Constance, con un tono parecido a la ofensa—. Una invitación de este tipo no se rechaza.

La joven miró la carta sobre su regazo. Conocer a su familia... En aquel mundo, aquellas palabras tenían un significado muy específico.

—¿Cuándo? —preguntó Margaret.

—El próximo fin de semana. Saldremos el viernes por la mañana y volveremos el domingo.

Margaret asintió.

Sabía que esto era algo que podía ocurrir en algún momento, pero si bien antes hubiera recibido la noticia con gran satisfacción, ahora lo único que le generaba era una profunda angustia.

—Espero que actúes como se espera de ti... —le advirtió la viuda.

—No se preocupe. Estaré a la altura de las circunstancias.

Sin embargo, nada más terminar el almuerzo pidió permiso a lady Merrow para visitar a Cecily, con la excusa de contarle las recientes noticias. La viuda accedió, imaginando que su pupila debía estar nerviosa por tan importante invitación y que era lógico que quisiera compartirlo con su amiga.

En efecto, Margaret la puso al corriente de la situación nada más llegar. Cecily la escuchó sin interrumpir y supo entender, por la expresión de su amiga, que no estaba tan emocionada como lady Constance suponía.

—Así que os vais a Kent…

—Sí, a Wycliffe Park. Quiere que conozca a su familia, Cecy. ¿Qué voy a hacer?

Cecily asintió despacio.

—Margaret, que tú conozcas a su madre y a su hermana no es lo que me preocupa. Seguro que sabrás desenvolverte a la perfección y doy por seguro que te van a adorar en cuanto te conozcan. Lo que me inquieta es qué va a pasar cuando sean ellos los que quieran conocer a la tuya.

No lo dijo con crueldad, sino para constatar un problema real al que tendría que hacer frente en cuestión de no mucho tiempo. Resultaba evidente que el marqués quería avanzar en una posible relación con la joven, y eso supondría que en algún momento no muy lejano, ambas familias deberían conocerse.

Margaret la miró.

—Ya lo sé. ¿Crees que no soy consciente de eso? —preguntó, cada vez más agobiada.

—Y entonces, ¿qué harás?

—No... no lo sé. Supongo que solo me queda la opción de darle a entender a Dorian que me es indiferente. Pero, ¿quién se va a creer que una chica de campo como yo no está interesada en un marqués joven y bien parecido?

—Es más: mucho me temo que un posible rechazo de tu parte incentive un mayor interés de él hacia ti. Tengo entendido que Wycliffe es un hombre al que le gustan los retos, y si tú se lo pones difícil, en lugar de alejarse...

—...podría poner más empeño en conquistarme. Me podría convertir en un juego para él, como si fuera una presa a la que tuviera que atrapar.

—Exacto. —Cecily dejó su taza sobre la mesa—. Y entonces tendrás un marqués cada vez más insistente, una Constance que ve cómo su plan funciona mejor de lo previsto, y una situación que habrá ido tan lejos que ya no podrás pararla sin que todo salte por los aires.

Margaret se recostó en el sillón y cerró los ojos un momento.

—Y lo peor, es que no he hecho nada para alentarlo. O al menos no de manera intencional. Simplemente... he seguido siendo yo. Y resulta que eso le gusta.

—Sí. Ese es exactamente el problema. —Cecily guardó silencio un instante mientras pensaba en otra cuestión a tener en cuenta—. ¿Y lord Vane?

Margaret abrió los ojos.

—¿Qué pasa con él?

—Nada. —Cecily la miró—. Solo me pregunto si él sabe lo que está pasando. Si ve lo mismo que veo yo.

—Me temo que Callum ve muchas cosas —afirmó Margaret, mirando la ventana—. Más de las que dice.

—Sí. Eso me parece a mí también.

Wycliffe Park era exactamente lo que su nombre prometía: una propiedad grande cubierta de años de historia que parecía destinada

a impresionar a sus visitantes con solo observar su planta.

La casa principal era de piedra gris con ventanas altas que atrapaban la luz de Kent de una manera que Margaret no había visto en Londres, llenándolo todo de una claridad natural que los salones de Mayfair, con sus arañas y sus velas, nunca conseguirían de la misma manera. Los jardines estaban bien mantenidos y el aire olía a campo en otoño, a tierra húmeda y a algo verde que le recordó, de forma inesperada y un poco dolorosa, a los domingos en Gracechurch Street cuando su madre abría las ventanas del taller para que se ventilara.

Lady Wycliffe, la madre de Dorian, era una mujer de unos cincuenta años, algo entrada en carnes, pero de apariencia apacible. Recibió a las invitadas en la entrada de la mansión con una calidez que a Margaret le pareció genuina, apartada del estricto protocolo que se seguía en Londres.

—Señorita Ashby —dijo la dama, tomándole las manos—, ¡qué ganas tenía de conocerla en persona! Dorian nos ha hablado mucho de usted.

Margaret sonrió.

—Es usted muy amable, lady Wycliffe.

—En absoluto. Estamos encantadas de que hayan venido. —Y se notaba que lo decía con sinceridad, lo que provocó que a Margaret se le tensara el estómago.

La hermana de Dorian, de nombre Charlotte, era una joven dulce y risueña de dieciséis años, que guardaba mucha semejanza en cuanto al físico con su hermano. Aunque si bien en los ojos del marqués siempre había un toque de humor, en los de la chica se podía leer la curiosidad.

—Dorian nos ha informado que es de Shropshire? —comentó Charlotte—. Nunca he estado allí. ¿Es bonito?

—Muy tranquilo —dijo Margaret, con la respuesta preparada —, pero tiene su encanto.

—También me ha dicho que baila usted extraordinariamente bien. Yo todavía tengo que contar los pasos con mi profesor para no equivocarme.

Margaret le sonrió y la sensación de ahogo se intensificó en su interior.

Tanto madre como hija parecían personas de trato fácil y sincero.

—Su hermano exagera, sin duda —se limitó a contestar.

Charlotte le devolvió el gesto, mientras Constance, que se había mantenido un paso atrás para ceder el protagonismo a Margaret, sonreía satisfecha.

Fue en ese momento cuando Dorian apareció desde el interior de la casa, y Margaret tuvo la impresión de que había calculado el momento justo para hacerlo.

—Señorita Ashby. —En su voz se percibía algo diferente al tono de los salones. Más tranquilo. Más suyo—. Bienvenida a Wycliffe Park.

—Es una propiedad preciosa, lord Wycliffe —dijo Margaret—. Entiendo ahora por qué habla de ella con tanto afecto.

La expresión de Dorian cambió. Parecía satisfecho por el comentario, como si de verdad su opinión le importase.

—Me alegra que le parezca así —dijo.

Luego saludó a Constance con la cortesía correcta, intercambió unas palabras con su madre y su hermana, y se hizo cargo del grupo mostrándose como el buen anfitrión que debía ser.

Pero sus ojos volvieron a Margaret más de una vez mientras conducía a las recién llegadas hacia el interior.

Charlotte lo notó. Y tuvo la delicadeza de no decir nada, aunque su sonrisa lo dijo por ella.

Pasaron dos días.

Dos días de desayunos en la sala principal con la luz de Kent entrando por las ventanas altas. De paseos por los jardines que nadie había planeado pero que ocurrían porque la propiedad y el clima que los había acompañado invitaba a ello. De conversaciones en el salón por las tardes, con lady Wycliffe hablando de música y de libros con una inteligencia que Margaret encontró genuinamente interesante. De Charlotte haciéndole preguntas sobre Londres con esa curiosidad innata tan suya.

De Dorian mostrándole la propiedad —los establos, la biblioteca, el jardín de invierno que su abuela había mandado construir y que era, reconoció Margaret, extraordinariamente bello— con esa facilidad que siempre mostraba para las relaciones públicas, pero de una manera más relajada que en los salones, como si allí, en su casa, con su familia, Dorian se mostrara más como era en realidad.

Y eso era lo peor.

Porque Margaret podía manejar al Dorian de los formalismos. El que se mostraba encantador en su justa medida, el que mandaba flores para que llegara a oídos de todo el mundo y el de los cumplidos medidos.

Pero este Dorian —el que señalaba el árbol que había trepado de niño con una sonrisa que no buscaba producir ningún efecto, el que discutía con su hermana sobre algo completamente trivial, o el que se reía con franqueza cuando su madre contaba alguna anécdota de sus fechorías infantiles—, le resultaba más difícil de controlar.

No porque lo amara. Sino porque le recordaba que bajo todo lo demás había una persona real. Y eso hacía que lo que tendría que ocurrir tarde o temprano le resultara más cruel.

La segunda noche, mientras lord Wycliffe le enseñaba los retratos de su familia perteneciente a distintas generaciones, Margaret pensó en lo que sería presentar a Eleanor Hoper, modista de Gracechurch Street, en esa galería.

—Está usted muy callada esta noche, señorita Ashby —comentó Dorian en un momento dado, al percatarse de que la joven no parecía mostrar demasiada atención a sus explicaciones—. Espero no estar aburriéndola con la historia de mis antepasados, aunque pensándolo bien, tampoco me extrañaría...

—En absoluto —dijo Margaret, volviendo al presente—. Son... son retratos muy interesantes.

Dorian la miró y luego, sonrió.

—Miente usted muy mal, señorita Ashby —dijo, sin ningún reproche en la voz.

Margaret no respondió.

Se detuvieron frente a uno de los retratos del fondo perteneciente a una mujer de otra época que parecía estudiarlos desde su posición. Dorian estaba a su lado, lo suficientemente cerca para que Margaret fuera consciente de la escasa distancia entre los dos.

Luego se giró hacia la joven.

—Margaret... —Era la primera vez que se dirigía a ella por su nombre.

Ella lo miró. Dorian levantó la mano despacio y le tomó los dedos con suavidad.

—Llevo semanas —continuó en voz baja— pensando en cómo decirle algo que no sé si tengo derecho. Pero estando aquí, en esta casa... me resulta difícil no hacerlo.

Margaret sintió el peso de esa mano sobre la suya. El corazón comenzó a latir apresurado y el miedo se apoderó de ella durante unos segundos. No podía dejarle hablar. Y no porque no apreciara el gesto, sino porque cada palabra que él dijera en ese pasillo, con esos retratos mirando desde las paredes, era una palabra que se construía sobre algo que no existía.

Retiró la mano con suavidad. Despacio, pero de una manera muy evidente.

—Lord Wycliffe... —Para su sorpresa, consiguió mantener la serenidad—. Es usted muy amable. Y esta casa es... extraordinaria. Pero creo que no debería... No aquí. No así.

Dorian la estudió durante un momento.

Y luego, para su sorpresa, asintió sin más. Con una expresión que no era decepción sino algo más parecido al respeto.

—Tiene usted razón —dijo—. Le pido disculpas si la he incomodado.

—No, por favor, no hay nada que disculpar —contestó Margaret.

Y lo decía en serio. Eso era lo más complicado.

Siguieron caminando por la galería. Dorian retomó las explicaciones sobre los retratos y Margaret lo escuchó, esta vez de verdad, con la conciencia de saber que acababa de tomar la decisión correcta. Porque no había ninguna versión de esa historia que pudiera funcionar.

Cuando llegó el domingo por la mañana y la familia Wycliffe salió a despedir a sus invitadas, la madre de Dorian hizo el comentario que Margaret llevaba todo el fin de semana temiendo.

—Tendrá que traernos a su familia algún día, señorita Ashby. Me encantaría conocer a su madre. Dorian dice que está enferma en el campo, pobrecita. Pero cuando se recupere, sería un placer recibirla aquí.

Margaret se limitó a sonreír.

—Es usted muy amable —contestó, sintiendo como la mentira se le quedaba atravesada en la garganta.

Y Constance, ya en el interior del vehículo, le dirigió una mirada en la que se podían adivinar todos y cada uno de sus pensamientos.

De vuelta en Londres, Margaret fue a ver a Cecily esa misma tarde.

No lo había planeado, pero después del fin de semana que había pasado, necesitaba hablar con alguien y Cecily era la única

persona en quien confiaba plenamente.

Se sentaron en la salita de siempre. Agnes se encargó de llevarles té y en cuanto se quedaron a solas, Margaret empezó a narrar todo lo acontecido. La propiedad, la familia, y sobre todo, lady Wycliffe diciendo «*traiga a su madre cuando se recupere*» con esa sonrisa amable y sin ninguna mala intención.

Cecily la escuchaba con atención.

—Fueron tan amables —dijo Margaret, al terminar—. Si hubieran sido fríos, si hubiera habido algo a lo que agarrarse para decir que no encajaba... pero no. Fueron de lo más agradable y yo me sentí... como la peor persona sobre la faz de la tierra.

—No digas eso —trató de calmarla.

—Pero es la verdad. ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Cómo voy a poder mirar a la cara de nuevo a Dorian?

No era la primera vez que se hacía aquella pregunta, pero la respuesta nunca terminaba de llegar. Al menos no una que la sacara del lío en el que se había metido ella solita.

Cecily la miró durante un momento.

—No lo sé. Pero está claro que no vas a poder alargar esta farsa durante mucho tiempo más. Sea lo que sea, eres tú quien tiene que decidirlo. Y pronto, porque la situación se te está yendo de las manos.

—Lo sé.

—Además, debes tener en consideración que toda esta historia no te afecta solo a ti. Piensa en lady Constance, por ejemplo. Si la verdad saliera a la luz, con Wycliffe involucrado de esta manera... ella también quedará mal.

Margaret la miró.

—También lo sé —repitió.

—No te lo digo para asustarte, pero creo que ha llegado el momento de que tomes una decisión.

CAPÍTULO 21

La velada en casa de los Hartley llevaba dos horas en marcha cuando Margaret decidió que necesitaba tomar un poco de aire fresco. Cierto era que en numerosas ocasiones sentaba bien salir un rato a la terraza de la casa de turno para alejarse del jaleo y del calor del salón abarrotado, pero en esta ocasión el motivo era otro bien distinto.

El causante de esa necesidad de alejarse se llamaba Dorian Wycliffe, que llevaba sin apartarse de su lado desde que llegara acompañada por lady Constance. Aquella atención suya que en otro momento le habría resultado halagadora y gratificante, en esta ocasión le parecía simplemente asfixiante.

No era culpa de él. Dorian no estaba haciendo nada incorrecto, sino que, por el contrario, estaba pendiente de ella presentándola a personas, incluyéndola en conversaciones y dedicándole una atención que la sala entera no dejó de notar.

Margaret lo notaba en las miradas. En las observaciones que le llegaban con esa amabilidad intencionada que resultaba imposible pasar por alto: «*qué bien le sienta la temporada, señorita Ashby», «qué encantadora pareja hacen*», «*tengo entendido que ha estado en Kent recientemente con la familia de lord Wycliffe».*

Y Margaret sonreía, respondía a los comentarios, y trataba de aparentar una normalidad que no era real.

Hasta que no pudo más.

Aferrándose a una excusa cualquiera, se apartó del grupo en el que estaba y se dirigió hasta la puerta que daba al pasillo y que conectaba con el comedor. En él, había una cristalera que daba al jardín, y sin pensarlo siquiera, la empujó y salió al exterior.

El frío de la noche la recibió de golpe, pero aquel cambio de temperatura le resultó incluso agradable.

El jardín de los Hartley era pequeño para el tamaño de la casa, pero estaba bien cuidado, con un camino de gravilla que rodeaba un parterre central y dos bancos de piedra en los laterales. Las ventanas iluminadas del salón daban algo de luz, pero no la suficiente como para ser vista con claridad desde dentro.

Margaret se alejó de la puerta lo justo.

Cuando el ruido del interior empezó a sonar amortiguado, se abrazó el cuerpo con los brazos, cerró los ojos un momento y respiró hondo.

Pensó en Wycliffe Park. En lady Wycliffe tomándole las manos. En Charlotte preguntando por Shropshire. En Dorian en la galería de retratos diciéndole «*llevo semanas pensando en cómo decirle algo*...»

En la madre enferma en el campo que no existía.

En Cecily diciendo «*debes decidirlo pronto*.»

En que llevaba semanas sin pensar en volver a casa y que eso la asustaba más que todo lo demás.

—Señorita Ashby —la voz de Callum hizo que se sobresaltara.

—Lord Vane. —Margaret lo miró primero a él, y luego, más allá de su figura—. No debería estar aquí.

—Ni usted tampoco —contestó, sin moverse de su sitio.

—Solo salí a tomar un poco de aire.

—Y yo salí detrás de usted.

La manera en que lo dijo provocó que Margaret sintiera un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío de la noche. Aquel encuentro no era casualidad, sino que resultaba premeditado por parte del barón.

Callum se le acercó un poco más, manteniendo en cualquier caso la distancia que el decoro permitía, incluso estando en un jardín oscuro con las ventanas iluminadas a sus espaldas.

—¿Cuánto tiempo lleva sin dormir bien? —le preguntó de repente.

Margaret parpadeó, sorprendida.

—¿Cómo dice?

—Ya me ha oído. Se le nota el gesto cansado y tiene el aspecto de quien lleva demasiadas semanas sin dormir bien, como si hubiera algo que le preocupara.

Margaret no respondió de inmediato.

—Estoy bien —se limitó a decir.

—Ya, pero no le he preguntado eso.

—No es nada. Últimamente tengo un poco de insomnio. Y ya sabe usted, son tantas fiestas, una velada tras otra... Puede resultar agotador.

Callum asintió, pero había algo en su forma de mirarla que decía que no la creía y que aquello no era más que una excusa. En cualquier caso, había otra cuestión que también le preocupaba y que había sido la causa de seguirla cuando la vio salir.

—¿Puedo preguntarle si es Wycliffe el motivo de su falta de descanso? —le preguntó, sin andarse por las ramas.

—¿El marqués? No entiendo por qué habría de serlo. Es un caballero muy atento y educado.

—Sí, y también resulta evidente el interés que muestra por usted. Pero lo que me gustaría saber, e igual me estoy metiendo en asuntos que no son de mi incumbencia, es si eso es lo que usted desea.

Margaret parpadeó varias veces.

—Creo que esa es una pregunta muy directa y personal, lord Vane.

—Soy un hombre muy directo. Sobre todo, cuando me importa el asunto —se limitó a admitir sin remilgos.

El jardín siguió en silencio. Desde el salón llegaba, amortiguado, el sonido de la música y las conversaciones.

—Lord Vane —Margaret se aclaró la garganta que, de repente, se le había quedado seca—. No creo que sea apropiado...

—No, no lo es. Y, aun así, no me retracto de mi pregunta ni de mis palabras.

Hubo un instante en que ninguno de los dos fue capaz de decir nada.

Callum la miraba con atención, la misma que mostraba a los aprendices que se acercaban a consultarle cualquier cosa en la institución de Southwark. Era esa mirada honesta y sincera que Margaret había empezado a apreciar.

—También me considero un hombre que dice las cosas tal y como las piensa, y hay algo en usted... que no cuadra.

Lo dijo despacio, sereno, mientras Margaret sentía que algo se le removía en el pecho.

—¿Qué quiere decir?

Callum ladeó la cabeza.

—Usted sabe a qué me refiero.

No era una acusación. No había dureza en la voz, sino la constatación de alguien que lleva demasiado tiempo observándola y que por fin ha llegado a una conclusión.

—No, no lo sé.

—La historia de Shropshire. La madre enferma en el campo. Los Ashby de familia empobrecida. Hay cosas que no encajan, señorita Ashby. Llevan tiempo sin encajar. Lady Constance no es de las que acoge a nadie para saldar una deuda de honor. Bastante tiene con sus problemas como para estar preocupándose por el prójimo. —La mirada de Margaret fue muy elocuente—. No me miré así. Todo el mundo conoce la situación de lady Marrow…

La poca luz del jardín ocultó que el color había desaparecido de las mejillas de Margaret.

Se miraron un momento mientras la joven sopesaba qué respuesta debía ofrecer.

Lo más sensato sería negarlo, siguiendo una de las respuestas que tenía preparadas por si se daba el caso. Pero estaba tan cansada de mentiras que las palabras no llegaron a salir de su boca.

Y ese silencio fue para Callum una confirmación.

—Entiendo.

—¿Y qué pretende hacer ahora con esa información?

Él la miró durante un momento.

—Nada —contestó con calma—. No es asunto mío lo que haya detrás de esa historia. —Miró hacia atrás rápidamente para asegurarse de que seguían solos. Cuando confirmó que era así, se le acercó un poco más—. Lo que sí es asunto mío es decirle que, haya lo que haya, no cambia nada para mí.

Margaret no se apartó. Sus miradas se sostuvieron mientras ella asumía el significado de aquella afirmación.

—Lord Vane —dijo con voz algo temblorosa—. No sabe lo que está diciendo.

—Sí, lo sé perfectamente.

—Pero no conoce...

—No —la interrumpió con suavidad poniéndole uno de sus dedos enguantados sobre sus labios. Un gesto muy atrevido, sin duda, pero que resultó inevitable para el barón—. No conozco los detalles. Y tampoco voy a pedírselos esta noche. —Hizo una pausa —. Pero la conozco a usted y eso para mí es suficiente.

Durante unos segundos, Margaret estuvo a punto de contarle la verdad. Porque sus ojos parecían gritarle que podía confiar en él.

Pero el miedo a no ser comprendida se impuso finalmente. Porque una cosa era admitir que la señorita Ashby, con su madre enferma en Shropshire, no era más que una invención, y otra muy distinta reconocer que era solo la hija de una simple modista de Gracechurch Street.

—Debería volver —dijo Margaret, rompiendo al fin el contacto visual.

—Sí. Los dos deberíamos hacerlo.

Sin embargo, ninguno se movió de inmediato.

—Una cosa más —acotó Callum. Margaret esperó—. He de admitir que Wycliffe es un buen hombre, con un nombre y una posición envidiable. Pero hay tipos de bondad que terminan exactamente dónde termina la conveniencia. Y usted lo sabe.

—Sí, lo sé.

Callum asintió y eso fue todo.

Entraron por separado; él primero y ella dos minutos después, con la gravilla crujiendo bajo sus pasos y el aire frío todavía en la cara. Dorian la encontró casi de inmediato y le dijo algo sobre haberse preocupado, a lo que Margaret se limitó a sonreír y ofrecer una disculpa inventada.

Callum había vuelto a su lateral habitual, con su copa, con su postura de siempre. Cuando sus miradas se cruzaron, ninguno de los dos hizo gesto alguno.

Pero lo que había ocurrido en ese jardín seguiría estando ahí solo para ellos dos.

En el carruaje de vuelta, Constance habló de la velada, de Dorian, de los comentarios que había oído y que confirmaban lo que ella ya sabía desde hacía semanas.

Margaret miraba por la ventanilla.

«No conozco los detalles. Y no voy a pedírselos esta noche.»

«Lo que hay detrás de esa historia no cambia nada para mí.»

¿Qué habría hecho si Callum le hubiera pedido la verdad? ¿Si hubiera dicho «*cuénteme*» en lugar de «*no voy a pedírselo*»?

No sabía la respuesta.

Pero era consciente de que había una parte de ella que quería decirlo. Que llevaba semanas queriendo hacerlo. Y que lo único que lo había impedido hasta ahora era que nadie se lo había pedido de la

manera correcta. Y si bien él tampoco lo había hecho, se había acercado más que nadie.

CAPÍTULO 22

La velada en casa de los Lennox era el tipo de evento donde se mezclaban círculos de distintas clases de personas que normalmente no coincidían, lo cual la hacía más interesante que las veladas habituales y también, por las mismas razones, más impredecible.

Margaret lo había notado desde el momento en que entraron. Pudo comprobar que había menos caras conocidas que en ocasiones anteriores y que también había más variedad de conversaciones. Lo cual era de agradecer para salir un poco de la monotonía en la que se había convertido la temporada.

La primera hora transcurrió sin mayor sobresalto.

Tanto Dorian como Callum estaban presentes; el primero acompañándola durante la mayor parte del tiempo, y el segundo, en su puesto de observación de siempre, o lo que era lo mismo, en un lateral de la sala.

Sin embargo, mientras Margaret conversaba con un grupo de cuatro personas que acababan de presentarle, tuvo la sensación de que alguien la observaba.

Lentamente, fue abarcando la sala con la vista, buscando el origen de aquella sensación, hasta que finalmente la encontró.

Lady Ashmore estaba a unos seis metros, en otro grupo, con una copa en la mano, mirándola sin ninguna discreción. Llevaba el vestido que su madre le había confeccionado con encajes de Bruselas y que tantos quebraderos de cabeza le había dado antes de que diera comienzo aquella aventura. Tenía una expresión en el rostro que hizo que a Margaret se le encogiera el estómago.

La evaluaba como si la conociera... Quizás no de forma total, pero era evidente que trataba de recordar dónde había visto antes

su cara.

Cuando sus miradas se cruzaron un instante, lady Ashmore desvió la vista e hizo como si no se hubiera dado cuenta de que la habían descubierto en su escrutinio.

Margaret no tuvo más remedio que regresar a su conversación, pero una sensación extraña acababa de apoderarse de ella.

La vio un par de veces más durante la velada.

La segunda, Lady Ashmore estaba hablando con alguien y en mitad de la conversación levantó la vista hacia Margaret con la misma expresión, pero esta vez más definida, como si se encontrara más cerca del reconocimiento que de la simple familiaridad.

Y en la tercera, sus miradas se cruzaron directamente. Y en el gesto de aquella dama de cabellos blancos había algo más del simple «*me suena*» de las veces anteriores. Sin embargo, Margaret no se amedrentó. Le sostuvo la mirada con la serenidad que había construido semana a semana en ese mundo.

Fue lady Ashmore quien desvió la vista primero, pero al otro lado del salón, Constance se había percatado de lo sucedido y del reconocimiento existente entre ambas. Lo cual solo podía dar lugar a una cosa: si alguien descubría la verdad, también ella estaría perdida.

Llegaron a Belgrave Square pasada la medianoche.

Constance había estado más callada de lo habitual en el carruaje, mirando por la ventanilla en actitud pensativa. Cuando estaban a punto de despedirse para irse cada una a descansar, como hacían tras cada velada, Constance dijo:

—Acompáñame. Tenemos que hablar.

No era una invitación, así que Margaret la siguió.

El despacho de Constance era uno de los cuartos más privados de la casa al que Margaret había acudido en muy pocas

ocasiones. Había una mesa, dos sillones, una gran librería y una lámpara de aceite que Constance encendió ella misma sin llamar a nadie.

Cerró la puerta y se sentó, aguardando a que la joven hiciera lo mismo.

—¿Qué ha pasado hoy con lady Ashmore? —le preguntó directamente.

Margaret la miró, sorprendida. No se había dado cuenta de que Constance se hubiera percatado de aquel encuentro *silencioso* ocurrido durante la velada.

—La he visto mirarme —contestó Margaret, tratando de mantener la calma—. Es una clienta habitual de mi madre, pero no creo que me haya reconocido. Que yo sepa, nunca nos llegamos a cruzar cuando iba al taller.

—El hecho de que no lo recuerdes no me tranquiliza… Que tú no te hayas dado cuenta no significa que no haya ocurrido, porque por la forma en que te ha observado esta noche, me hace dudar de tu afirmación. Y si ella te ha visto en algún momento, tarde o temprano lo recordará. Lady Ashmore no es de las que sueltan una presa fácilmente. A pesar de sus años, es una mujer muy sagaz y siempre sabe qué o quién está a su alrededor, aunque a veces no lo aparente.

El despacho se quedó en silencio unos segundos.

—¿Y qué propone usted que haga?

Constance la miró y suspiró de manera audible.

—Tú, nada. Ya bastante has hecho… Seré yo quien se encargue de gestionar la situación como mejor considere.

—¿Pero puedo ayudarla de alguna manera? ¿Debo hacer algo? —insistió Margaret.

—No. Llegados a este punto, es mejor que me lo dejes a mí.

Margaret la observó tratando de adivinar la deriva de aquellos pensamientos que parecían discurrir por la mente de su anfitriona

como un reloj de precisión. Resultaba desconcertante no saber qué intenciones tenía, aunque poco o nada podía hacer al respecto.

—Entendido. Confío en usted.

La mirada que la viuda le dirigió fue fría y calculadora, como tantas otras. Pero esta vez Margaret tuvo la sensación de que escondía algo más.

—Bien. Descansa entonces. Mañana seguiremos con los planes habituales.

Cuando Margaret subió a su cuarto, se sentó en el borde de la cama sin molestarse siquiera en encender la vela.

Había confiado en que Constance manejaría lo que viniera, como siempre, pero no por ello se sentía tranquila. Una vez metida en la cama, mientras trataba de conciliar el sueño, algo en aquella conversación no terminaba de dejarle descansar.

No era lo que Constance había dicho, sino cómo lo había dicho, por no hablar de aquella mirada impasible que le dirigió.

Margaret se incorporó en la oscuridad.

La viuda nunca había sido un dechado de amabilidad, por decirlo con suavidad. Pero esta noche había algo diferente en la frialdad que había percibido en ella. Como si hubiera tomado una decisión que no incluía a Margaret, aunque ella fuera el centro del problema.

«Es mejor que me lo dejes a mí.»

¿Por qué?

Constance nunca hacía nada que no le beneficiara. Eso lo había aprendido desde los primeros días en Belgrave Square. No era crueldad, sino pragmatismo. Y esta noche, con lady Ashmore reconociéndola a medias en el salón de los Lennox y el riesgo de que todo saliera a la luz, la practicidad de Constance apuntaba en una dirección muy concreta.

A protegerse a sí misma. Lo cual no tenía que llevar aparejado, necesariamente, el hacer lo mismo con Margaret.

CAPÍTULO 23

La semana que siguió a la velada de los Lennox fue extraña.

Una de las cosas que más llamó la atención de Margaret fueron las continuas salidas de lady Constance. Y no es que la viuda tuviera la costumbre de informarle de sus movimientos, pero sí solía hacerle algún comentario al respecto durante el desayuno.

Sin embargo, durante la semana, no hizo ni una sola alusión a sus ausencias que, además, duraban más de lo habitual. Y cuando regresaba, mostraba una expresión aún más distante de lo que solía ser común en ella.

Era evidente que la actitud de Constance se había vuelto más comedida. Y un desasosiego interno se había apoderado de ella sin poder evitarlo. Porque aquellas palabras que le dijera, «e*s mejor que me lo dejes a mí*», la tenían inquieta, aunque no tuviera un motivo especial para ello.

Quizás fuera por culpa de aquel encuentro con lady Ashmore —bueno, no le cabía duda de que aquella era la causa—, pero no tenía ninguna razón de peso para que tuviera esa desazón interna que no la había dejado en paz durante aquella semana.

La noche del baile de los Winstanley, mientras Bridget le recogía el pelo, Margaret se miró en el espejo y pensó que no le apetecía ir.

No porque estuviera especialmente cansada, sino porque no tenía ganas de volver a repetir la misma rutina, ni tener que estar pendiente de cumplir con los mismos estándares de comportamiento de todas las noches de salidas *formales.*

Sin embargo, era consciente de que la temporada se acababa. Lo sentía en el ambiente de las veladas, en el ritmo de los eventos,

en las conversaciones que iban aventurando un nuevo cierre en la que muchas familias se retirarían al campo hasta el comienzo de la siguiente. Unas semanas más y todo esto habría concluido.

Y con ello, también quedaría finiquitado un sueño.

Su sueño.

No el de aquella niña que miraba los vestidos que cosía su madre desde el otro lado de la puerta del taller. Ese ya llevaba semanas desmoronándose, ladrillo a ladrillo, velada a velada, comentario a comentario. Lo que finalizaría era la versión más pequeña y más real que había ido construyendo en su lugar. En aquella otra realidad quedarían las conversaciones con Callum, ya fuera en parques, en fiestas o en una simple sala de costura de una institución benéfica; la de las tardes con Cecily paseando por el parque, o aquella noche en que terminaron haciendo pastas de canela; la de sus propias manos haciendo algo útil en Southwark donde nadie preguntaba de dónde venías antes de ver lo que sabías hacer.

Ese mundo también estaba a punto de llegar a su fin.

Y la diferencia era que este sí le iba a doler perderlo.

—¿Está bien, señorita? —preguntó Bridget, al percibir su mirada ausente.

La joven se obligó a dibujar una sonrisa en su rostro que en absoluto sentía.

—Sí, claro que sí. Gracias, Bridget.

Y cuando ya estuvo lista del todo, cogió los guantes, su chal y bajó.

La velada en casa de los Winstanley era uno de los eventos más importantes que quedaban en la temporada.

En esta ocasión, Margaret se vistió con el vestido verde, tal y como lo había lucido la primera vez que hizo aparición en sociedad en la velada de los Harcastle.

No porque Constance se lo hubiera indicado esta vez, sino que fue ella misma quien lo eligió deliberadamente. Porque algo en su fuero interno así se lo decía.

El verde era el vestido de su madre. Era el que Eleanor había reservado para cuando necesitara que la vieran. Y esta noche, por razones que no habría sabido explicar del todo, quería lucirlo.

Cuando llegaron, Margaret apenas tardó más de diez minutos en percibir que algo no iba bien.

No fue nada concreto. Más bien se trataba de un cambio en la forma en que los ojos de los asistentes se posaban en ella. Ya no se notaba el interés de las primeras semanas. Tampoco se apreciaba la evaluación que solía soportar cuando hacía acto de presencia acompañada de lady Merrow.

Estas miradas eran... diferentes. Más fugaces de lo normal. En cuanto cruzaban la vista con alguien que tuviera en frente, este desviaba los ojos hacia otro lado con rapidez, como si no deseara mantener el contacto visual durante demasiado tiempo.

No obstante, Margaret no dijo nada y se dejó llevar por Constance mientras la conducía hacia los grupos habituales. Allí se encontraba con los saludos, las conversaciones y el protocolo de siempre.

Pero no... algo había cambiado en el aire de esa sala.

Fue en una de estas conversaciones, cuando llegó el primer comentario por parte de una conocida de lady Constance a la que había visto en varios eventos, pero con la que había mantenido poco contacto.

—Señorita Ashby, qué vestido tan precioso. Su modista debe ser muy buena —le comentó mostrando una amabilidad un tanto exagerada.

Margaret la miró, manteniendo la compostura.

—Sí. En efecto, lo es.

La mujer sonrió y la conversación continuó.

Pero las palabras «*su modista*» habían sonado de una manera muy peculiar, y esa inquietud que la había acompañado durante los días previos, se intensificó. Porque Margaret supo con una claridad aplastante que el rumor sobre su origen había empezado a correr.

Buscó a Cecily con la mirada. Necesitaba la paz y el apoyo que su amiga sabía brindarle sin necesidad de que tuviera que hacer nada concreto. Su sola presencia y su comprensión, era para Margaret una balsa en medio de la tormenta que se avecinaba.

Consiguió localizarla al otro lado del salón, y cuando sus miradas se encontraron, vio en su expresión el reconocimiento de lo que ocurría. Cecily también lo sabía.

Luego, buscó a Dorian. No porque le importara especialmente, sino porque quería ver las reacciones de aquellos que hasta esa noche se habían mostrado más cercanos a ella. Y como era de esperar, lo encontró en el centro del salón, hablando con otro caballero.

Al verla, Dorian sonrió, pero esta vez su sonrisa no tenía la calidez que le había mostrado durante las últimas noches, y mucho menos, la complicidad que mostrara cuando fue su invitada en la finca de Kent.

Muy sutilmente, el marqués fue girando sobre sí mismo hasta que le dio la espalda por completo a Margaret.

«*De acuerdo*», se dijo, «*Dorian ya lo sabe... Y ha tomado una decisión.*»

Por último, trató de localizar a la persona que más le importaba: Callum. Pero por más que lo buscó en las orillas del salón, donde sabía que solía situarse, no lo consiguió ubicar.

Quizás no hubiera ido; o quizás no hubiera llegado.

Pero estuviera o no presente, no dudaba ni por un instante de que las noticias también llegarían tarde o temprano a él.

La noche se fue tornando lentamente en pesadilla. Y ella lo vio ocurrir, sin poder hacer nada por evitarlo.

No hubo confrontación. Ni tampoco palabras duras.

Más bien fue todo lo contrario. Un alejamiento disfrazado de elegancia que se convertía en una excusa por aquí, en una conversación que llevaba a alguien hacia otro grupo distinto, o una sonrisa lejana pero carente de sentimiento...

Y luego llegó la distancia. Física, concreta, medible en metros.

Dorian Wycliffe, marqués de Wycliffe, no se acercó a Margaret en toda la velada.

Margaret lo observaba todo manteniendo una férrea calma, como si aquello fuera algo que hubiera estado esperando durante semanas y ahora por fin se convertía en realidad. Pero no por esperado, resultaba menos doloroso.

No le dolía Dorian. Por más impresionante que fuera su título y su posición, nunca había albergado por él sentimiento alguno más allá de la admiración de las primeras ocasiones. Pero lo que sí le afectaba era corroborar que en efecto era un hombre cuyo interés, tal y como había vaticinado Callum, terminaba exactamente donde finalizaba su conveniencia.

Le dolía que su padre hubiera tenido razón y que la ilusión de la niña que había crecido mirando vestidos se hubiera desvanecido como azucarillo en leche.

Se acercó a Cecily sin saber si también le daría la espalda. No porque ella así lo quisiera —que sabía que no, ya que era conocedora desde hacía tiempo de su verdad—, sino porque quizás no se lo permitieran. Cuando estuvo junto a ella, su amiga puso una mano sobre su brazo con suavidad.

—¿Estás bien? —preguntó, en voz baja.

—No, pero lo estaré tan pronto como salga de aquí. De momento, solo me queda aguantar.

Cecily asintió y se quedó a su lado.

Se mantuvieron apartadas en un lateral del salón, tratando de no llamar la atención. No quería ver ni tampoco ser vista. Pero en esa

discreción buscada, le llegó un comentario de un grupo cercano que no se había percatado de su presencia.

—...la pupila de lady Constance. Ya saben de quién es hija, ¿verdad? De la modista de Gracechurch Street. Me lo ha confirmado alguien esta misma noche.

El grupo donde acababan de dejar caer la bomba quedó en silencio.

Margaret no se movió.

Sintió cómo el salón, en oleadas, empezaba a comentar el nuevo chisme que para muchos resultaba... *refrescante.*

Las conversaciones que se interrumpían de repente.

Las miradas que llegaban sesgadas...

—¿La hija de la modista? —dijo alguien de ese mismo grupo con un tono muy cercano a la repulsión—. ¿Cómo ha osado hacerse pasar por uno de nosotros? Pobre Constance, debe estar desolada al descubrir la verdad...

Margaret bajó la vista y sus ojos se encontraron con sus manos. Las mismas que la señora Webb había mirado con aprobación. Las mismas que Callum había visto trabajar y no había hecho comentario despectivo.

Las manos que Constance le había pedido que escondiera.

De repente, sintió que ya no se podía contener por más tiempo. Que ya era suficiente.

Dio un paso hacia el grupo que hablaba de ella sin pudor con una rabia fría pero contenida, que la impulsó a hablar al fin sin necesidad de levantar la voz. La serenidad que había construido semana a semana en ese mundo ya no estaba al servicio de la historia de Shropshire, sino de sí misma.

—Sí —dijo alzando el mentón con orgullo.

La palabra fue pronunciada con una claridad que no necesitaba ser dicha en voz fuerte para ser oída.

—Mi madre es modista. Cose los vestidos que llevan puestos en este momento varias de las personas que hay en esta sala. —Paseó los ojos por cada uno de los rostros que se habían quedado estupefactos—. Y mi padre ha saneado las deudas de más de uno de los presentes. Si eso me hace inaceptable en este mundo, el problema no es ni quién es mi madre, ni quien es mi padre. Sino de esta sociedad podrida que no ve más allá de los encajes y las apariencias.

Cuatro frases.

Las primeras completamente verdaderas que pronunciaba desde que había llegado a Londres.

El grupo quedó en silencio.

Y Margaret se mantuvo con la cabeza erguida, las manos quietas y la mirada al frente.

Al cabo de un instante, les dio la espalda a todos y salió del salón.

No corrió. Caminó con la suficiente dignidad para que todos vieran que no se avergonzaba ni un ápice de quién era. Cruzó el salón, el pasillo, el recibidor.

Y mientras se alejaba e iba tomando distancia, sintió cómo los ojos se le llenaban de lágrimas a causa de la rabia, el agotamiento y el peso de todos esos meses de mentiras acumuladas.

Bridget, como buena doncella al corriente de todo cuanto le sucedía a los señores, la esperaba fuera con el chal. Se limitó a asentir y Margaret le devolvió el gesto, al tiempo que tomaba la prenda.

Luego bajó los escalones y, junto a esta, buscaron su carruaje para regresar a Belgrave Square sin esperar a lady Constance.

Callum había llegado tarde a la fiesta, y cuando lo hizo, no tardó en enterarse de lo acontecido apenas veinte minutos antes.

La historia del origen de Margaret se había corrido por el salón como un reguero de pólvora, y aquellos que en su día le dieron la

bienvenida al considerarla como una igual, se mostraban indignados al darse cuenta de que habían sido engañados por la hija de una simple familia burguesa.

La buscó por la sala, pero no la encontró. Había visto a lady Constance hacía unos minutos, por lo que supuso que Margaret debía de andar por alguna parte.

Al no hallarla, buscó a Cecily con la intención de preguntarle por su amiga.

—¿Dónde está? —No hacía falta que le dijera a quién se refería.

—Se ha ido, lord Vane.

—Tengo que hablar con ella...

Se giró con la intención de marcharse, pero Cecily apoyó levemente su mano sobre el brazo del barón a fin de detenerlo.

—No esta noche, señor. —Callum la miró—. Si la sigue, lo único que conseguirá es alentar más las habladurías de todos los que buscan cualquier excusa para despellejarla más si cabe. Y no es eso lo que ella necesita ahora mismo.

En los ojos de Callum se podía leer la indecisión.

—Mañana —insistió Cecily—. Mañana podrá hablar con ella.

Callum no respondió de inmediato.

Luego asintió, pero aunque no fue a buscarla, se marchó también de la fiesta.

No era capaz de soportar más murmuraciones malintencionadas hacia una joven que había demostrado más valores que muchos de los allí presentes.

Una vez a solas en su dormitorio, Margaret se sentó en el borde de la cama con el vestido verde todavía puesto y las mejillas húmedas por las lágrimas derramadas.

Pensó en el salón, en Dorian, en Cecily... Y, sobre todo, en Callum y lo que le dijera en el jardín de los Hartley: «*lo que hay*

detrás de esa historia no cambia nada para mí.»

Pero por dentro sabía que aquello no era más que palabras vacías. Porque ningún lord, ningún barón, marqués o lo que fuera se rebajaría nunca a estar con una mujer de una clase inferior a la suya.

Eso fue lo último que pensó antes de que el agotamiento ganara la batalla.

Allí, con el vestido verde de su madre, los ojos llorosos y el corazón destrozado, la hija de la modista llegó a la conclusión de que era hora de volver a casa.

CAPÍTULO 24

Aquella noche no pudo dormir.

Lo había intentado de verdad, pero su cuerpo y, sobre todo, su mente, le negaban ese momento de paz necesaria para poder conciliar el sueño. Al cabo de un rato dando vuelta tras vuelta sobre el colchón, se incorporó hasta quedar sentada y encendió una vela que iluminó de manera tenue la habitación.

Era mucho lo que tenía que hacer, así que sin dudarlo un instante, se levantó para dirigirse al ropero y lo abrió.

Todos sus vestidos estaban ahí, en el orden en que Bridget los colgaba siempre. Durante las últimas semanas, su guardarropa había ido aumentando con los vestidos que le había ido confeccionando su madre poco a poco. Claro estaba que en absoluto se podía comparar con el armario de alguien que llevara años en ese mundo, pero lo que tenía frente a sí era más valioso para ella que todas las prendas de la alta sociedad juntas.

El único que no estaba guardado era su favorito: el de color verde, que había dejado sobre la silla cuando llegó, todavía con el peso de los acontecimientos de la noche.

Lo cogió y lo sostuvo un momento entre los brazos, para luego doblarlo con el mismo cuidado con que su madre lo habría hecho. Buscó con la vista el baúl que llevaba colocado en un rincón de la estancia desde que llegó, lo abrió y lo puso al fondo del todo.

Por supuesto, ni siquiera se planteó llamar a Bridget para que le ayudara a guardar sus pertenencias. No eran horas de estar despertando a nadie y además, lo que pretendía hacer, quería hacerlo sola, con sus propias manos, a su ritmo, y sin que nadie le diera ningún tipo de instrucciones.

Después le tocó el turno al vestido burdeos. Luego el azul. El plateado. El blanco... A continuación, la ropa de diario, los camisones de dormir, las prendas interiores...

Uno tras otro, cada uno fue ocupando su lugar en los baúles. Lo último que recogió fueron sus enseres personales, como libros, cuadernos y útiles de aseo. No había mucho más. Durante aquella temporada no había acumulado pertenencias de más, consciente de que tarde o temprano tendría que empaquetarlo todo para llevarlo de vuelta a casa. Se podía decir que no había echado raíces en ese cuarto pequeño orientado al norte y que se iba con lo mismo que había traído.

O casi.

Antes de cerrar el baúl, abrió el cajón de la mesilla.

Las cartas que le habían escrito sus padres durante su ausencia estaban ahí. Las sacó y las leyó una vez más, y cuando terminó, también las metió en el baúl. Y entonces sí, lo cerró.

Se sentó en el borde de la cama con las manos en el regazo y la vela consumiéndose lentamente en su candil sobre la mesilla.

Gracechurch Street estaba a menos de una hora en carruaje, y pronto, muy pronto, estaría en casa.

Al llegar la mañana, Margaret se vistió con la muselina crema, la misma que llevara el primer día cuando llegó a Belgrave Square. No lo había planeado, pero cuando lo tuvo en las manos, le pareció lo correcto. Llegar y marcharse con lo mismo. Una simetría que nadie más notaría pero que a ella le importaba.

Poco a poco, oyó cómo la casa empezaba a despertar: el servicio empezando su jornada, los pasos de Bridget en el pasillo, el ruido lejano de la cocina. Constance no bajaría a tomar el desayuno hasta las nueve. Eran las ocho menos cuarto, así que todavía le quedaba un buen rato hasta poder hablar con ella.

Llamó a la puerta de la sala de uso personal de la viuda con los nudillos.

—Adelante.

Constance estaba en su sillón habitual, con el té y los papeles de la mañana, como si fuera un día cualquiera. Levantó la vista cuando Margaret entró y su expresión no cambió ni un ápice. Que Constance no se sorprendiera significaba que seguramente la estaba esperando.

—Siéntate —le dijo haciéndole un gesto en dirección al sillón que tenía frente a ella.

—Prefiero quedarme de pie. No voy a entretenerle mucho.

Constance la miró.

—¿Qué ocurre?

—Me voy —le informó sin más—. Vuelvo a mi casa. A Gracechurch Street.

Lo dijo con la misma calma con la que había doblado los vestidos durante la madrugada. Sin que sonara a tragedia y sin elevar la voz.

Constance dejó la taza sobre la mesa.

—¿Esta mañana?

—Así es.

El silencio se hizo dueño de la sala durante un minuto. Constance la observó de manera escrutadora y Margaret esperó a que la viuda asumiera la noticia. Cuando por fin percibió un gesto de asentimiento, se animó a continuar hablando.

—Lady Constance, antes de irme, quiero agradecerle todo lo que ha hecho por mí durante estas semanas. Me ha enseñado cosas que no habría aprendido de otra manera —continuó Margaret—. Me ha acompañado a lugares a los que nunca habría llegado sola. Y me ha permitido cumplir un sueño que llevaba mucho tiempo siendo solo eso. Soy consciente de que la situación puede volverse comprometida para usted. Que lo de anoche puede tener consecuencias que van más allá de mí. Y no quiero ponerla en un aprieto por mi culpa. Por eso creo que lo mejor para las dos es que me vaya ahora, antes de que las cosas se compliquen más.

Si Margaret esperaba que ella correspondiera de alguna forma aquel agradecimiento, pudo constatar cuál era su verdadero interés cuando se limitó a decir:

—Espero que tu padre cumpla su parte del trato.

Margaret no se sorprendió por el comentario. Era muy propio de... lady Constance. Aunque después de la noche que había pasado, la peor que ella recordara en toda su vida, no le hubiera venido mal recibir unas palabras que demostraran que aquella mujer, además del interés por el dinero, tenía un poquito de humanidad.

—No se preocupe. Thomas Hoper es un hombre de palabra. Puede estar tranquila en ese sentido.

Constance asintió levemente.

—Entonces, pediré el carruaje para que te lleve a tu casa —dijo cerrando la conversación.

—Se lo agradezco.

Y eso fue todo.

No hubo abrazo. No hubo ningún gesto de afecto. Ni ninguno de los pequeños ritos de despedida que se producen entre personas que han vivido bajo el mismo techo durante meses y que al separarse sienten algo.

Margaret salió del despacho y no miró atrás.

Bridget la estaba esperando en el recibidor, con el chal de Margaret en las manos. Los baúles ya habían sido llevados al coche y solo faltaba aquella última despedida. Le puso la prenda sobre los hombros y le apartó un mechón que le caía sobre la cara.

—La voy a echar de menos, señorita —le dijo con voz contenida—. Esta casa no va a ser la misma sin usted.

Margaret ignoraba cuánto sabía la que había sido su doncella, pero en cualquier casa de la alta sociedad que se preste, las noticias corrían como la espuma.

—Muchas gracias, Bridget. Por todo. Mi estancia aquí hubiera sido mucho menos llevadera de no haber estado tú. —Le tomó la

mano y se la apretó con afecto.

—El carruaje aguarda por usted.

—Espera, tengo una última cosa para ti...

Margaret abrió su bolso de mano y sacó un pequeño papel que le entregó a la joven.

—Esta es la dirección de mi casa. Te prometí que te presentaría a mi modista algún día y que ella te haría algún vestido. Como ya sabrás, esa mujer es mi madre, y ella estaría encantada de coser para ti. Por favor, ven a verme.

—Señorita, esto no es necesario...

—Lo sé. Pero me gustaría poder hacer esto por ti, para agradecerte todas las noches que me has dedicado.

—Muchas gracias. Iré... No porque quiera ningún vestido, sino para verla a usted.

Margaret le sonrió y, entonces sí, salió para subir al coche que aguardaba por ella.

Poco a poco, el carruaje fue avanzando por las calles dejando Mayfair atrás. Margaret sabía que el trayecto era corto: ya lo había hecho meses atrás con los mismos baúles, la historia de Shropshire grabada a fuego en su cabeza y la ilusión guardada en su corazón desde que era una niña.

Ahora lo hacía al revés, con los mismos baúles y sin ninguna historia que sostener, y la certeza de que la sensación que la embargaba, más que ilusión, se aproximaba al alivio.

Las calles fueron cambiando de fisonomía. Más estrechas, ruidosas y, sobre todo, más familiares. Cuando el carruaje giró hacia Gracechurch Street, sintió que algo se le removía en el pecho.

La luz del día entraba por la ventana del taller, donde imaginaba que su madre se encontraría trabajando, como era habitual en ella. Ver aquellos cristales, después de tanto tiempo, le produjo una inmensa sensación de paz.

Por fin estaba en casa. En su hogar. En su lugar. En el único sitio donde podía ser ella misma sin sentirse observada o juzgada.

Se apeó del carruaje, y mientras el cochero sacaba los baúles, Margaret subió los escalones y llamó.

Pudo oír el sonido de pasos acercándose al otro lado hasta que, por fin, la puerta se abrió.

Allí estaba Eleanor que, al verla, abrió los ojos de par en par, para medio segundo después hacer lo mismo con sus brazos.

Margaret se refugió en ellos.

Ninguna de las dos fue capaz de articular palabra durante varios minutos. El abrazo era suficiente para sentir que todo encajaba por fin en su sitio. El olor a tela, a lavanda y a hogar que Margaret no había sabido que echaba tanto de menos hasta entonces.

Cuando se separaron, Thomas estaba en el pasillo.

La miró y pudo adivinar las lágrimas que habían sido derramadas no hacía mucho. Pero no dijo nada, solo se acercó a ella y la abrazó con todo el amor que sentía.

—Estoy muy cansada, padre. Esta noche no he pegado ojo y necesito dormir un poco. Si no os importa, hablaremos después.

—Claro, cielo. Tu cuarto está preparado. Siempre lo ha estado desde que te fuiste.

Eleanor le cogió la mano y la acompañó escaleras arriba. Era reconfortante encontrarlo todo igual a cuando se fue: la misma cama, la misma ventana, los mismos libros ordenados en la estantería junto a sus muñecas de trapo. Como si el tiempo no hubiera pasado. Como si ella hubiera estado siempre ahí y la ausencia hubiera sido solo un paréntesis.

Se tumbó en la cama con la ropa puesta. Y en menos de cinco minutos, por primera vez en semanas, se quedó plácidamente dormida.

Abajo, en la cocina, Thomas y Eleanor se sentaron a la mesa.

Eleanor tenía las manos alrededor de la taza aunque el té ya se había enfriado. Thomas miraba las escaleras por donde habían subido.

—Ya está en casa —dijo Eleanor en voz baja.

Thomas le cogió la mano sobre la mesa.

—Sí, por fin.

No había nada más que decir. Los dos sabían desde el principio que esto podía pasar. Que el sueño tenía un precio, y que ese precio a veces había que pagarlo antes de lo previsto. Thomas lo había sabido con la claridad pragmática de quien ha calculado todos los escenarios posibles. Eleanor lo había sabido con la claridad que proviene del corazón.

Y los dos habían dejado que su hija se fuera de todas formas.

Porque era su sueño. Y los sueños hay que vivirlos, aunque cuesten.

CAPÍTULO 25

Para Callum tampoco resultó una noche fácil.

Cuando llegó a su casa no se molestó siquiera en intentar conciliar un sueño que sabía que le iba a ser esquivo. Se sentó en un sillón junto a la chimenea con una copa que ni siquiera tocó y pasó las siguientes horas meditando en todo lo sucedido.

Aunque no hubiera estado presente, no podía sacarse de su cabeza la imagen que le habían narrado y que mostraba a Margaret cruzando el salón con la espalda recta. Para muchos la actitud de aquella muchachita que, con aires de grandeza, había conseguido engañarlos durante meses, resultaba una ofensa.

Sin embargo, él siempre supo que había algo en ella que no encajaba. Porque había demostrado tener una humildad y unos valores poco frecuentes en un mundo en el que, tal y como ella había dicho, solo importaban las apariencias.

Ella no había ido a Southwark para aparentar ser un alma caritativa con los pobres, sino porque de verdad así lo había sentido. Y no solo eso, sino que había regresado para implicarse con la labor que allí se desarrollaba.

Margaret era distinta a cualquiera que él hubiera conocido. Y esa diferencia había despertado en él algo que no podía ignorar: la necesidad de estar a su lado y de no dejarla ir.

No podía dejar las cosas así.

Tenía muy claro lo que debía hacer. Solo había que esperar el momento adecuado.

Y cuando dieron las nueve, se levantó del mismo sillón en el que había pasado toda la noche, dejó sobre la mesa la copa sin tocar, y una vez se hubo cambiado de ropa, se dispuso a salir.

Belgrave Square estaba tranquila a esa hora de la mañana. Los criados salían a realizar los recados mientras otros se dedicaban a limpiar las fachadas y los escalones de las casas para que todo estuviera impecable.

Callum subió los escalones de la casa de lady Constance sin detenerse y llamó.

Fue Bridget quien le abrió y en su rostro se reflejaba la expresión de quien llevaba a sus espaldas una jornada difícil, a pesar de la hora.

—Buenos días. Vengo a ver a la señorita Ashby. De parte de lord Vane, por favor.

La tristeza se reflejó en los ojos de la joven doncella y Callum supo que algo no iba bien.

—La señorita Ashby ya no se encuentra con nosotros. Ha vuelto con su familia.

Vane tardó un momento en asimilar lo que acababa de oír, pero sabía que no era a la doncella a quien tenía que pedir explicaciones.

—Y lady Merrow, ¿está? ¿Sabe si podría recibirme?

—Acompáñeme, por favor.

Bridget lo hizo pasar al salón de visitas sin decir nada más de lo necesario.

—Voy a avisar a lady Constance.

—Muchas gracias.

Callum esperó de pie junto a la ventana.

Constance tardó cinco minutos en aparecer, con la misma compostura correcta de siempre.

—Lord Vane...

—Lady Constance.

Hubo un momento de silencio, mientras se medían con la mirada, conscientes ambos del motivo de la visita y de la conversación que se habría de desarrollar a continuación.

—¿Dónde está? —preguntó Callum, sin andarse con rodeos.

Constance no contestó de inmediato. Con su parsimonia habitual, tomó asiento en uno de los sillones y lo enfrentó.

—Ha vuelto donde le corresponde.

—¿Dónde corresponde? —La frialdad con la que la mujer había pronunciado aquella frase incomodó al barón—. ¿A Gracechurch Street?

—Es su casa —replicó Constance, encogiéndose de hombros —. Siempre lo ha sido.

Callum sopesó con cuidado sus siguientes palabras.

—Si aquella *siempre* fue su casa, ¿por qué le dio usted cobijo?

—Eso, lord Vane, no es de su incumbencia.

Había tanta frialdad en su forma de expresarse que Callum no tuvo ninguna duda de lo que decir a continuación:

—Fue usted.

No era una pregunta.

Constance no cambió de expresión. En su rostro no había señal alguna de sorpresa, indignación, o cualquier reacción propia de una persona inocente ante una acusación injusta.

—No sé a qué se refiere —se limitó a decir.

—Creo que sí lo sabe. La información sobre el origen de la señorita Ashby no salió sola. Alguien tuvo que ponerla en circulación. Y esa persona fue usted.

Constance lo miró, imperturbable.

—No sé de qué se sorprende o por qué me acusa a mí de tales hechos. Ya debería saber que en nuestro mundo las cosas funcionan así. Las noticias circulan, sin más.

—Señora... Las noticias no surgen de la nada. Siempre hay alguien que las coloca en el lugar y el momento apropiado.

Otro silencio.

—Lady Ashmore la reconoció —dijo al fin, con esa neutralidad de quien constata un hecho—. Era cuestión de tiempo que se supiera, así que preferí ser yo quien gestionara la situación antes de que lo hicieran otros.

—¿Gestionar la situación? —repitió Callum.

—Así es.

—¿Destruyendo a una joven que estaba bajo su tutela?

—No. Protegiendo mi posición, que no es lo mismo; aunque entiendo que le cueste distinguirlo.

Callum negó con la cabeza, incapaz de comprender tanta frialdad.

Quizás Constance no era cruel por placer. Era pragmática hasta el final, incluso cuando eso supusiera hacer daño a personas inocentes.

—Era una joven —dijo el barón— a la que usted tenía el compromiso de cuidar.

—No se equivoque: lo que tenía era un trato. Y no con ella, sino con su padre. Pero como le dije antes, no es asunto de su incumbencia. Le basta con saber que yo he cumplido mi parte.

—No, no conozco los términos del acuerdo que haya podido tener con el padre de la señorita Ashby. Pero si bien puede que haya cumplido con la letra, dudo mucho que lo haya hecho en espíritu.

La viuda soltó un suspiro que más bien se pareció a un leve bufido.

—Señor, en este mundo solo existe la letra. El espíritu lo inventan los que todavía pueden permitirse el lujo de creer en él.

Callum negó con la cabeza.

—Está claro que usted y yo no podríamos llegar nunca a ningún acuerdo. No me va a convencer de que sus razonamientos son los correctos.

—Es cierto, ni usted a mí —contestó Constance.

El barón se quedó de pie junto a la ventana un momento más. Poco más le restaba por hacer allí. Pero cuando estaba a punto de despedirse, la viuda volvió a dirigirse a él.

—¿Puede explicarme por qué le importa tanto? Si solo es la hija de una modista.

Y en esa simple pregunta, quedaban resumidas todas las reglas de la alta sociedad londinense.

—Precisamente por eso —afirmó convencido—. Las personas que saben hacer cosas con sus manos, las que dicen la verdad aunque les cueste, las que defienden a los demás cuando no conviene defenderlos, las que trabajan en lugar de fingir que el trabajo no existe... Esas personas valen más que todos los títulos y todas las fachadas de este mundo. Y usted lo sabe, aunque le incomode admitirlo.

Callum recogió el sombrero de la silla donde lo había dejado.

—Buenos días, lady Constance.

—Buenos días, lord Vane.

De Belgrave Square a casa de los Farrow había menos de diez minutos a pie. Callum los recorrió en apenas cinco.

Al igual que había hecho al llegar a la residencia de lady Constance, llamó a la puerta y una doncella salió a recibirlo.

—Buenos días. Querría hablar con la señorita Cecily Farrow, por favor.

La chica lo examinó y comprobó que era un caballero, y por lo tanto, apto para ser recibido. No obstante, le habían dado unas instrucciones muy claras:

—La señorita Farrow no recibe visitas esta mañana —comentó, repitiendo lo que le habían ordenado decir.

—Dígale que soy lord Vane y que debo hablar con ella sobre un asunto urgente relacionado con la señorita Ashby.

La doncella lo miró un momento.

—Espere un momento, se lo ruego.

Cerró la puerta y Callum esperó pacientemente en la acera.

Dos minutos después la puerta volvió a abrirse. En esta ocasión no se trataba de la doncella, sino de la propia Cecily, con una expresión de quien lleva una mañana difícil.

—Buenos días, lord Vane. Me alegra que haya venido, pero mi madre no quiere que tenga contacto con nada ni nadie que implique a Margaret. Apenas dispongo de cinco minutos antes de que se den cuenta y me llamen la atención.

—Seré breve, se lo prometo.

—Si no le importa, prefiero atenderlo aquí fuera. Ya sabe, por si mi madre...

—Pierda cuidado.

Cecily salió a los escalones y cerró la puerta a su espalda.

—¿Sabe dónde está? —preguntó Callum directamente.

—¿No está en Belgrave Square? —preguntó a su vez, extrañada.

—Acabo de venir de allí, de hablar con lady Constance. Y me ha dicho que ha vuelto a su casa, en Gracechurch Street. Pero no confío en la viuda Merrow y yo necesito saber su dirección exacta. Es imperioso que hable con ella.

Cecily pareció meditarlo durante un instante, hasta que terminó por acceder.

—Está bien, le daré lo que me pide. Pero si la busca por el nombre de Margaret Ashby, no la encontrará. Su verdadero apellido es Hoper, hija de Thomas y Eleanor Hoper.

—Se lo agradezco mucho.

—Lord Vane, ¿podría pedirle un favor? —miró hacia atrás, esperando que en cualquier momento la puerta se abriera. Debía darse prisa.

—Por supuesto.

—Como le he dicho, mis padres me han prohibido el contacto con ella. No quieren que me relacione con… —Se detuvo, y durante un momento su voz se quebró—. Con alguien cuya situación pueda comprometer la reputación de la familia.

—Lo entiendo —dijo Callum, tratando de calmarla. Porque aquello no era culpa de Cecily, sino de la sociedad a la que pertenecían.

—Pues yo no. Margaret es la única amiga que he tenido de verdad y me duele tener que perderla... Pero soy consciente de que no puedo hacer nada por cambiarlo.

No tenía sentido ahondar en el dolor de la joven, así que Callum fue directo al grano.

—¿En qué puedo ayudarle, señorita Farrow?

—Tengo esto...

La joven sacó un sobre del bolsillo del vestido. Lo sostuvo un momento antes de entregárselo.

—La escribí esta mañana y no sabía cómo hacérsela llegar hasta que Agnes me dijo que usted estaba en la puerta. Como puede ver, la dirección exacta está en el sobre. Espero que ella comprenda lo que le pongo, y que no se enfade conmigo. Pero no puedo hacer otra cosa.

Callum cogió el sobre.

—Se lo haré llegar, se lo prometo. Y le hablaré de su preocupación sincera.

—Lo sé. —Cecily lo miró y por primera vez sonrió—. Por eso se lo doy a usted y no a otro.

Callum asintió.

—Tengo que entrar, lord Vane.

—Lo comprendo. Muchas gracias por todo, señorita Farrow.

Cecily lo observó alejarse calle abajo, con el sobre en la mano y el paso firme y decidido.

Se abrazó los brazos para protegerse del frío de la mañana, o quizás, del frío interior del que no había podido desprenderse desde la noche anterior.

Cuando al fin lo perdió de vista, abrió la puerta y volvió a entrar en su casa.

CAPÍTULO 26

Gracechurch Street no era un barrio que Callum desconociera. Había recorrido Londres de arriba a abajo: tanto el de los salones como el que mostraba las distintas capas que conformaban la ciudad.

A medida que el carruaje avanzaba, se iba fijando en los detalles que le rodeaba. Se podía decir que se trataba de un barrio de clase media; ni se acercaba a la distinción de Mayfair, pero tampoco llegaba a la penuria del *East End*. Era un barrio de comerciantes y artesanos, de gente trabajadora que luchaba por tener una vida normal.

Por la ventanilla veía comercios de todo tipo y condición, y pudo imaginar a Margaret recorriendo aquellas calles mientras realizaba recados.

Sí, ese barrio cuadraba con la Margaret que conocía, y por algún motivo ese reconocimiento consiguió arrancarle una pequeña sonrisa.

El carruaje siguió avanzando, hasta que al girar una esquina, por fin se detuvo.

—Hemos llegado, señor —le informó su cochero.

Callum bajó y contempló la vivienda que tenía delante.

La casa era exactamente lo que él habría esperado. Una fachada cuidada, pero sin pretensiones, con las ventanas limpias y la puerta bien pintada. A través de los cristales de la planta baja podía verse el movimiento de alguien inclinado sobre una mesa.

Aquello debía ser el taller. Luego subió los escalones y llamó.

Fue Thomas Hoper quien abrió la puerta.

Callum reconoció en él a un hombre de unos cincuenta años, corpulento sin ser grande, y con un porte que denotaba seguridad en sí mismo.

Los dos se miraron durante un momento.

—¿En qué puedo ayudarle, señor?

—Buenos días. Permítame que me presente. Mi nombre es Callum Vane…

—¿El barón Vane?

—El mismo. ¿Nos conocemos? —Callum no recordaba haberse cruzado con aquel señor, pero eso no significaba que no hubiera ocurrido en algún momento.

—No directamente. He oído hablar de usted, aunque jamás hayamos coincidido. En cualquier caso, no ha contestado a mi pregunta, señor Vane. ¿Qué lo trae a mi casa?

Tal y como había supuesto, su afirmación confirmaba que aquel era el padre de Margaret.

—Vengo a ver a su hija —le informó Callum.

Thomas no respondió de inmediato. Siguió observándolo con atención, mientras se debatía sobre qué hacer. Su hija no les había llegado a contar nada de por qué había regresado a casa antes de lo esperado. Y por la cara que traía… estaba claro que algo desagradable debía haber ocurrido.

—Margaret está descansando en estos instantes. Me temo que no puede recibirle.

—¿Podría hablar entonces con usted? Para mí resulta de vital importancia hablar con ella, y estaría dispuesto a esperar lo que fuera, si no tiene inconveniente —insistió el barón. Pudo ver la duda reflejada en los ojos del señor Hoper—. Por favor.

Finalmente, Thomas se hizo a un lado.

—Está bien. Pase usted.

De manera deliberada, Thomas no llevó a Callum al salón, sino a la cocina; un lugar muy poco apropiado para acoger la visita

de un lord. Pero aquella era su casa, y él quería ver cómo se comportaba aquel hombre que tanto interés tenía en hablar con su hija.

Callum se dio cuenta del gesto, y lo tomó como lo que era: un acto calculado que daba a entender que en aquella casa aquella era la estancia donde se recibía a la gente de verdad. No a las visitas de protocolo, sino a los que querían mostrar quiénes eran los Hoper en realidad: gente sencilla, honrada y trabajadora.

Se trataba de una estancia amplia y limpia. Casi de inmediato, llegó a su nariz el reconocible olor de la canela que le hizo recordar el día en que se encontró con Margaret en Marylebone, cuando le regaló un bote que ella supo apreciar con una calidez que entonces no supo descifrar. Ahora sí pudo comprenderlo.

Había una mesa grande en el centro con sillas a ambos lados y una hornilla al fondo. Thomas le indicó que tomara asiento. Una vez que Callum se hubo sentado, Thomas hizo lo propio al otro lado de la mesa.

Lo miró directamente, con los brazos apoyados sobre la superficie.

—¿Qué quiere de mi hija? ¿Qué busca de ella? —preguntó sin ambages.

No era una pregunta hostil, pero sí se podía percibir en ella el instinto de protección de un padre hacia su hija. Era una forma de decirle: «*ojo, mucho cuidado con lo que pretende».*

—Ya se lo he dicho: solo hablar con ella. No sé si Margaret le ha contado algo de lo que sucedió anoche, pero no tuvimos ocasión de conversar. Necesito saber que está bien, tranquilizarla y…

Thomas lo interrumpió.

—Mire usted, señor Vane. No sé de lo que me habla ni qué fue lo que ocurrió anoche, tal y como usted comenta. Lo único que sé es que mi hija se presentó aquí esta mañana con la angustia reflejada en la cara y sin haber dormido en toda la noche. —Thomas asintió despacio—. Antes de irse, le dije que si alguna vez tenía

algún problema, me escribiera y yo mismo iría a por ella a Belgrave. Pero es evidente que no quiso esperar. En cualquier caso, su presencia en este barrio me hace suponer, sin temor a equivocarme, cuál ha sido el motivo del disgusto de mi hija. Y justo por eso, no comprendo qué hace usted aquí.

Callum no dijo nada.

—Mi hija —continuó Thomas— lleva meses viviendo en un mundo que no era el suyo. Ha tenido que mentir todos los días. Ha tenido que fingir ser alguien que no era. Pero fue su elección y yo la respeté, porque sabía que no bastaba con que yo le advirtiera. Debía vivir la experiencia de primera mano y darse cuenta por sí misma.

—¿Darse cuenta de qué?

—De lo que es la sociedad en realidad. De que jamás la aceptarían si se supiera su verdadera identidad. Pero también quería que conociera lo que ella solo había podido ver a través del taller de su madre, escondida tras una puerta.

—¿Y permitió que le hicieran daño solo por satisfacer su curiosidad?

Thomas meditó la respuesta.

—No exactamente. Si la historia se hubiera mantenido hasta el final, ella hubiera vuelto a casa con una experiencia que le habría servido para aprender que el brillo no es lo mismo que el valor. Y que hay cosas que solo se aprenden viviéndolas. Y aunque ahora se encuentre con la ilusión un poco rota, mi hija es demasiado pragmática y demasiado fuerte para que nada doblegue su espíritu. Solo necesita tiempo en casa, con los suyos, para recuperarse.

—Señor, déjeme decirle que no todos somos iguales. Los valores de las personas no se miden por la clase social a la que pertenecen; hay gente buena y mala en todo tipo de estamentos sociales.

—Cierto es. ¿Y puedo preguntarle en qué bando se considera usted?

Callum clavó sus ojos en los del padre de Margaret.

—No soy un hombre perfecto, señor Hoper. Tengo mis luces y mis sombras, como todo el mundo. Pero siempre supe que había algo en su hija que la hacía diferente a las demás. Y precisamente por eso, siempre me importó.

—¿Acaso la ve como a un bicho raro?

—¡No! ¿Es que no ha oído nada de lo que le he dicho? Solo quiero que sepa que la respeto tal y como es. Y no como hizo… lady Constance.

—Lady Merrow fue la que permitió que su sueño se hiciera realidad.

—Sí, pero también fue la responsable de que la verdad saliera a la luz en el peor momento posible.

Por un instante, se hizo el silencio en la cocina.

—Lady Constance no es una mujer que me inspire un especial cariño, pero teníamos un acuerdo. Dudo mucho que ella…

—Pues lo hizo. Cuando se dio cuenta de que alguien *de los suyos* podía juzgarla por haber ayudado a Margaret encubriendo una mentira, prefirió ser ella quien lo difundiera para poder controlar el relato.

—¿Acaso ella se lo dijo?

—No de esa manera. Pero hay silencios que son más elocuentes incluso que las propias palabras.

Thomas lo escuchó, asimilando la información.

—Margaret está despierta —anunció alguien que Callum no había oído llegar.

Se giró y vio a Eleanor Hoper que estaba en el umbral de la cocina con las manos entrelazadas. Era evidente que había estado escuchando desde su posición, aunque ninguno de los dos hombres podía saber desde cuándo.

Los ojos de Eleanor y los de Callum se encontraron durante un momento. Ella lo estudió con la misma atención con la que estudiaba la calidad de las telas y a las clientas que las llevarían.

Luego se volvió hacia las escaleras.

—Margaret, cariño —la llamó con voz cálida—. Hay un caballero en la cocina que ha venido a verte.

—¿Un caballero? —se oyó la voz de la joven desde el piso de arriba.

La cocina quedó de nuevo en silencio.

De pronto, se oyeron pasos acercándose. Y en cuestión de segundos, Margaret apareció en el umbral.

Vestía ropa sencilla y cotidiana; la que era suya de verdad. El pelo le caía suelto sobre los hombros. Bajo los ojos todavía se apreciaban los signos de la dura noche que había pasado, y que no se habían diluido a pesar de haber dormido durante unas cuantas horas.

Al verlo sentado a la mesa de la cocina, se sorprendió.

—Lord Vane, ¿qué hace usted aquí?

—Vine a hablar con usted, señorita Ashby… —sonrió—. Quiero decir, Hoper. Discúlpeme, se trata de la costumbre.

—¿Por qué no me llama Margaret, sin más? Aquí no hay espacio para tantas formalidades, señor.

—Callum.

—Callum.

Thomas miró a su esposa, que permanecía de pie junto a su hija, y se levantó de su asiento.

—Eleanor, esta mañana me dijiste que querías mostrarme algo en el taller. ¿Vamos?

La mujer miró a su hija, que se limitó a hacer un ligero asentimiento con la cabeza.

—Está bien, Thomas. Dejemos a los muchachos que hablen.

CAPÍTULO 27

La cocina quedó en silencio cuando la puerta del taller se cerró al fondo del pasillo.

Margaret se sentó en la silla que había dejado libre su padre mientras Callum seguía al otro lado. Y, entre los dos, la superficie de madera clara con sus marcas de años de uso.

Él sacó el sobre del bolsillo del abrigo y lo dejó sobre la mesa.

—De la señorita Farrow.

Margaret lo cogió despacio y lo sostuvo un momento sin abrirlo.

—¿Te importa? —preguntó la joven. Le parecía una falta de respeto ponerse a leer una carta delante de él cuando había ido expresamente a hablar con ella. Pero también era cierto que quería saber de su amiga.

El barón hizo un gesto con la mano.

—En absoluto. La señorita Cecily estaba muy preocupada después de lo de anoche. Si lo deseas, puedo llevarle tu respuesta cuando me marche.

Margaret asintió y le sonrió a modo de agradecimiento. Luego rompió el sello y lo leyó.

Callum esperó.

No sabía lo que decía la carta —Cecily no se lo había dicho—, pero pudo ver cómo la expresión de Margaret iba cambiando mientras la leía.

Cuando terminó, dobló el papel con cuidado y volvió a dejarlo sobre la mesa.

—Entonces, ¿tuviste ocasión de hablar con Cecily esta mañana?

—Sí. Primero fui a buscarte a Belgrave Square, y tras hablar con lady Constance, que me informó de tu marcha, me dirigí sin dudarlo a casa de los Farrow. Supuse que ella sabría decirme dónde encontrarte.

—Entiendo. ¿Viste a sus padres?

—No; de hecho, ni siquiera llegué a entrar en su casa. Ella salió cinco minutos a la puerta para hablar conmigo.

Margaret miró la carta doblada sobre la mesa.

—Por lo que me cuenta, los Farrow le han prohibido todo contacto conmigo.

—Sí, lo sé. Ella me lo dijo.

Margaret bajó la mirada, pero antes de que lo hiciera, Callum pudo ver el dolor reflejado en sus ojos.

—Bueno, no puedo decir que me sorprenda, la verdad… —Hizo una pausa—. ¿Ella está bien?

Callum prefirió decirle la verdad.

—Está triste —reconoció con honestidad—. Pero está entera. Y quería que supieras que lo lamenta. Que, si pudiera hacer algo diferente, lo haría.

Margaret asintió.

—En la carta… me dice algo más. Parece ser que, según le contó su madre, fue la propia Constance quien se encargó de esparcir el rumor acerca de mi verdadera identidad. ¿Sabes algo de eso?

—Sí, es cierto. Lady Ashmore te había reconocido. Constance lo vio y decidió actuar antes de que la situación se le escapara de las manos. Prefirió poner la información en circulación ella misma, de manera controlada, antes de que saliera de otra forma que no pudiera manejar.

—¿Lo admitió entonces?

—No exactamente. Pero tampoco lo negó. Hay silencios que dicen más que cualquier respuesta.

Margaret asintió. Luego miró por la ventana de la cocina, que daba a un pequeño patio trasero, con su luz de mañana entrando a raudales a través del cristal. No tenía nada que ver con la luz de Belgrave Square, pero era, sin ninguna duda, más suya.

—No lo entiendo. ¿Por qué? No es que tuviéramos una relación muy estrecha, pero manteníamos una cierta cordialidad. Y no puedo sino reconocer que me ayudó a desenvolverme en fiestas y eventos para que nadie notara que yo no… bueno, que no era de esa clase. Por eso no llego a comprender el motivo de este cambio de actitud. —Se detuvo un momento para hilvanar el siguiente pensamiento—. Aunque, por otro lado, siempre fui consciente de que lady Merrow nunca haría nada que no le beneficiara. —Se encogió de hombros—. Supongo que lo que no esperaba era que me lo hiciera a mí.

—No voy a justificar a la viuda, pero tuvo miedo de ver comprometida su posición si alguien se enteraba de que había participado de manera activa en este subterfugio. Supongo que resulta más creíble y más apropiado dar a entender que ella misma fue víctima de la mentira para que sus iguales se solidaricen con ella, después de haber tratado de ayudar a una hija con su madre enferma que vivía en el campo.

—Eso es absurdo. Cualquiera que indague un poco en la historia que creamos se daría cuenta de que ese razonamiento carece de sentido.

—Margaret, la gente creerá la historia que resulte más fácil si con eso protege a uno de los suyos. Luego pasarán a otro asunto y será como si nada hubiera ocurrido. Como si tú jamás hubieras existido.

—Vaya, eso suena duro, aunque bueno, si ellos se olvidan de mí, tampoco me importaría demasiado. Ojalá fuera así, de hecho. Llevo toda la noche pensando si todo esto podría pasar factura a mi familia, en especial a mi madre. Ella lleva más de veinte años

cosiendo vestidos para las damas de Mayfair, y no me perdonaría si por culpa de mi capricho de hacerme pasar por quien no era, pudiera causarle problemas en su trabajo.

—Yo no me preocuparía por eso. Te aseguro que ninguna de las señoras que conozco estaría dispuesta a renunciar a una buena modista por un simple chisme. Su vanidad es más importante.

Sus palabras tranquilizaron en parte a Margaret. Pero había otra cuestión, una que le importaba mucho más, y que todavía estaba pendiente de tratar.

—¿Por qué has venido, Callum? ¿Solo para traerme la carta de Cecily?

Sus miradas se cruzaron. Él alargó las manos sobre el tablero de la mesa, y aunque dudó un instante, terminó por tomar las de la joven entre las suyas.

—Sabes que no. De hecho, quise ir a buscarte anoche mismo cuando me enteré de lo sucedido. Mi primera intención fue la de ir contigo y ver cómo estabas.

—¿Y por qué no lo hiciste? —le preguntó directamente.

—Porque la señorita Farrow me lo impidió.

—¿Cecily?

—Me dijo que, si salía detrás de ti, lo único que conseguiría sería darles más carnaza aparte de lo que ya tenían para hablar. —Callum mantuvo su mirada—. Que no era eso lo que necesitabas en aquel momento. Y que hoy mismo podría hablar contigo. Así que le hice caso, aunque no fuera lo que quería. Pero lo que sí hice fue marcharme de la fiesta. Fui incapaz de quedarme en ese salón escuchando lo que se decía.

Margaret miró la mesa mientras parecía procesar la información.

—¿Te marchaste de allí… por mí? ¿A pesar de saber que yo solo soy… quien soy? —Margaret formuló esta última pregunta en voz baja.

—No podría estar en un lugar donde se está hablando mal de alguien a quien quiero y mantenerme impasible.

Ella levantó la mirada.

—¿A quién quieres?

—Vamos, Margaret. No puedes decir que no eras consciente de mis sentimientos.

—Yo… no sé qué decir. Creí que serías como todos los demás.

—Lo sé, y por eso aún siento más no haber seguido mi instinto y haber ido detrás de ti, aunque la razón fuera buena. Además, me vino bien para pensar... Y me di cuenta de que todo esto era, en parte, también culpa mía

Margaret lo miró sin comprender.

—¿Tuya? ¿Por qué?

—Porque si yo hubiera actuado siguiendo los dictados de mi corazón —dijo Callum apretándole las manos que aún mantenía sujetas—, la situación no habría llegado hasta donde llegó, ni se hubiera montado ningún escándalo. Hubieras tenido otra salida. Una que no dependiera de que Constance decidiera cuándo y cómo debía saberse la verdad.

—Pero... no entiendo. No podías saber lo que ella iba a hacer.

—No. Pero podía haber dado un paso al frente mucho antes, aunque reconozco que me dio miedo. Porque estaba el marqués de por medio, y yo solo soy un barón.

Solo un barón... —le entraron ganas de reír. Como si a ella le hubiera importado alguna vez el título de ninguno de los dos.

Hubo un silencio.

—Si me hubieras aceptado, yo te hubiera podido proteger a tiempo.

—Lo entiendo. Y te agradezco tu sinceridad. Pero supongo que ya es tarde para eso.

—No, creo que no lo estás entendiendo, Margaret. Solo es tarde si tú así lo quieres. Soy yo quien comprendería que quisieras

alejarte del mundo putrefacto en el que vivo y que no quisieras volver a saber nada más de mí. Mis sentimientos hacia ti están intactos, pero entiendo el daño que te han causado. Y no sé si yo soy suficiente para poder aliviar ese dolor. Pero, si me aceptaras...

Margaret miró la mesa.

Todo lo vivido durante los meses anteriores pasó por su cabeza como un torrente de recuerdos. Pero de entre todos ellos, había algunos que destacaban por encima del resto. Eran aquellos momentos compartidos con el hombre que tenía sentado frente a ella y que le sujetaba la mano como si no quisiera soltarla nunca más.

El mismo que ahora se mantenía presente cuando todos los demás le habían dado de lado, y que acababa de confesarle que guardaba sentimientos hacia ella que no se habían alterado por el simple hecho de conocer su verdadera identidad y sus verdaderos orígenes.

Y eso era, sin duda, lo único que le importaba.

Levantó la vista.

—Cuando Cecily me preguntó por mi madre y le conté quién era en realidad, me dijo que le gustaría conocerla algún día. —Callum la escuchaba con atención—. Fue entonces cuando entendí que la mentira no tenía salida. Pude ver claramente que la historia creada para la señorita Ashby no tenía ningún futuro. —Se detuvo un instante—. Entonces pensé en ti. En que para estar contigo tendría que decirte la verdad. Y que si eso ocurría… lo destruiría todo.

—¿Y qué piensas ahora?

Margaret sonrió levemente.

—Que me alegra darme cuenta de que me equivoqué, sobre todo respecto a esto último. Porque que estés aquí, así me lo demuestra.

Callum la miró.

—Margaret… —Tiró de sus manos hacia él, hasta posarlas sobre sus labios—. ¿Significa eso que me aceptas… a pesar de todo?

—Lady Constance decía que eras peligroso porque eras imprevisible y porque te gustaba actuar a tu libre albedrío. Y creo que fue justo eso lo que siempre me gustó más de ti: el que no te dejaras llevar por la manada como hacían todos los demás. —Esta vez su sonrisa fue mucho más abierta—. Si tú no tienes inconveniente en unir tu destino a la hija de una simple modista, ¿quién soy yo para poner reparos a un simple barón?

Callum le besó los nudillos y eso fue suficiente.

Porque entre ellos no era necesaria ninguna declaración solemne, ni tampoco el tipo de gesto que uno imagina para estos momentos.

Tan solo eran dos personas en una cocina que olía a canela, mirándose con la confianza de quien ya no tiene nada que esconder.

CAPÍTULO 28

Callum se marchó pasada la una, tras haber mantenido una respetuosa conversación con el que iba a ser su suegro. Thomas lo acompañó a la puerta y cuando lo vio subir al carruaje que todavía lo esperaba en la calle, volvió al interior y cerró. Se dirigió al pequeño despacho en el que hasta hacía un momento había estado departiendo con el barón, donde se encontró a su hija sentada junto a la ventana con las manos en el regazo. Su expresión distaba mucho de la que tuviera aquella misma mañana cuando llegó. Era increíble cómo, en cuestión de apenas unas horas, todo parecía haber encontrado su lugar.

—¿Puedo pasar? —preguntó su padre.

—Es tu despacho —contestó Margaret.

Thomas entró. Se sentó en el sillón al otro lado de la mesa y la miró directamente. Sabía que su hija debía estar esperando que le contara algo de la conversación mantenida con el barón.

—Lord Vane —empezó a decir Thomas.

—Callum —lo corrigió Margaret.

Thomas asintió levemente.

—Callum —repitió—, ha sido muy directo a la hora de exponer sus sentimientos hacia ti. Pero antes de que todo quede formalizado, tengo que preguntarte si esto es realmente lo que quieres, o si te estás dejando impresionar por su título.

—Es lo que quiero, padre. Su título me es indiferente. Usted y madre me enseñaron que debía valorar a las personas por lo que eran, no por lo que tienen o aparentan tener.

—No me cabe duda de que es un caballero bien posicionado, pero eso no significa que sea un buen hombre.

—Pero en su caso es ambas cosas.

Thomas asintió de nuevo.

—No te voy a engañar. Agradezco la franqueza de ambos, pero vuestro interés mutuo no es óbice para que investigue a tu pretendiente. Tengo que hacerlo para estar seguro que no tiene intenciones ocultas.

—Padre…

—No estoy dispuesto a entregar a mi hija a cualquiera —afirmó Thomas, con firmeza, pero sin necesidad de levantar la voz—. Por muy barón que sea, por muy directo que parezca, y por muy bien que te haya caído a ti. Y eso no es negociable.

Margaret lo miró durante un momento. Y luego, sin poder evitarlo, sonrió.

—De acuerdo —se rindió. Lo cierto era que no esperaba menos de su padre.

—Estupendo —dijo Thomas. Se levantó de su asiento y comenzó a pasear con las manos en la espalda—. Hay otra cuestión que me gustaría comentar contigo.

—¿De qué se trata?

Se detuvo y la miró.

—De lady Constance. —Volvió a caminar por su pequeño despacho—. Estoy pensando qué hacer con ella. —Su voz era la que usaba siempre que hablaba de negocios—. Tenía un trato con esa mujer, y con su forma de proceder, considero que ella ha incumplido nuestro acuerdo. Y deberá afrontar las consecuencias derivadas de eso.

—No. —La respuesta de la joven fue tajante.

Thomas volvió a detenerse y la miró.

—No quiero que rompas el trato, ni que tomes ninguna medida contra ella.

—Margaret... Esa mujer te echó a los pies de los caballos sin ninguna consideración.

—Padre, escúcheme. —Hablaba con un tono calmado, reflejando la seguridad de su razonamiento—. A pesar de todo, Constance cumplió su parte. Me abrió las puertas de ese mundo. Me acompañó a los eventos correctos. Me enseñó a moverme en ese entorno. —Se detuvo un instante—. Que al final actuara para protegerse a sí misma... no me sorprende. Ella es… así. Yo lo sabía desde el principio y aun así confié más de lo que debía.

—Te traicionó, hija —aseguró Thomas, realmente molesto.

—Sí, pero yo también obtuve lo que quería. Viví lo que quería vivir. Vi ese mundo de cerca; no desde el otro lado de una puerta, sino desde dentro. Y aprendí lo que tú querías… además de muchas otras cosas que no esperaba.

Thomas la miraba.

—Conocí a Cecily —continuó Margaret con firmeza, pero también con un deje que se aproximaba cada vez más a la tristeza —. Soy consciente de que ya no puedo relacionarme con ella, pero la amistad que tuvimos fue real. Eso nadie me lo va a poder quitar jamás. —Una pausa más—. Además, conocí a Callum.

Thomas siguió escuchando cada palabra en silencio.

—Así que no… No quiero que rompa el trato. Thomas Hoper cumple siempre sus compromisos. Siempre. Y yo no voy a ser el motivo por el que deje de hacerlo ahora.

Su padre meditó sobre sus palabras hasta que terminó por asentir.

—De acuerdo. Si eso es lo que quieres, así será.

EPÍLOGO

La ceremonia fue un jueves por la mañana.

No en una iglesia grande, sino en la parroquia pequeña de Gracechurch Street. La misma en que habían bautizado a Margaret veinte años atrás y en la que Eleanor había entrado muchas veces a lo largo de los años con la cabeza baja y una petición silenciosa antes de empezar una semana difícil. El reverendo conocía a la familia Hoper desde hacía muchísimo tiempo y ofició la boda con una calidez especial.

Los asistentes cabían en dos bancos.

Thomas, con la emoción a flor de piel, vestía el traje de los días importantes que su mujer le había planchado la noche anterior. Eleanor, que había prometido mantenerse entera durante la ceremonia, no fue capaz de contener las lágrimas cuando vio aparecer a Margaret en la puerta con el vestido verde.

La tía de Callum, una mujer de setenta años con el mismo humor seco de su sobrino, mostraba una expresión que decía claramente que llevaba tiempo esperando que ese hombre encontrara algo que valiera la pena.

Callum esperaba al frente.

Cuando Margaret llegó a su lado y posó sus ojos en él, Callum le devolvió la mirada con esa atención que siempre le dedicaba. En ella se podía reconocer todo lo que había entre los dos sin necesidad de expresarlo con palabras.

El reverendo dio comienzo a la ceremonia.

Cuando el reverendo los declaró marido y mujer, la expresión de Callum cambió. Era la misma que había mostrado en la institución

de Southwark, frente al niño que le tiraba de la manga. La de un hombre que, por fin, estaba exactamente donde quería estar.

Le tomó la mano y la sostuvo como si llevara toda la vida esperando tener algo así entre los dedos. No dijo nada. No hacía falta. Después de meses observando salones desde un lateral, por fin tenía delante algo que merecía toda su atención, sin reservas ni distancia.

Esa tarde, mientras Callum hablaba con Thomas en el despacho y Eleanor preparaba la cena más elaborada que había cocinado en años, Margaret subió a su cuarto, se sentó al escritorio y cogió papel y pluma. Comenzó a escribir.

Cecily:

Hoy me he casado. La ceremonia ha sido íntima, pero muy bonita. Éramos cinco personas, aparte del reverendo que conoce a mi familia desde antes de que yo naciera. No había flores especiales ni vestido nuevo. Llevé el verde que ya conoces y que me hizo mi madre.

Callum me ha demostrado que es un hombre extraordinario, con unos valores y un corazón inmenso. Soy feliz, Cecily. Más de lo que nunca imaginé que podría ser. Lo amo y sé que él también me ama. Me lo ha dicho mil veces, según él, para que nunca olvide que sus sentimientos son absolutamente sinceros. A veces pienso que esto no es más que un sueño y que cualquier día me despertaré y me encontraré de nuevo en el salón de los Winstanley con toda esa gente burlándose de mí por ser la hija de una modista. Pero no. Callum me mantiene con los pies en el suelo y me resulta increíble que todo esto sea verdad, sobre todo después de lo que ha pasado desde que llegué a Londres.

Ahora que soy baronesa —todavía me cuesta escribir esa palabra sin sentir algo raro en el estómago— espero que tu madre reconsidere su postura con el tiempo. No te pido que fuerces nada. Solo que sepas que yo seguiré aquí. Y que encontraré la manera de hacerte llegar mis cartas, aunque tenga que ser a través de Agnes o de quien haga falta.

Echo de menos tenerte al lado en los márgenes de los salones, observando el centro con esa complicidad nuestra que no necesitaba palabras.

Quiero que sepas que lo que tuvimos fue real. Y que ningún sistema, por muchas generaciones que lleve funcionando, puede quitarme eso.

Con todo mi cariño, Margaret Vane.

Dobló el papel. Escribió la dirección de la residencia de los Farrow en el anverso, y la suya en el reverso. No la de Belgrave Square, ni la de Gracechurch Street, sino la de la casa de Callum, que ahora también era la suya. Lo dejó sobre el escritorio para enviarlo al día siguiente.

Se levantó del escritorio y se acercó a la ventana para mirar al exterior.

Abajo, en la calle, Londres seguía con sus asuntos. Los comercios, los carruajes, la gente que iba y venía sin saber ni importarle que esa tarde, en una parroquia pequeña de Gracechurch Street, dos personas habían decidido que el mundo podía funcionar de otra manera.

En ese momento, el ruido de unos nudillos sobre la puerta vino a sacarla de sus pensamientos.

—¿Puedo interrumpir, señora Vane?

Margaret sonrió al ver a su marido en la puerta.

—Claro. Acabo de terminar de escribirle a Cecily; quería contarle de nuestro casamiento. Ojalá hubiera podido acompañarnos, pero sé que no era posible.

Callum se acercó a ella y la abrazó por detrás, dejando caer un beso en la mejilla.

—Tus padres acaban de marcharse hace cinco minutos.

La joven giró la cara hacia él, sin soltarse de su abrazo.

—¿Cómo? ¿Sin despedirse de mí?

Él rio.

—Creo que se dieron cuenta de las ganas que tenía de que por fin nos quedáramos tú y yo solos. Ya iba siendo hora, ¿no te parece?

Volvió a bajar la cabeza y escondió el rostro en el cuello de ella, provocándole un agradable cosquilleo al sentir su respiración en una zona tan sensible. Margaret alzó la mano y hundió los dedos en el oscuro pelo ensortijado.

Nunca se había sentido tan feliz.

—Callum...

Él la giró lo suficiente para hacer que sus rostros quedaran frente a frente.

—Aún no me creo la suerte que tengo.

Margaret lo miró a los ojos —esos que la habían visto desde el principio, cuando todavía era la señorita Ashby y él ya sabía que algo no cuadraba.

—Yo tampoco —contestó ella, en voz baja.

Callum levantó una mano y le apartó un mechón de la cara con delicadeza.

—Te quiero tanto, Margaret. Nunca pensé que se pudiera amar tanto a otra persona hasta que llegaste a mi vida.

Bajó la cabeza hasta posar sus labios en los de ella. Cuando se separaron, Margaret apoyó la frente en la suya.

—Por fin —dijo ella, en voz muy baja.

Callum la miró con curiosidad.

—Por fin, ¿qué?

Margaret sintió que le subía el color a las mejillas, lo cual, considerando todo lo que habían pasado juntos, le pareció ligeramente ridículo.

—Nada. Es que nadie me había besado nunca.

—¿Y bien?

—Ha valido la pena la espera. Sobre todo porque eras tú.

Tres semanas después, la señora Webb le puso delante un abrigo infantil con el forro descosido.

Margaret lo examinó, comprobando el daño, la tela y cuál podía ser el mejor punto para el arreglo. Luego ensartó la aguja con la naturalidad de siempre. A su lado, una de las mujeres de la sala tarareaba algo mientras cosía. Al fondo, por la puerta entreabierta del pasillo, llegaba la voz de Callum hablando con alguien sobre la ampliación de una de las aulas.

Callum giró la cabeza y sus miradas se cruzaron un instante.

Ambos sonrieron, sin más.

Margaret volvió al abrigo.

La aguja encontró el ritmo y los puntos salieron regulares, con la tensión correcta y la distancia justa entre uno y otro.

Sus manos sabían lo que hacían.

Porque ella era *la hija de la modista.* Siempre lo había sido, y siempre lo sería, y eso era lo mejor de todo.

ANTES DE IRTE...

Si has llegado hasta aquí, significa que has acompañado a Margaret desde el taller de Gracechurch Street hasta los salones de Mayfair, y eso, para mí, lo es todo.

Esta es mi primera novela de Regencia, y como toda primera vez, ha llegado con sus miedos y sus ilusiones a partes iguales. Si la historia te ha llegado de alguna manera, si en algún momento te has preguntado qué pasaría, si Callum te ha caído bien desde el principio o has tardado un poco en fiarte de él, si has sentido algo por Margaret cuando pronunció aquellas cuatro frases... te pido un pequeño favor.

Deja una valoración o una reseña en Amazon. No hace falta que sea larga. Con unas pocas palabras es suficiente. Para una novela nueva y una autora que empieza, cada reseña es lo que permite que otras lectoras la encuentren. Es, literalmente, la diferencia entre que este libro exista para alguien más o se quede en silencio.

Gracias por haber estado aquí. De verdad.

M. Estévez